

CLÁSICOS Y CONTEMPORÁNEOS EN ANTROPOLOGÍA



**DIAGNÓSTICO SOBRE EL HAMBRE
EN SUDZAL, YUCATÁN**
UN ENSAYO DE ANTROPOLOGÍA
APLICADA

Guillermo Bonfil Batalla



GUILLERMO BONFIL BATALLA (1935-1991) nació en la ciudad de México. En 1954 ingresó a la Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH), donde se tituló como antropólogo social en 1961. En 1970 obtuvo el Doctorado en Antropología en la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). Fue investigador del Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH) y del Departamento de Antropología de la UNAM. Impartió cursos en la ENAH, la Universidad Iberoamericana, el Centro de Investigaciones Superiores del INAH (CIS-INAH), la Universidad de Columbia y la Universidad Federal de Rio de Janeiro. Dirigió el Instituto Nacional de Antropología e Historia (1971-1975), el CIS-INAH –hoy Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social– (1976-1980), el Museo Nacional de Culturas Populares (MNCP) (1981-1985), la Dirección General de Culturas Populares (1990) y el Seminario de Estudios de la Cultura del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes (1991). Fue presidente de la Asociación Latinoamericana de Antropología. Recibió la presea Manuel Gamio al Mérito Indigenista, las Palmas Académicas de Francia y otras distinciones. Entre sus publicaciones están *Cholula. La ciudad sagrada en la era industrial* (1973), *Pensar nuestra cultura. Ensayos* (1991) y *México profundo. Una civilización negada* (1987), así como numerosos artículos y ensayos en revistas nacionales y extranjeras, entre los que sobresale: “El concepto de indio en América: una categoría de la situación colonial” (*Anales de Antropología*, 1972). Impulsor de instituciones como el CIS-INAH, el MNCP y el Seminario de Estudios de la Cultura, fue también promotor de publicaciones, creador de cine etnográfico, jurado en el IV Tribunal Russell, así como activo participante en la Academia de Derechos Humanos y en la Comisión Nacional de los Derechos Humanos.

CLÁSICOS Y CONTEMPORÁNEOS EN ANTROPOLOGÍA



DIAGNÓSTICO SOBRE EL HAMBRE
EN SUDZAL, YUCATÁN

UN ENSAYO DE ANTROPOLOGÍA
APLICADA

Guillermo Bonfil Batalla

Centro de Investigaciones y Estudios
Superiores en Antropología Social

Directora General

Virginia García Acosta

Universidad Autónoma Metropolitana,
Unidad Iztapalapa

Jefe del Departamento de Antropología

Federico Besserer Alatorre

Universidad Iberoamericana

Directora de Departamento

de Ciencias Sociales y Políticas

Carmen Bueno Castellanos

Comisión académica de Clásicos

y Contemporáneos en Antropología

Carmen Bueno Castellanos

Ricardo Falomir Parker

Virginia García Acosta

Witold Jacorzynski

Roberto Melville

Virginia Molina Ludy

Leonardo Tyrtania

DIAGNÓSTICO SOBRE EL HAMBRE EN SUDZAL, YUCATÁN

UN ENSAYO DE ANTROPOLOGÍA
APLICADA

Guillermo Bonfil Batalla



363.897265

B243d Bonfil Batalla, Guillermo, 1935-1991.

Diagnóstico sobre el hambre en Sudzal, Yucatán : un ensayo de antropología aplicada / Guillermo Bonfil Batalla; presentación de Virginia García Acosta y Roberto Melville ; Prólogo de Eduardo L. Menéndez. -- México, D.F. : Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social : Universidad Autónoma Metropolitana : Universidad Iberoamericana, 2006.

244 p. : il. maps. gráfs. ; 23 cm. -- (Clásicos y Contemporáneos en Antropología)

Incluye bibliografía.

ISBN 968-496-609-1

1. Hambre - Sudzal, Yucatán. 2. Desnutrición - Yucatán.
3. Indios de México - Alimentos. 4. Dieta - México - Yucatán - Sudzal. 5. Sudzal, Yucatán - Condiciones económicas. 6. Mayas - Condiciones sociales. 7. Antropología aplicada.
I. t. II. García Acosta, Virginia, present. III. Melville, Roberto, present. IV. Menéndez, Eduardo L., pról. v. Serie.

Primera edición: 1962 © INAH, México.

Segunda edición: 1995 © INI, INAH, CIESAS, México.

Primera edición en Clásicos y Contemporáneos en Antropología

© 2006 Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social (CIESAS)

Hidalgo y Matamoros s/n, Col. Tlalpan, C.P. 14000, México, D.F.
difusion@ciesas.edu.mx

© 2006 Universidad Autónoma Metropolitana

Prol. Canal de Miramontes 3855, Col. Ex hacienda de San Juan de Dios, 14387, México, D.F.

© 2006 Universidad Iberoamericana, A.C.

Prol. Paseo de la Reforma 880, Col. Lomas de Santa Fe, 01210, México, D.F.

ISBN 968-496-609-1

Impreso y hecho en México

Imagen de la portada a partir de fotografía de Ricardo Moura, Fototeca Nacho López de la Comisión Nacional para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas.

Agradecemos la valiosa colaboración que Paloma Bonfil brindó a esta publicación.

ÍNDICE

| | |
|---|-----|
| Clásicos y Contemporáneos en Antropología <i>Presentación de Virginia García Acosta y Roberto Melville</i> | 9 |
| Bonfil o ¿para qué sirve la antropología social? | 17 |
| <i>Prólogo de Eduardo L. Menéndez</i> | |
| Diagnóstico sobre el hambre en Sudzal, Yucatán <i>Guillermo Bonfil Batalla</i> | 53 |
| I. Premisas teóricas | 59 |
| II. Sudzal: generalidades | 99 |
| III. El consumo familiar de alimentos | 115 |
| IV. Los sistemas de producción | 139 |
| V. El sistema de comercio local | 169 |
| VI. Estratificación y organización social | 181 |
| VII. Conclusiones y recomendaciones | 195 |

| | |
|---|-----|
| Apéndice A | |
| Algunos resultados de la encuesta nutricional | 217 |
| Apéndice B | |
| Metodología | 225 |
| Apéndice C | |
| Glosario de términos mayas incluidos en el texto | 229 |
| Bibliografía | 233 |

CLÁSICOS Y CONTEMPORÁNEOS EN ANTROPOLOGÍA

La antropología es una de las ciencias sociales con una agenda intelectual y académica extremadamente ambiciosa. Su objeto central de estudio es la permanencia y el cambio de los fenómenos socioculturales, por ende se ocupa de conocer y analizar a la humanidad entera. Se interesa por cada una de las diferentes vías de evolución de las sociedades humanas y por identificar las respectivas trayectorias de pueblos y culturas desde las épocas tempranas de la prehistoria hasta el tiempo actual. La diversidad cultural, étnica y social, en y entre las sociedades, se manifiesta en todos los rincones del planeta. Conciérne a la antropología la adaptación humana a variados climas y territorios; fríos, templados y cálidos; húmedos y áridos; planicies y montañas. Le compete tanto el estudio de las sociedades simples como el de las más complejas.

Los antropólogos han contribuido al conocimiento de las variadas formas de subsistencia en pueblos de cazadores y recolectores, de pastores y agricultores; y han procurado explicar los procesos de integración de tales pueblos a las sociedades más complejas en el contexto de la expansión del sistema mundial capitalista. A la antropología le han interesado las minorías étnicas y las clases populares por igual, pero también las élites gobernantes y las estructuras estatales. Hay especialistas en ramas como la antropología jurídica, la antropología política, y la antropología económica. El parentesco,

la religión, el lenguaje y diversas expresiones simbólicas son apreciados objetos de estudio.

Al ocuparse de un universo de objetos sociales y culturales tan vasto, los antropólogos eligieron un acercamiento holístico; buscan establecer las interrelaciones existentes de tipo causal, funcional o simbólico entre los distintos componentes de las diferentes culturas. El análisis comparativo es una herramienta muy eficaz para identificar diferencias y similitudes entre los casos examinados. El estudio detallado de culturas ágrafas mediante la observación participante, elevó al trabajo de campo en uno de los métodos característicos e ineludibles de la investigación en antropología. Las etnografías sobre sociedades y culturas son entonces resultados que distinguen la producción antropológica.

En consecuencia, ningún libro en particular podría reflejar toda la riqueza de herramientas teóricas y metodológicas que los antropólogos han empleado para el estudio de las culturas y sociedades humanas. De la misma manera, la diversidad cultural observada por viajeros, misioneros, administradores y en el siglo XX por los profesionales antropólogos en aquellas sociedades humanas con las que se ha tenido contacto, en todo el orbe y a lo largo del curso de la historia, sólo podría quedar consignada en una incontable multitud de libros y artículos. No hay una sola biblioteca que contenga en sus estanterías los frutos de la labor etnológica de esta multitud de autores-escritores. La descripción etnográfica de cada una de las sociedades particulares conocidas no puede evitarse por una aplicación de teorías generales construidas *a priori*, ni sustituirse por las conclusiones alcanzadas en el estudio de alguna sociedad particular estudiada a profundidad. Y si se quieren alcanzar generalizaciones a partir de estudios em-

píricos, será necesario que la descripción detallada de una sociedad se conduzca con alguna orientación teórica, mediante la formulación de hipótesis que guíen la recolección de datos y organicen la interpretación de las características generales del fenómeno estudiado en tal o cual sociedad particular.

Por tales razones, la adecuada formación académica de los antropólogos dependerá de su acceso a una bibliografía extensa. Los hallazgos y avances del conocimiento antropológico se encuentran dispersos en diversos géneros literarios propios de la disciplina. Hay miles de trabajos monográficos que registran la labor de recopilación de datos empíricos acerca de distintas sociedades dispersas en los cinco continentes. Existen trabajos de corte más comparativo, mientras que otros tienen un propósito más teórico. Sin embargo, las grandes síntesis del conocimiento en una región o área cultural son más escasas y hay relativamente pocos trabajos que tengan una perspectiva mundial. La composición de la literatura antropológica es pues un indicador de su desarrollo, de su capacidad para formular generalizaciones a partir de estudios específicos y de su comparación espacial y temporal.

A partir de estas reflexiones, compartidas por un grupo de instituciones mexicanas comprometidas con la investigación y la docencia en antropología, surgió un proyecto que tiene como propósito ofrecer a investigadores y estudiantes, y en general al público de habla hispana, obras claves para el desarrollo del conocimiento sobre las sociedades y culturas humanas. Fue así que se concibió la colección CLÁSICOS Y CONTEMPORÁNEOS EN ANTROPOLOGÍA.

Existe una gran cantidad de obras relevantes para el desarrollo de diversas líneas de investigación en antropología que nunca fueron traducidas al español. Otras más, que sí lo

fueron, dejaron de ser reimpresas o reeditadas y ya no se encuentran en el mercado. Las bibliotecas institucionales de reciente creación no cuentan con todos los libros clásicos de la disciplina y difícilmente los podrían adquirir.

La selección de esta literatura, que podría caracterizarse como “clásica”, constituye un asunto controvertido y susceptible a interminables discusiones. Este proyecto editorial, con amplia gama de opciones académicas para la publicación de “clásicos”, deberá sortear los límites inevitables del financiamiento e intentar satisfacer las preferencias de los lectores. Incluirá también textos contemporáneos que muy probablemente con el tiempo habrán de adquirir el reconocimiento académico correspondiente. Los criterios de selección se afianzarán a lo largo del desarrollo del proyecto, a partir tanto del contexto temporal y regional, como de las necesidades culturales más explícitas.

En los grandes polos del pensamiento antropológico, ubicados principalmente en Gran Bretaña, Estados Unidos y Francia, la antropología se ha construido en múltiples direcciones. En sus bibliotecas abundan libros y trabajos de investigación sobre casi todas las culturas del mundo, incluyendo una vigorosa producción teórica. Muchas casas editoras recogen y difunden la producción de universidades e institutos de investigación. Por lo que toca a los países que podríamos calificar como periféricos, es posible distinguir a aquellos que han mostrado un mayor interés por el desarrollo de la antropología. En el mundo iberoamericano, países como Argentina, Brasil, Colombia, España, Guatemala, México y Perú pueden considerarse entre los que se han caracterizado por tener una mayor densidad antropológica. En ellos se fomenta la antropología con un enfoque circunscrito relativamente a los

fenómenos y problemas locales, de suerte que la producción académica se orienta hacia aquellos fenómenos socioculturales más relevantes de cada nación. En cada uno de estos países se ha presentado, en diferentes momentos, una influencia dominante de alguno de los centros hegemónicos de producción antropológica. Las preferencias intelectuales del mundo antropológico iberoamericano se reflejan claramente en los acervos de las bibliotecas especializadas en antropología en cada país. Las mejores y más completas bibliotecas han logrado reunir, y proporcionan a sus usuarios, tanto la literatura antropológica representativa de los países hegemónicos como la producción del propio país. Pero la producción de países vecinos, igualmente periféricos con antropologías de importancia, generalmente está subrepresentada en dichas bibliotecas, así como en los programas académicos de las instituciones y universidades respectivas. En los demás países el desarrollo de la antropología es relativamente pobre y aquellos estudios que prevalecen son los del folklore local y la prehistoria.

México se encuentra entre los países con una tradición antropológica vigorosa. Si bien existe un reconocimiento local y mundial de la antropología mexicana, sus investigadores y estudiantes con frecuencia tienen un conocimiento precario de la producción de otros países de la región con una tradición antropológica importante. La política mexicana de apertura a la inmigración de perseguidos políticos permitió un flujo de ideas y conocimientos antropológicos novedosos y estimulantes, primero con la llegada de inmigrantes provenientes de Europa a raíz de las vicisitudes de la Guerra Civil Española y de la Segunda Guerra Mundial, y luego, en las décadas de 1960 y 1970, con el arribo de contingentes asilados que

huían de las dictaduras surgidas en América del Sur. Estas corrientes migratorias tuvieron un efecto cultural muy importante para el país receptor. Al llegar a México y a las instituciones académicas que les abrieron sus puertas, aquellos universitarios perseguidos rompieron barreras culturales locales y auspiciaron un flujo de nuevas ideas y teorías que fructificaron intelectualmente, no sólo en el campo de la antropología sino también en muchos otros campos de las ciencias sociales y las humanidades. Lo anterior da cuenta de que el desarrollo de una disciplina se nutre no solamente de la problemática social y cultural nativa, sino también de manera significativa de las corrientes y flujos culturales externos.

La colección CLÁSICOS Y CONTEMPORÁNEOS EN ANTROPOLOGÍA tiene como aspiración y propósito satisfacer no únicamente las necesidades locales de programas académicos de formación, sino cubrir un espectro más amplio. Las instituciones que impulsan la publicación de libros de antropología han hecho suya la oportunidad y sugerencia de auspiciar el flujo cruzado de conocimientos antropológicos externos, no solamente aquellos originados en los países hegemónicos, sino también en los países periféricos con una producción antropológica respetable, poco conocida y aplicable a circunstancias análogas en otras latitudes. La colección incluye una composición variada en temas y corrientes teóricas que, esperamos, nutra a las subespecialidades de la antropología. Incluye traducciones de aquellos libros que han logrado una reconocida influencia en el desarrollo de la antropología y que, sin embargo, no han sido publicados en español; pero también comprende reediciones de obras que se encuentran agotadas, con el objeto de atender la demanda vigente entre los estudiantes de antropología.

La iniciativa original de esta colección surgió en 2004, cuando confluyeron los intereses de la Dirección General del CIESAS con la maduración de un proyecto largamente acariciado, relacionado con la publicación de libros clásicos de antropología que se requerían en la docencia e investigación. Se buscó y encontró la colaboración del Departamento de Antropología de la Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Iztapalapa, y del Departamento de Ciencias Sociales y Políticas de la Universidad Iberoamericana, para llevar adelante esta empresa aportando los recursos humanos y materiales necesarios. Se conformó así, en 2005, una comisión académica plural que definiera los criterios necesarios para seleccionar los autores y títulos que se publicarán en los próximos años. Dicha comisión, integrada por profesores-investigadores de las tres instituciones, abrazó la idea de añadir a la colección de libros clásicos aquellos títulos y autores contemporáneos que recientemente han desarrollado nuevas líneas de investigación, tales como estudios de género, desastres y pluralidad étnica, entre otros. En el futuro muy probablemente otras instituciones se sumen a este esfuerzo. Nuestra meta de poner al alcance de investigadores y estudiantes de antropología una selección de libros indispensables para su desarrollo académico plural dependerá, en gran medida, de la recepción que los lectores otorguen a éste y los próximos títulos.

Virginia García Acosta

Roberto Melville

CIESAS

BONFIL O ¿PARA QUÉ SIRVE LA ANTROPOLOGÍA SOCIAL?

Cuando la doctora García Acosta me pidió que hiciera la presentación de este libro de Guillermo Bonfil no lo dudé, pese a la urgencia con que me la solicitaba y a la carga de trabajo que tenía, por varias razones que tienen que ver con mi admiración por la trayectoria intelectual de Guillermo y con mi propia trayectoria como antropólogo.

Bonfil tuvo varios momentos en su desarrollo como antropólogo y justamente el libro que presentamos constituye la expresión más notoria de uno de esos momentos, por lo cual me interesa señalar desde el principio de esta presentación la coherencia práctico/ideológica que caracteriza la trayectoria de este autor, más allá de los cambios que se fueron generando en su establecimiento de prioridades y en la perspectiva con que las fue analizando.

Este texto corresponde a un momento en que Bonfil focaliza como problema prioritario la desnutrición, simultáneamente un grave problema social y de salud colectiva, al cual va a describir y analizar subrayando el peso de las condiciones materiales de vida y secundarizando el papel de lo simbólico. Si bien, como sabemos, ulteriormente Guillermo constituirá gran parte de su obra en torno a aspectos simbólicos y especialmente ideológicos —y personalmente le doy una importancia central a los procesos ideológicos—, considero que la manera de tratarlos encuentra su explicación, por lo menos parcial,

en el desarrollo de éste y otros textos que produce durante los años sesenta y principios de los setenta.

En términos más personales y tal vez anecdóticos, creo que es importante señalar algunos otros hechos que explican mi decisión. En principio yo conocí este texto en Argentina, mucho antes de residir en México, ya que desde fines de los sesenta lo utilizaba como parte de mis cursos de antropología social y como expresión de una nueva manera de pensar la antropología, que me permitía articular las concepciones gramscianas que yo venía, con las propuestas de Fanon sobre la cultura como resistencia, los primeros estudios de Cardoso de Oliveira sobre fricción interétnica entre los terena y la sociedad brasileña, el concepto de “situación colonial” de Balandier, así como con las propuestas de otros autores, especialmente de Ernesto de Martino.

Más aún, durante los sesenta yo analizaba el desarrollo de las corrientes teóricas antropológicas, especialmente las referidas a América Latina, y había llegado a la formulación de lo que llamé Modelo Antropológico Clásico, correspondiente a la antropología producida entre las décadas de 1920 y 1950, y justamente éste y otros trabajos de Bonfil convergían con mis propios intereses y perspectivas.

Este texto tiene además una especial significación crítica desde su título, que trata de tomar distancia respecto de una visión biomédica y sobre todo de las concepciones dominantes en antropología aplicada. De allí que en el título de su texto su autor decida hablar del “hambre” y no de la “desnutrición”, continuando la orientación de Josué de Castro, quien en sus trabajos sobre el hambre desarrollados durante las décadas de los cuarenta y cincuenta, especialmente en *Geografía del hambre*, decide utilizar este término para esta-

blecer una relación directa entre la salud y las condiciones de vida y explotación socioeconómica de la población brasileña, que determinadas terminologías y concepciones médicas y socioantropológicas estaban contribuyendo a opacar.

Esto por supuesto no niega que el trabajo de Guillermo refiera, como él mismo lo señala, a la desnutrición que observa en la población de Sudzal, sino que me interesa subrayar que la elección del título tiene una clara intención ideológica, relacionada con las corrientes críticas que se desarrollaban en los años cincuenta y sesenta en América Latina.

Considero por lo tanto que este texto, además de su significación para la antropología mexicana, tuvo una notoria significación para mí y que, junto con otros hechos, fue decisivo para que yo trabajara en mis primeros años de vida en México con los procesos de salud/enfermedad/atención (de ahora en adelante procesos s/e/a) que justamente se daban en Yucatán, estado en el cual trabajé desde 1977 hasta principios de los ochenta y que dio lugar a mi estudio sobre las condiciones socioeconómicas y culturales de la enfermedad en dicho estado. Los resultados iniciales de aquel trabajo fueron analizados y comentados alrededor de 1978 y 1979 por Bonfil, dentro de un seminario organizado en el antiguo Centro de Investigaciones Superiores del Instituto Nacional de Antropología e Historia (CIS-INAH).

LOS OBJETIVOS Y LAS CRÍTICAS

Bonfil asume desde el inicio de su estudio que la desnutrición constituye un grave problema para México: “Para nadie es desconocida la existencia de un agudo problema nacional:

la desnutrición. Es de tal magnitud que por momentos se antoja ocioso su estudio” (Bonfil, 1995a: 3). Más aún, Bonfil reconoce que la desnutrición puede tener muy diferentes consecuencias negativas como restar capacidad de trabajo, reducir la resistencia de las personas frente a las enfermedades, incrementar la tasa de mortalidad, “en pocas palabras, merma la capacidad del grupo en prácticamente todos los ámbitos de su actividad” (1995a: 31).

Frente a dicho problema este trabajo, que constituyó la tesis de maestría de Bonfil, “...se ofrece con la doble intención de informar acerca de los factores que condicionan la desnutrición en el caso particular de Sudzal y de las medidas que se sugieren para mejorar el estado de la población en ese aspecto; al mismo tiempo, se aspira a que, junto con otros estudios similares en su intención, éste pueda emplearse como material para una serie de discusiones que permitan precisar una metodología antropológica que ayude a la solución de los tantos problemas que aquejan a la mayoría de los mexicanos” (1995a: 4).

El trabajo antropológico de este autor en Sudzal se realizó como parte de un programa de investigación, experimentación y acción del Instituto Nacional de la Nutrición (INN) que buscaba mejorar la alimentación de los grupos carenciados, por lo cual “la investigación antropológica debería cumplir dos funciones: servir de base para la programación de los trabajos y suministrar datos que pudieran ayudar a la evaluación final o parcial del experimento” (1995a: 32).

Sin negar estos objetivos, considero que la preocupación central de Bonfil fue cuestionar los enfoques dominantes de la antropología aplicada que se utilizaban en México y que no contribuían a mejorar la situación de los grupos sobre

los cuales trabajaban, por varias razones que el autor desarrolla pero sobre todo por aplicar mecánicamente determinadas concepciones a la realidad mexicana. Por eso para Bonfil la gran enseñanza de Gamio “...consiste en señalar el peligro permanente de perder toda perspectiva crítica y adoptar, sin previo análisis, las modas del pensamiento y de acción. La corriente de la antropología aplicada de la que son exponentes muchos de los antropólogos norteamericanos mejor conocidos en México, tiene influencia en el medio de los antropólogos nacionales” (1995a: 8).

Es importante recordar que la problemática elegida por Bonfil no era nueva para la antropología mexicana, ya que desde los años treinta, y sobre todo desde la década de los cuarenta, existían trabajos antropológicos sobre cuestiones nutricionales realizados en distintos grupos étnicos y en particular en grupos rurales yucatecos (Aguirre Beltrán, 1986). Tampoco era nuevo tomar centralmente en cuenta los aspectos económico/políticos, pues varios autores los habían incluido en sus análisis para Yucatán (Menéndez, 1981), sino que a nuestro juicio lo significativo estaba en recuperar estos aspectos a nivel etnográfico y a partir de ellos proponer una alternativa explicativa y de intervención a la propuesta antropológica dominante en México.

Como sabemos los trabajos de antropología aplicada respecto de los procesos de nutrición/desnutrición eran llevados a cabo básicamente por el Instituto Nacional Indigenista (INI), quien concentraba sus actividades en el tipo de alimento consumido por los grupos indígenas, teniendo como principal referencia de sus estudios y acciones la producción antropológica norteamericana y en segundo lugar la británica. Según el propio creador de los centros coordinadores indige-

nistas del INI, el enfoque aplicado al estudio/acción sobre los procesos alimentarios “involucra tres factores importantes: el ecológico, el biológico y el cultural; cada uno de ellos, y sus conexiones verticales y horizontales, quedan bajo la incumbencia de agrónomos, epidemiólogos y antropólogos quienes reconocen, los primeros la suma de los recursos naturales, la economía primaria de subsistencia y las formas de poblamiento; los segundos, la caracterización de los alimentos, la cuantificación de la nutrición y el balance dietético; y los terceros el contexto cultural, la estructura de la alimentación y los patrones alimentarios. El conocimiento de estos factores lleva a fijar metas, destinadas a fortalecer o a modificar los hábitos alimentarios, escalonados en el orden siguiente: 1) revaloración de los alimentos, 2) incremento de los alimentos existentes, 3) reintroducción de alimentos conocidos, 4) secularización de alimentos ceremoniales y 5) introducción de nuevos alimentos” (Aguirre Beltrán, 1986: 177-178).

Es justamente respecto de este tipo de propuestas que Bonfil planteará sus diferencias y críticas, así como un modelo alternativo de investigación/acción.

Ahora bien, para cumplir con estos objetivos Bonfil desarrolla un estudio de comunidad en Sudzal, municipio yucateco que en 1960 contaba con 1 241 habitantes. Presenta por lo tanto datos sobre la localización del municipio, sobre aspectos demográficos, sobre la vivienda, el ciclo de vida y la organización familiar, así como información sobre la alimentación.

Respecto de la alimentación describe las formas de preparación y conservación de alimentos, así como la dieta típica general y ciertas dietas específicas. Junto con estos datos presenta en un anexo información sobre desnutrición, obtenida a través de encuesta y de entrevista clínica por personal

del INN, la cual evidencia que existe una deficiente alimentación así como problemas de desnutrición, especialmente en niños menores de nueve años.

Frente a esta problemática el autor considera que “El primer aspecto que debe analizarse como posible factor condicionante del estado nutricional en la comunidad de Sudzal es la disponibilidad de alimentos. Esta puede considerarse compuesta por dos renglones centrales: la producción local y el intercambio” (Bonfil, 1995a: 69). En los capítulos siguientes se describen las formas de producción, las características del comercio local, las formas de intercambio y el sistema de estratificación social. Además se analiza el gasto semanal en alimentos por familia, así como el gasto generado para ocasiones especiales.

El estudio presenta pocos datos culturales, aun cuando hay información sobre hábitos alimentarios, incluyendo tabúes socioculturales respecto de determinados alimentos. Pero Bonfil consigna un dato cultural importante, la gran mayoría de la población de Sudzal habla maya, y por lo tanto uno de los principales problemas en la aplicación de programas y en la relación personal de salud/paciente lo constituye este factor cultural.

Será a partir de este tipo de información, centrada en aspectos de la estructura social y especialmente de tipo económico, que Bonfil propondrá explicaciones y alternativas de interpretación y acción, frente a una antropología aplicada dominante que justamente proponía una aproximación enfocada casi exclusivamente en los aspectos simbólicos.

Guillermo recuerda que en México son muy escasos los estudios sobre nutrición como fenómeno social, y menos aún los que tratan de modificar la situación negativa que

opera en grupos como el estudiado por él, pero subrayando que la manera de encarar este problema no está exclusivamente en la práctica, sino en la necesaria articulación de teoría y práctica, dado que justamente las tendencias dominantes de la actual antropología aplicada conducen inevitablemente a un “practicismo” que, sin embargo, evidencia escasos resultados prácticos.

Nuestro autor relee los estudios y propuestas respecto de la comprensión e intervención sobre problemas alimentarios y sobre otros problemas de salud desarrollados por algunos de los principales antropólogos contemporáneos, de los cuales varios trabajaron en México, y así analiza las propuestas de Adams, Foster, Kelly, Malinowski, Mead, Murdock y Sanders, quienes consideran que los programas de salud han fracasado por no haber considerado las ideas, valores y hábitos de las comunidades, reduciendo la explicación del problema a la “falta de comunicación” entre personal de salud y miembros de la comunidad.

Bonfil enumera y analiza varias de las propuestas teóricas y metodológicas de estos autores, concluyendo que colocan el peso de las explicaciones sobre los procesos negativos que afectan la salud y la nutrición en el papel de los hábitos y valores comunitarios, y proponiendo por lo tanto la modificación de los mismos, lo cual generaría cambios favorables en la salud de la comunidad. Dichas propuestas no sólo no toman en cuenta la estructura social, sino que proponen las modificaciones a nivel individual más que a nivel colectivo.

Estos autores proponen que los cambios siempre vienen desde fuera de la comunidad, que los mismos deben ser lentos, graduales, parciales y ajustados a la cultura que se busca modificar; se adhieren a la concepción funcionalista de

que todas las dimensiones están relacionadas entre sí y de que cualquier alteración repercute en el todo; consideran que todo proceso tiene múltiples causales, pero que es muy difícil trabajar con todas ellas, por lo cual deciden trabajar sólo con los aspectos culturales y conductuales. Si bien varios reconocen la importancia de los factores económicos y políticos, no estudian la estructura económica ni la distribución de la riqueza en los grupos con que trabajan.

Más aún tienden a focalizar su trabajo en la comunidad que estudian como si estuviera aislada, eliminando con ello la posibilidad de comprender aspectos decisivos de los procesos comunitarios “internos”. En forma explícita o implícita adhieren al relativismo cultural. Esos estudios antropológicos permanecen casi siempre en el nivel descriptivo de los fenómenos estudiados.

Pero además este enfoque se relaciona con los intereses del gobierno de los Estados Unidos de América, recordando Bonfil que a partir de fines de la década de los cuarenta este país impulsa el empleo de las ciencias sociales, especialmente con fines aplicados. Citando las críticas de Beals y de Manners hacia esta forma de hacer antropología, señala “que la ayuda técnica tiene como fin último incrementar y proteger las inversiones norteamericanas. Y aquí los intereses económicos, militares y políticos se ligan con otros aspectos de la antropología aplicada” (1995a: 20). Presenta afirmaciones de Foster y de Malinowski que justifican su trabajo aplicado a favor de los intereses colonialistas de sus respectivos países, concluyendo con Manners que los objetivos de la antropología aplicada de los Estados Unidos no se han modificado y siguen siendo los mismos de hace veinte años (1995a: 22).

Es importante señalar que en trabajos ulteriores publicados durante los sesenta y primeros años de los setenta (1995d,

1995e, 1995f, 1995g), especialmente en un texto publicado en 1964 que según el autor se basa en “los postulados teóricos incluidos en *Diagnóstico sobre el hambre en Sudzal*”, Bonfil profundizará aún más su crítica, sosteniendo que respecto a los problemas que aquejan a América Latina “existe una corriente de pensamiento conservador, cuya influencia es amplia y manifiesta. Esta corriente, en mi concepto, no sólo es incapaz de plantear soluciones efectivas sino que, incluso, objetivamente, representa una tendencia contraria al interés nacional de nuestros países” (Bonfil, 1995b: 173).

En este texto desarrolla aún más sus principales críticas a la antropología aplicada, precisando algunos aspectos entre los cuales subrayo dos. Cuestiona los estudios “que consideran a las comunidades indígenas como sociedades aisladas, ajenas a la sociedad nacional. Resulta indispensable comprender a las comunidades dentro de un marco mucho más amplio regional, nacional y en ciertos aspectos internacional” (1995b: 178). Este cuestionamiento, dirigido especialmente a “los trabajos de orientación indigenista”, surgía de su trabajo en Sudzal, donde los bajos niveles de vida del campesinado yucateco estaban directamente relacionados con los precios internacionales del henequén, cultivo en torno al cual se organizaba la producción económica de la zona estudiada por Bonfil, de tal manera que la mayoría de la población rural dependía económicamente de las oscilaciones que el precio del henequén tuviera en los mercados internacionales.

Congruentemente con este señalamiento, el segundo aspecto que subraya son los bajos niveles de vida de los grupos que estudian los antropólogos, y que tienen que ver con las condiciones de producción y de distribución económica dominante en dichos grupos: “Sin embargo, la mayoría de las

investigaciones antropológicas ligadas a programas de desarrollo y mejoramiento, parecen considerar que el nivel de ingresos es un hecho que solamente puede modificarse de manera evolutiva y a largo plazo. Los antropólogos que a sí mismos gustan de llamarse ‘realistas’ y ‘prácticos’, pretenden con frecuencia elevar los niveles de vida sin tocar en absoluto la estructura institucional que ha dado origen y que permite la existencia de amplísimos sectores de la población cada vez más empobrecidos. Se trata diríamos en pocas palabras, de una ‘antropología de la miseria’, que procura mejorar la miseria, pero no acabar con ella” (1995b: 178).

En función de estas concepciones teórico/metodológicas Bonfil propone estudiar la desnutrición en Sudzal a partir de las condiciones económicas dominantes a nivel de la comunidad y de sus relaciones “externas”, y no a través de los valores y los hábitos, lo cual no significa ignorar los aspectos “culturales”, dado que son importantes al igual que los económicos, y además porque se influyen mutuamente, “aunque el papel en última instancia lo desempeña la estructura básica” (Bonfil, 1995a: 30).

Por lo tanto nuestro autor coloca la explicación de los fenómenos desnutricionales que observó en Sudzal en determinados procesos económico/políticos, básicamente en los cambios en las relaciones de producción, especialmente en la modificación de la tenencia de la tierra, así como en los cambios operados en las formas de organización del trabajo, en las nuevas formas de estratificación social que emergieron y en el incremento de los contactos de la comunidad con el mundo exterior a la misma.

Estos cambios favorecieron entre otros la mercantilización de los productos de consumo básico, de tal manera que ya

en la década de los sesenta la compra de alimentos en Sudzal tiene igual importancia que la producción milpera. Por otra parte, si bien la Revolución Mexicana liberó a la población de formas de trabajo casi forzadas, las sucesivas crisis de la producción henequenera así como otros procesos económico/políticos establecieron que la población campesina recibiera muy bajos ingresos. Los procesos de mercantilización y la nueva división del trabajo favorecieron un sistema de estratificación social que halla una de sus principales expresiones en las condiciones de alimentación desigual al interior de la comunidad. También se generaron cambios en la organización familiar y en el estatus de sus miembros relacionados con estos aspectos económico/sociales, que tuvieron consecuencias en las características de la alimentación.

A partir de esta explicación de los problemas nutricionales que incluyen muy escasamente factores y procesos simbólicos, Bonfil propone toda una serie de acciones para mejorar las condiciones alimentarias, colocadas en tres ámbitos complementarios. El primero se refiere a aspectos económicos para mejorar la capacidad adquisitiva de alimentos y para ello enumera y propone nuevas fuentes de ingresos tanto a nivel familiar como comunitario, así como técnicas para mejorar la producción agrícola, ganadera y hortícola. Es decir “incrementar la producción de alimentos y la capacidad económica para adquirir los que no se producen”. Un segundo aspecto, estrechamente relacionado con el anterior, se refiere al desarrollo de formas de organización social especialmente en torno al ejido, como es la de constituir cooperativas de consumo para reducir el precio de ciertos productos alimenticios básicos. Un tercer aspecto se refiere a los procesos de aprendizaje respecto a la inclusión de posibles nuevos alimentos,

proponiendo que la acción educativa debe estar encaminada a lograr un mejor aprovechamiento de los recursos alimenticios disponibles. Y frente a la existencia de ciertos hábitos alimentarios tradicionales negativos, sostiene la necesidad de articular la enseñanza impartida por los expertos con las características y posibilidades de los miembros de la comunidad.

Si bien hay aspectos propuestos por Bonfil, como por ejemplo tomar en cuenta la cultura tradicional y desarrollar un aprendizaje fundamentalmente práctico, que por lo menos a nivel de discurso son reconocidos por el Sector Salud, hay otros aspectos recomendados por nuestro autor que no sólo no fueron aplicados, sino que contrastan con las políticas impulsadas hasta la actualidad por las instituciones de salud mexicanas y también con las actividades de la mayoría de las organizaciones no gubernamentales (ONG) que trabajan sobre problemas de salud. Me refiero a su recomendación de incluir en los programas “a todos los integrantes de la familia, en el entendido de que el patrón de familia extensa todavía es predominante en las relaciones internas, por lo que la unidad de trabajo comprenderá a los padres, a los hijos solteros, a los casados y al cónyuge y descendencia de éstos” (Bonfil, 1995a: 128).

La propuesta de incluir a todos los miembros de la familia, pero sobre todo incluir a varones respecto de programas alimentarios, contrasta con la casi totalidad de los programas impulsados por el Sector Salud –pero también de las ONG– a partir de los años setenta que se centraron casi exclusivamente en el papel de la mujer.

Ahora bien, en términos de puesta en marcha y funcionamiento de programas de salud, Guillermo considera el desarrollo interno de la comunidad como un requisito básico

“sin el cual nada sólido ni permanente podrá lograrse” (1995a: 118). Pero este desarrollo interno no sólo está referido a las condiciones y procesos materiales, sino también a la organización social y a los conocimientos y hábitos comunitarios.

El segundo requisito es que la comunidad reconozca y haga suyo el problema sobre el cual se va a trabajar, ya que sólo a través de esta apropiación se puede impulsar “a la comunidad a que busque la solución (o soluciones) al problema que ya tiene planteado” (1995a: 119). Más aún “Es una necesidad imprescindible tomar en cuenta la opinión de la comunidad en relación con los trabajos del Instituto Nacional de la Nutrición en Sudzal. Las necesidades que la población siente y la forma en que cree posible solucionarlas pueden no ser correctas (más aún, pueden ser completamente equivocadas); pero son las motivaciones que hacen posible el impulso inicial de la comunidad hacia su mejoramiento y deben ser aprovechadas... Por otra parte, sólo cuando exista la voluntad de la comunidad para su superación podremos tener la seguridad de que nuestros esfuerzos perdurarán, aun después de que el programa haya terminado” (Bonfil, 1995c: 502-503).

Justamente las conclusiones de un trabajo sobre educación para mejorar la alimentación realizado en Sudzal por personal de salud, y en el cual se impartieron nuevos conocimientos sobre tipos de alimentos y su preparación, expresa en gran medida las propuestas de Bonfil centradas en los factores económicos y en el punto de vista de los actores subalternos. El personal de salud, luego de realizar su trabajo educativo con amas de casa, encontró, a través de la observación de los hogares, “que la aplicación de los nuevos conocimientos fue casi nula... Es probable que las causas de la escasa apli-

cación de los nuevos conocimientos hayan sido el factor económico, la escasa disponibilidad de la localidad y el carácter unilateral de la educación” (Galicia y Balán, 1967: 160).

Estos especialistas en nutrición consideraron además que las prácticas y tabúes alimenticios y aspectos de la organización familiar también pudieron haber incidido en la mala alimentación, así como en el trabajo pedagógico con la población. Pero además este trabajo cita los comentarios de una ama de casa de Sudzal, que en cierta medida sintetiza a nivel de saber popular lo que está proponiendo Bonfil: “Estamos aprendiendo algo nuevo; todo está bueno, sólo nos falta dinero” (Bonfil, 1995a: 159).

CONTEXTUALIZANDO EL PROBLEMA Y SU INTERPRETACIÓN

Dado que este texto se publicó por primera vez en 1962, considero que para ser comprendido actualmente necesita ser contextualizado. Más aún la lectura de un texto antropológico —ya sea de Frobenius, de Gamio o de Redfield— debe referir no sólo al texto sino al contexto de producción de conocimiento en el que se generó, así como a las características del problema analizado, para en un segundo momento tratar de establecer la vigencia de su interpretación, no sólo respecto del periodo en el cual construyó su etnografía, sino de la situación actual de la problemática estudiada.

La a-historicidad que caracteriza el desarrollo de gran parte de la antropología actual, incluida la enseñanza de la antropología como disciplina, reduce la posibilidad de entender la producción de conocimiento antropológico a partir justamente

de entender cómo se produjo, dentro de qué contexto de conocimiento se generó, cuál era la relevancia y significación de los problemas estudiados, así como la pertinencia de las explicaciones formuladas respecto de los mismos; de existir intervenciones —dado que de antropología aplicada estamos hablando—, cuáles fueron las consecuencias de las mismas.

Desde esta perspectiva considero que la comprensión del texto de Bonfil requiere, por lo menos, enumerar algunos de los principales aspectos que caracterizaban a principios de los sesenta el contexto social y los procesos *s/e/a* de la población estudiada, así como establecer cuáles eran las orientaciones teóricas dominantes en el campo de la antropología social y especialmente de la antropología aplicada.

De los datos presentados por Bonfil, así como de otros materiales bibliográficos, podemos concluir que la población yucateca, especialmente en el área rural, se caracterizaba a principios de los sesenta por la situación de pobreza y de carencias materiales básicas, así como por la existencia de una notoria desigualdad socioeconómica que inclusive operaba a nivel comunitario, como lo describe Guillermo en su trabajo.

En términos del proceso *s/e/a* la tasa de mortalidad general en Yucatán para 1960 era de 12.6, la de mortalidad infantil de casi 73 muertos por 1 000 niños NVR, mientras la esperanza de vida era de 58.58 años. Todos estos son datos oficiales del Sector Salud mexicano, pero la revisión crítica de los mismos indica que las tasas de mortalidad general y especialmente la de mortalidad infantil están fuertemente subregistradas, por lo cual la gravedad de la situación era mucho mayor (Menéndez, 1981).

Durante esos años uno de los principales problemas lo constituía la desnutrición, la cual aparece como un proble-

ma endémico. Gran parte de los datos sobre la gravedad de este problema surgen justamente del proyecto del INN en el cual trabajó Bonfil y así, en las conclusiones del estudio realizado por dicho Instituto, se señala “No puede ser exagerado el calificar de alarmante el estado de desnutrición de la población campesina de Yucatán... Es un grupo social en el cual gran parte de los niños preescolares presentan signos de deficiencia calórico/protéica clara y en el cual los niños difícilmente comen la mitad de lo que deberían comer” (INN, 1963: 156).

Es importante recordar que estas condiciones negativas de salud no eran patrimonio exclusivo de la población maya yucateca, ya que en la década de los sesenta los grupos étnicos mexicanos tenían los peores indicadores de salud a nivel nacional; tenían las más altas tasas de mortalidad general y etaria, especialmente de mortalidad infantil, preescolar, materna, así como las más bajas expectativas de vida.

Ahora bien, frente a esta situación —común a gran parte de los grupos étnicos de México y de América Latina— la antropología aplicada en México operaba básicamente a través de instituciones del Estado mexicano y fundamentalmente del Instituto Nacional Indigenista, cuyas concepciones y acciones recibieron el nombre de “indigenismo de integración”. En éste dominaba una concepción culturalista de los grupos étnicos, que prácticamente excluía la dimensión económico/política, y tenía una visión evolucionista/desarrollista de dichos grupos, según la cual con el tiempo éstos iban a “modernizarse” o a “nacionalizarse”, para lo cual se formularon diferentes propuestas en términos de la denominada “teoría de la aculturación”. El Instituto Nacional Indigenista obtenía gran parte de sus concepciones teórico/aplicadas justamente de la antropología aplicada norteamericana.

Dada esta orientación, los expertos de dicho Instituto no incluían como aspecto sustantivo de los grupos étnicos la situación de pobreza y de extrema pobreza en la cual vivían, y menos aún la causalidad de la misma. Pero además los antropólogos profesionales tampoco estudiaban la pobreza en los grupos indígenas mexicanos, pese a que uno de los líderes teóricos de la antropología de la pobreza a nivel internacional venía desarrollando en México los estudios en que fundamentó dicho concepto. Así que, más allá de la interpretación dada por O. Lewis a la pobreza, y que justamente Bonfil (1965) analizó y criticó brillantemente, necesitamos reconocer la existencia de esta “negación” profesional respecto de sus sujetos/objetos de estudio, caracterizados justamente por vivir en la pobreza, o como prefiere decir Bonfil “en la miseria”.

Más aún, la crítica de Bonfil a la obra de Lewis expresa con claridad un aspecto que he subrayado desde el principio sobre la trayectoria de Guillermo, y me refiero a su coherencia práctico/ideológica, ya que, si bien Bonfil critica la metodología e interpretación de Lewis de la pobreza, no deja de señalar la significación que tiene estudiar esta problemática para México, dada la situación de miseria en que vive gran parte de su población. Pero además Guillermo se enfrenta con los profesionales que no sólo cuestionaron la obra de Lewis, sino que lo denunciaron ante la Procuraduría General de la República.

Como narra Bonfil, la Sociedad de Geografía y Estadística hizo una denuncia formal “por considerar que el libro era denigrante para México... y que tiene elementos delictuosos de variada índole que caen dentro del ámbito de la Justicia. Días después el Secretario de la Sociedad concretó que los cargos, en su opinión, permitirían la aplicación del artículo 200 (por obsceno) y el 145 (por subversivo) del

Código Penal” (Bonfil, 1965: 115). Guillermo realiza varias consideraciones sobre esta decisión pero sobre todo cuestiona el ataque a un trabajo que trata sobre aspectos negativos de la situación nacional y plantea la necesidad de no negar lo que ocurre en México sino asumirlo y tratar de modificar esta situación: “Y para esto hay que despertar la conciencia pública de su existencia, de tal manera que todos sintamos una responsabilidad seria y actuemos eficaz y rápidamente para que desaparezca. El peligro, lo subversivo, lo denigrante no es que se conozcan estas realidades, sino que existan” (1995: 116).

Ya vimos la crítica que Bonfil realiza a dicha antropología aplicada a partir de la experiencia mexicana, pero también de procesos internacionales que ponían en evidencia que las antropologías de los países centrales se caracterizaban por haber negado algunos de los principales y más graves problemas de los grupos que estudiaban. Más aún, según algunos antropólogos, dichos países centrales habían contribuido a generar o por lo menos a incrementar varios de esos problemas.

En gran medida las ciencias sociales, la antropología social y la etnología en particular, “descubren” después de concluida la Segunda Guerra Mundial y especialmente durante la década de los cincuenta, que sus sujetos/objetos de estudio se caracterizan por vivir en el “subdesarrollo” económico y social, por vivir dentro de la “situación colonial” impuesta por los estados que los dominaron en términos de colonialismo externo (países europeos) o de colonialismo interno (EUA y los países latinoamericanos) (Menéndez, 2002).

Bonfil escribe por lo tanto *Diagnóstico sobre el hambre en Sudzál*, así como otros trabajos, dentro de un contexto académico y

social de fuerte denuncia de los procesos coloniales y del papel de los antropólogos en dichos procesos. Escribió su obra, además, dentro de un contexto político internacional caracterizado por el desarrollo de “nuevas” guerras coloniales, entre las que destacan las guerras de Argelia y de Vietnam, pero también varios episodios imperialistas norteamericanos sobre diferentes países latinoamericanos, así como el triunfo de la Revolución Cubana. Bonfil escribe en un lapso en el que se “descubre” y sobre todo se denuncia la complicidad con el colonialismo de una parte de los antropólogos y de la antropología como institución, en que pasa a primer plano el papel de importantes antropólogos en las guerras coloniales –como son los casos más o menos ejemplares de Soustelle respecto de la guerra de Argelia y de Foster respecto de la guerra de Vietnam–, de una disciplina caracterizada por la colaboración o por el silencio de gran parte de la comunidad académica, respecto a procesos que incluían en gran medida a los grupos estudiados por los antropólogos.

Como sabemos esta situación iba a tener una de sus expresiones más graves –recordada por Bonfil en varios artículos– durante la década de los sesenta, con el “descubrimiento” de la realización del Proyecto Camelot (Horowitz, 1968) y de otros proyectos a nivel latinoamericano que, junto con la Guerra de Vietnam, conmovieron la situación de la antropología académica y condujeron a una crisis o por lo menos a un malestar, especialmente en la antropología de los Estados Unidos y en particular respecto del papel de la antropología aplicada, expresado a través de gran cantidad de trabajos críticos que a nivel profesional cristalizaron en 1968 en el simposio del *Current Anthropology*, dedicado a la “responsabilidad social de los antropólogos”.

De allí que gran parte de las propuestas de Bonfil durante este momento corresponden a las tendencias críticas que se están desarrollando a nivel internacional y que lo conducen a proponer explícitamente que el antropólogo latinoamericano “interesado en la aplicación de su ciencia se aparte conscientemente de esa línea conservadora. El tipo de antropología aplicada que requieren nuestros países debe partir de postulados muy diferentes” (Bonfil, 1995b: 179), agregando “No parece que sea éste el momento oportuno para pretender que los esfuerzos se limiten a promover pequeños cambios, escudándonos en el temor a que los cambios radicales vayan a producir ‘desorganización’. Pensamos que, al contrario, toca al antropólogo señalar la inutilidad que con frecuencia, con demasiada frecuencia, tienen los tímidos programas de mejoramiento y que también le corresponde demostrar con rigor científico la necesidad de realizar cambios radicales, cambios que ataquen la raíz misma de los problemas” (1995b: 180).

Más aún, Guillermo subrayará en futuros trabajos el establecimiento de la situación colonial como principal causal de la situación y problemas actuales de la población indígena mexicana. Es decir, colocará en la dominación política, económica y cultural el eje no sólo explicativo de la situación de los grupos indígenas, sino de la incompatibilidad en que estaban basadas las relaciones sociales de éstos con la sociedad mexicana, considerando que las políticas indigenistas que buscan la integración de los indios en México constituyen “...la expresión ideológica y práctica de la situación colonial en términos de los intereses de la sociedad dominante acerca de las sociedades dominadas” (Bonfil, 1995g: 366). Más aún, sostiene que la acción indigenista adopta el punto de vista de la sociedad dominante, señalando “el carácter pro-

fundamente colonialista del indigenismo y de las ciencias sociales puestas a su servicio” (Bonfil, 1995i: 599), por lo cual propondrá la necesidad de desarrollar las autonomías indígenas basadas en su control cultural de los recursos, como mecanismo básico de su propio desarrollo y del establecimiento de reales relaciones simétricas (Bonfil, 1995h: 468).

¿QUÉ FUE DE LA ANTROPOLOGÍA APLICADA?

Si nosotros observamos lo que pasa actualmente en México con la situación de los grupos étnicos respecto de los problemas que preocupaban a Bonfil en su trabajo sobre Sudzal, comprobaremos que sigue siendo el sector de la población nacional con mayores índices de pobreza y de pobreza extrema, caracterizado por la marginación social y cultural (INI, 2000); que a nivel nacional no sólo persisten sino que se han incrementado las desigualdades socioeconómicas, expresadas en gran medida a través de la gran concentración de la riqueza en un pequeño sector de la población; que en términos de los procesos s/e/a la población indígena tiene una esperanza de vida menor que la media nacional, así como las tasas más altas de mortalidad general, de mortalidad infantil, de mortalidad preescolar, de mortalidad materna y de mortalidad en varones en edad productiva. La mortalidad infantil de la población indígena, por ejemplo, duplica la tasa nacional (INI, 2000; SSA, 2001a y 2001b).

Respecto de la problemática estudiada por Bonfill, es decir el “hambre”, según la Encuesta Nacional de Nutrición de 1999 el 18% de los niños mexicanos menores de cinco años padecen desnutrición crónica, pero ocurre que un 44% de

los niños indígenas presenta este grave problema. Más aún, mientras que el 27% de los niños no indígenas tienen anemia, en el caso de los niños indígenas la tiene el 36 % de ellos. La coordinación del programa IMSS/Solidaridad para Yucatán informó a principios del 2000 que alrededor de 40 000 niños indígenas, de unos 100 000 que nacen y crecen en zonas rurales de esta entidad, padecen desnutrición grave (INI, 2000, SSA, 2001a y 2001b).

Es decir que, al igual que en el periodo estudiado por Bonfil, actualmente la población indígena a nivel nacional y la de Yucatán en particular, sigue siendo el sector de la población que presenta los mayores niveles de pobreza, los indicadores más negativos de salud, las más altas tasas de mortalidad, la menor esperanza de vida y donde la desnutrición sigue siendo un problema grave y extendido de salud. Esto no niega que en términos comparativos durante el lapso que va de 1960 hasta la actualidad en la población indígena –al igual que a nivel nacional– se hayan reducido significativamente las tasas de mortalidad y haya aumentado la esperanza de vida, lo cual constituye un problema a explicar (Menéndez, 2005).

Si bien estudios relativamente recientes indican que en el medio rural yucateco persisten concepciones y prácticas “tradicionales” respecto de ciertos procesos s/e/a, estamos asistiendo, inclusive en la antigua zona henequenera estudiada por Bonfil, a la reducción e inclusive desaparición de los curadores tradicionales. Esto ha sido puesto en evidencia en varios trabajos y especialmente en un estudio realizado en la década de 1990 en comunidades de la antigua zona henequenera, que no sólo documentó este proceso en particular referido a las parteras empíricas, sino también la pérdida creciente de la lengua maya, ya que en la zona estudiada los

niños entienden, pero en su casi totalidad ya no hablan maya (Ortega, 1999), lo cual supone un cambio significativo en términos culturales.

Pero también, al igual que en los años sesenta, existen actualmente muy escasos trabajos antropológicos dedicados a estudiar la desnutrición como problema social, tanto en términos teóricos como aplicados. Actualmente en México no contamos con un campo específico institucional referido a la antropología aplicada; en su formación como antropólogos los alumnos no reciben cursos referidos a esta “disciplina”, lo cual no niega que haya algunos antropólogos que han intentado impulsarla.

Como sabemos la institución que históricamente desarrollaba actividades de antropología aplicada en varios campos, pero especialmente en el de los procesos s/e/a, me refiero al INI, desapareció como institución y su secuela no se caracteriza por el impulso de esta actividad, sobre todo en el ámbito de la salud. La descentralización de las actividades del INI a nivel de cada Estado y el hecho de que gran parte del trabajo en salud con población indígena se concentre ahora en el programa Oportunidades, condujo a medicalizar aun más las acciones específicas llevadas a cabo sobre población indígena, así como a la desaparición de una forma de trabajo donde, por lo menos, ciertas orientaciones antropológicas se conservaban dentro del INI.

Esto quiere decir que a nivel nacional no tenemos una discusión en torno a la antropología aplicada simplemente porque ésta casi no existe, por lo menos dentro del ámbito antropológico. No obstante a nivel internacional, especialmente en los Estados Unidos, durante los ochenta y noventa se generaron notables análisis y discusiones en torno a la

antropología aplicada que casi pasaron desapercibidas en México, salvo en el campo de la antropología médica, pese a que sus discusiones se referían a problemas que comenzaban a tener presencia entre nosotros, como es el caso de los estudios de género, o bien que volvían a interesar a algunos antropólogos, como es el caso de la pobreza.

Estas discusiones teóricas y metodológicas se dieron en los Estados Unidos entre destacados antropólogos, organizados en torno a dos corrientes identificadas con los nombres de antropología médica clínica y antropología médica crítica. En dicha discusión, y lo subrayo, una parte significativa de las concepciones –y también de las propuestas– de la antropología médica crítica coinciden con las críticas de Bonfil a la antropología aplicada, de tal manera que para antropólogos como Baer, Singer, Morgan o Sheper-Hughes, la antropología médica clínica se caracteriza por el papel central dado a lo simbólico, por la exclusión de la dimensión económico/política, el practicismo, la concepción gradualista de los procesos de cambio, el relativismo cultural y su orientación micro o mesosociológica (Chrisman y Maretzki, 1982; *Social Science & Medicine*, 1986, 1990a, 1990b), lo cual, entre otras cosas, evidencia la vigencia actual de las críticas y propuestas de Bonfil.

Pero el hecho de que entre nosotros no tengamos nada similar en términos de antropología aplicada no significa que no haya trabajos que en gran medida corresponden a lo que desarrolla esta disciplina. Actualmente en México una parte sustantiva del trabajo aplicado de tipo antropológico se desarrolla a través de las denominadas organizaciones no gubernamentales (ONG), que desde los setenta y sobre desde los ochenta se desarrollaron en América Latina y especialmente en México. Estas ONG, como sabemos, trabajan muy

diferentes problemas, pero en particular determinados procesos de salud/enfermedad/atención.

Por lo tanto serán las ONG las que utilicen las técnicas antropológicas para desarrollar trabajos aplicados, especialmente respecto de procesos de salud reproductiva, incluidos trabajos en población indígena que serán apoyados financieramente por la Fundación Ford, el Population Council, la Fundación McArthur e inclusive por la Agencia Internacional de Desarrollo, de tal manera que gran parte de las características de la antropología aplicada cuestionadas por Bonfil podemos reencontrarlas, casi en sus mismos términos, en gran parte de los trabajos desarrollados por una parte significativa de las ONG latinoamericanas.

Lo que señalamos, por supuesto, no niega que haya ONG que trabajen desde otras perspectivas, pero son cada vez más escasas entre nosotros. La mayoría de las ONG críticas se gestaron en los setenta, una parte de las cuales dieron lugar al desarrollo del denominado movimiento popular en salud, pero las mismas perdieron significación desde mediados de los ochenta.

Ahora bien, dentro del campo académico también se vienen desarrollando desde los ochenta los denominados estudios interculturales en salud, una parte significativa de los cuales también presentan notorias similitudes con la perspectiva desarrollada por la antropología aplicada, especialmente por considerar que gran parte de los principales problemas de atención de la salud radican en la falta de comunicación entre personal de salud y población indígena, colocando sus objetivos en mejorar la comunicación.

Se asume que hay representaciones, prácticas sociales y técnicas diferentes en el personal de salud y en la población

indígena, y que las mismas obstaculizan una buena relación médico/paciente, especialmente la comunicación entre los mismos; por lo cual se propone informar y educar tanto a los médicos como a los miembros de las comunidades, para facilitar una convergencia entre las representaciones y prácticas que ambos utilizan; se proponen educar no sólo para mejorar la comunicación, sino para establecer relaciones de respeto y tolerancia entre los mismos.

Dichos objetivos nos parecen saludables, pero ocurre que la relación que estudian se da, como lo subrayó constantemente Bonfil, dentro de “relaciones coloniales” que son estructuralmente antagónicas y que requieren, para establecer una real “comunicación”, la autonomía de las partes en relación. Como concluye Sariago “Mientras el principio de la autonomía conlleva el reconocimiento de la diversidad, el de la interculturalidad expresa la necesidad de la comunicación e interlocución entre sociedades con matrices culturales distintas” (2002: 240).

LAS FURIAS Y LAS PENAS

Como lo indicamos, éste y otros trabajos de Bonfil corresponden a un determinado momento de su producción personal y de la producción antropológica en América Latina. Desde esta situacionalidad considero que el estudio sobre Sudzal cuestiona algunos de los principales sesgos de la antropología desarrollada entre 1920 y 1950, caracterizada en gran medida por un uso unilateral de la dimensión simbólica de la cultura. Pero como sabemos esta orientación será ulteriormente reemplazada por el sesgo “materialista” de una parte de la producción antropológica regional durante los años sesenta y

setenta, para ser más tarde reemplazado por el sesgo simbolista y significativo que caracterizó a la producción de los años ochenta y noventa, especialmente a la organizada en torno a los denominados “estudios culturales” y a determinadas preocupaciones etnicistas.

La obra de Bonfil se desarrolla y es parte de esta trayectoria y, como lo hemos señalado, en este estudio utiliza muy poco la dimensión simbólica. Pero, como sabemos, en los años siguientes Guillermo orientará cada vez más sus objetivos hacia los aspectos simbólicos, especialmente referidos a procesos de poder organizados en torno al “control cultural”. Más aún, mientras en el trabajo que comentamos Guillermo propone la modificación de ciertos aspectos culturales, por supuesto a partir de tomar en cuenta los “hábitos” del actor, en sus trabajos ulteriores el eje de las interpretaciones se hará en términos de lo cultural como “resistencia” y como “control”.

Pero en la reorientación de sus objetivos Bonfil ya no trabajará más con problemáticas referidas a procesos s/e/a; si bien éstas no dejaron de preocuparle ya no fueron parte de su propia labor como antropólogo. No obstante siguió interesado en el desarrollo de este tipo de estudios y por eso apoyó en el CIS-INAH la constitución de un programa de investigación en antropología médica a mediados de 1977, programa que estuvo a cargo de R. Loewe y E. L. Menéndez, y que, en mi caso, como ya lo señalé, se desarrolló inicialmente en Yucatán.

Este interés se observa también en la presencia de los procesos de “salud, enfermedad, curación” en su proyecto de investigación sobre procesos étnicos en México, propuesto al CIESAS en marzo de 1986, en el cual enumera los siguientes aspectos específicos a estudiar: “El universo de la medicina desde la perspectiva del control cultural. Empleo diferencial de

elementos culturales en la medicina tradicional y en la medicina institucional moderna. La conformación de los ámbitos de la cultura en el campo de la medicina y las características de los procesos étnicos ligados a esos campos” (Bonfil, 1986).

Si bien nuestro autor no trabajará ya con estas problemáticas específicas e inclusive ya no dedicará reflexiones a la antropología aplicada, una parte sustantiva de su obra ulterior, especialmente la que tiene que ver con control cultural, se correlaciona con determinadas orientaciones de las ciencias sociales y antropológicas que ven en los procesos s/e/a uno de los principales procesos a través de los cuales se ejercen dichos controles, a través de los curadores de todo tipo, tanto “tradicionales” como biomédicos, así como a través de las instituciones específicas del Estado y de las relaciones ejercidas a nivel de los pequeños grupos.

Ahora bien, un aspecto distintivo de la trayectoria de Bonfil que a nuestro juicio lo diferencia positivamente, es que reiteradamente reflexionó —y generó propuestas y actividades— sobre la situación de la antropología mexicana, tratando de establecer para qué sirve el trabajo antropológico. Desde *Diagnóstico sobre el hambre en Sudzal* hasta sus últimos trabajos aparece preocupado por la situación y el papel de la antropología, pero no en términos narcisistas profesionales sino en términos de utilidad teórica, ideológica y práctica respecto a los grupos subalternos.

En el análisis de nuestra disciplina Guillermo parte de asumir el papel determinante del Estado mexicano en el origen, desarrollo y mantenimiento de la misma. Los gobiernos postrevolucionarios impulsarán las ciencias antropológicas no en términos de la producción de conocimiento teórico, sino en función de su utilidad. Así por ejemplo la Escuela Nacional

de Antropología e Historia se crea para formar profesionales con el objetivo de que sean útiles para la formulación y la instrumentación de las políticas indigenistas (Bonfil, 1995j: 624). Según sus análisis las primeras generaciones de antropólogos adhieren a la Revolución Mexicana y juegan un rol ideológico importante y no sólo académico, participando activamente en las tareas que les encarga el Estado mexicano.

Tanto los antropólogos que están de acuerdo con el sistema como los críticos tienen un lugar en dicho sistema, en la medida que desarrollen un conocimiento y/o actividades útiles en términos ideológicos y profesionales. Esto es factible por las características del Estado mexicano, que posibilita la existencia de posiciones críticas en instituciones del propio Estado, en la medida que sean funcionales al mismo, inclusive a partir de sus críticas. Más aún, pese al surgimiento de corrientes que en los sesenta y setenta cuestionan la ideología oficial y las políticas indigenistas, la casi totalidad de dichas críticas son formuladas por antropólogos que trabajan en instituciones oficiales.

Es respecto de esta lectura de la relación Estado/quehacer antropológico que necesitamos analizar la propuesta de trabajo de *Diagnóstico sobre el hambre en Sudzal*. En este estudio Bonfil colabora en la realización de un programa estatal para mejorar las condiciones de nutrición y la salud de comunidades rurales, reflexionando sobre las posibilidades y limitaciones de este tipo de trabajo.

Como vimos, reconoce una multiplicidad de factores que inciden en la situación nutricional, señalando que el programa del INN sólo tomará en cuenta aquellos en los cuales tiene pertinencia profesional, pero subrayando que el hecho de que no se trabaje con otros factores no significa ignorarlos, dado que su “conocimiento es imprescindible para mejorar el progra-

ma” (Bonfil, 1995a: 117), concluyendo que esta orientación implica trabajar con los factores estructurales: “La limitación para abordar problemas cuya solución exige transformaciones revolucionarias no radica en la antropología, sino en las instituciones y organismos encargados de aplicarla. La antropología puede plantear soluciones revolucionarias; pero el que éstas se lleven a la práctica dependerá de que quienes pretendan aplicarla, estén en condiciones de hacerlo” (1995a: 118). Más aún, reconoce la necesidad de esta aplicación para que la población indígena logre mejores niveles de vida, dado que ello requiere de cambios sustanciales.

A partir de sus sucesivos trabajos observamos que en Bonfil opera un doble proceso complementario; por una parte reconoce modificaciones sustantivas en el proyecto ideológico/político de los sectores que gobiernan México. Reconoce que durante los ochenta desaparece el proyecto nacionalista y que se está desvaneciendo el papel que el Estado le había asignado a los antropólogos. La antropología, según Guillermo, no tiene a principios de los noventa el papel que tenía hace veinte o treinta años, ya que los antropólogos no desempeñan el papel que jugaban respecto de ciertos aspectos importantes del proyecto de los sectores dirigentes mexicanos (Bonfil, 1995k: 652), y si bien reconoce que la antropología actual es más sofisticada, diversificada y tiene una mayor producción que en el pasado, no obstante piensa “... que hacemos una antropología con menor aliento, sin propósitos claros para el conjunto de nuestra disciplina, sin ubicación definida en el contexto de la sociedad mexicana actual y sin capacidad organizada para influir en la definición del nuevo proyecto nacional que deberá reemplazar al que evidentemente se quebró” (Bonfil, 1995j: 634).

Como parte de este “desencanto” respecto del Estado mexicano y de la antropología social, Guillermo concluye que las políticas del Estado hacia los indígenas -además de incorrectas en los términos ya analizados- sólo ofrecen paliativos y no solucionan ni siquiera parcialmente sus problemas más graves, lo cual lo conduce a buscar cada vez más actores autónomos fuera del Estado, orientando su propuesta hacia soluciones políticas, es decir, planteadas en términos de procesos y mecanismos de poder, hasta proponer la autonomía indígena en términos radicales, lo cual se expresa a principios de los ochenta a través de las propuestas de “etnodesarrollo”, al cual define como “la capacidad autónoma de una sociedad culturalmente diferenciada para guiar su propio desarrollo” (Bonfil, 1995h: 478).

A partir de lo analizado considero que si algo caracteriza la trayectoria de Bonfil es su obsesión/objetivo respecto de “para qué y para quién” sirve la antropología social, de allí que sus análisis y reflexiones insistirán una y otra vez sobre el papel del trabajo antropológico pero sin reducirlo a su rol académico y profesional, lo cual, por supuesto, no niega que el antropólogo debe tener una excelente formación técnico/científica en cuanto tal, pero a partir de su papel como intelectual crítico ligado a los objetivos e intereses de los grupos subalternos, y no a lo que actualmente caracteriza a gran parte del trabajo antropológico, es decir una orientación básicamente profesional.

Eduardo L. Menéndez
CIESAS

BIBLIOGRAFÍA CITADA

BONFIL, G.

- 1965 “Los hijos de Sánchez, de O. Lewis” en *América Latina* 8 (2): 112-116, Fondo de Cultura Económica, México 1964,.
- 1986 *Procesos étnicos en México*, proyecto de investigación, CIESAS, 1986.
- 1995a “Diagnóstico sobre el hambre en Sudzal, Yucatán (Un ensayo de antropología aplicada)”, en *Obras escogidas*, tomo 1:1-152, Instituto Nacional Indigenista/Instituto Nacional de Antropología e Historia/CIESAS, México.
- 1995b “El pensamiento conservador en la antropología aplicada. Una crítica”, en *Obras escogidas*, tomo I: 173-181.
- 1995c “Memorandum sobre el programa experimental de nutrición en Sudzal, Yuc., Marzo 1961”, en *Obras escogidas*, tomo 4:501-503.
- 1995d “Del indigenismo de la revolución a la antropología crítica” en *Obras escogidas*, tomo 1:293-315.
- 1995e “El campo de la investigación de la antropología social en México: un ensayo sobre sus nuevas perspectivas”, en *Obras escogidas*, tomo 1: 317-336.
- 1995f “El concepto de indio en América: una categoría de la situación colonial” en *Obras escogidas*, tomo I: 337-357.

- 1995g “El indio y la situación colonial: contexto de la política indigenista en América Latina” en *Obras escogidas*, tomo I: 359-68.
- 1995h “El etnodesarrollo: sus premisas jurídicas, políticas y de organización”, en *Obras escogidas*, tomo II: 467-80.
- 1995i “Aculturación e indigenismo: la respuesta india” en *Obras escogidas*, tomo II: 597-617.
- 1995j “¿Problemas conyugales?: una hipótesis sobre las relaciones del Estado y la antropología social en México” en *Obras escogidas*, tomo II : 619-635.
- 1995k “Desafíos de la antropología en la sociedad contemporánea” en *Obras escogidas*, tomo II: 637-654.

CHRISMAN, N. Y T. MARETZKI

- 1982 *Clinical Applied Anthropology*, Reidel, Dordrecht

CURRENT ANTHROPOLOGY

- 1968 “Social responsibilities. Symposium” en *Current Anthropology* 9 (5): 391-436.

GALICIA, M. Y G. BALÁN

- 1967 “Programa experimental de Sudzal, Yucatán” en *Higiene* 13: 161-164.

HOROWITZ, I.

- 1968 *The rise and fall of Project Camelot*, MIT Press.

INSTITUTO NACIONAL DE LA NUTRICIÓN (INN)

- 1963 *Encuestas nutricionales en México*, México.

INSTITUTO NACIONAL INDIGENISTA (INI)

- 2000 *Estado del desarrollo económico y social de los pueblos indígenas de México. Primer informe*, INI-PNUD, México, 2 vols.

MENÉNDEZ, E. L.

- 1981 *Poder, estratificación y salud. Análisis de las condiciones sociales y económicas de la enfermedad en Yucatán*, CIESAS, Ediciones de la Casa Chata, México.
- 2002 *La parte negada de la cultura. Relativismo, diferencias y racismo*, Edicions Bellaterra, Barcelona.
- 2005 “Poblaciones abiertas seguras y privadas: cambios, reorientaciones y permanencias en el Sector Salud mexicano” en A.Asís y J.Alonso (Coords.), *El Estado mexicano: herencias y cambios*, vol. II: 151-191, CIESAS/Miguel Ángel Porrúa, México.

NERUDA, P.

- 1961 *Tercera residencia*, Editorial Losada, Buenos Aires.

ORTEGA, J.

- 1999 *Proceso reproductivo femenino: saberes, género y generaciones en una comunidad maya de Yucatán*, tesis doctoral en antropología social, El Colegio de Michoacán, Zamora.

SARIEGO, J. L.

- 2002 *El indigenismo en la Tarabumara: identidad, comunidad, relaciones interétnicas y desarrollo en la sierra de Chihuabua*. Instituto Nacional Indigenista/Instituto Nacional de Antropología e Historia, México.

SECRETARÍA DE SALUD

- 2001a *Programa nacional de salud 2001-2006*, SSA, México.
2001b *Programa de acción: salud y nutrición para los pueblos indígenas*, SSA, México.

SOCIAL SCIENCE & MEDICINE

- 1986 Dedicado a antropología médica crítica, vol. 23 (2)
1990a Dedicado a antropología médica crítica, vol. 30 (2)
1990b Dedicado a niveles de análisis, vol 30 (9)

STAUDER, J.

- 1993 (1970-1971) "The 'relevance' of anthropology to colonialism and imperialism" en S. Harding (1993), *The "racial" economy of science. Toward a democratic future*. Indiana University Press, Bloomington e Indianapolis: 408-427.

DIAGNÓSTICO SOBRE EL HAMBRE
EN SUDZAL, YUCATÁN

UN ENSAYO DE ANTROPOLOGÍA
APLICADA

Guillermo Bonfil Batalla

INTRODUCCIÓN

*A la memoria de mi madre
con el más profundo agradecimiento*

G.B.B.

Para nadie es desconocida la existencia de un agudo problema nacional: la desnutrición. Es de tal magnitud que por momentos se antoja ocioso su estudio. Lo que se necesita —cabe pensar— es la acción. Pero esa disyuntiva es falsa. El conocimiento por sí mismo, como la acción inconsciente, no son compatibles con la responsabilidad de hallar soluciones efectivas. La práctica requiere de una teoría que la oriente, que le abra perspectivas y le dé consistencia. La elucubración que rehúya la prueba máxima de la práctica, será estéril. Ésta es la premisa general que justifica la aplicación de las ciencias sociales a los problemas que afronta la población mexicana, entre los que destaca por su urgencia y gravedad el hambre, en todas sus gamas y matices.

El Instituto Nacional de la Nutrición ha brindado al autor de este trabajo la oportunidad de estudiar, en compañía de especialistas en otras disciplinas, los mecanismos que condicionan la desnutrición en Sudzal, pequeño poblado yucateco de la zona henequenera, así como la de colaborar en el planteamiento de soluciones que puedan aplicarse con carácter experimental. Las páginas siguientes son fruto de esa labor.

El material se ofrece con la doble intención de informar acerca de los factores concretos que condicionan la desnutrición en el caso particular de Sudzal y de las medidas que se sugieren para mejorar el estado de la población en ese aspecto; al mismo tiempo, se aspira a que, junto con otros estudios

similares en su intención, éste pueda emplearse como material para una serie de discusiones que permitan precisar una metodología antropológica que ayude a la solución de los tantos problemas que aquejan a la mayoría de los mexicanos.

Como en todo trabajo de investigación, por modesto que sea, en éste se recogen ideas, sugerencias y estímulos que proceden de muy distintas fuentes. No es posible mencionar todas; pero es necesario dejar constancia de quiénes en forma más directa contribuyeron en una u otra etapa del trabajo.

En su versión original, este material fue presentado como tesis profesional en la Escuela Nacional de Antropología e Historia. Al preparar el manuscrito para su publicación se han hecho algunas adiciones y se ha modificado la redacción del último capítulo, todo ello estimulado por la crítica de los sinodales, Dr. Eusebio Dávalos Hurtado y profesores Jorge A. Vivó, Fernando Cámara B., José Luis Lorenzo y el propio director de la tesis, Prof. Ricardo Pozas, quien además, con tal carácter, aportó su entusiasmo, su interés y sus amplios conocimientos durante todo el desarrollo del trabajo. También se ha procurado atender las oportunas observaciones del Prof. Javier Romero, del Prof. Rodolfo Stavenhagen y del Prof. Juan Brom.

El Prof. Alfredo Barrera, director del Instituto Yucateco de Antropología e Historia, conocedor profundo de todo lo que al maya se refiere, ofreció amablemente sus valiosas orientaciones. A él y al Prof. Moisés Romero se debe el poder presentar el glosario de términos mayas. En el Instituto Nacional de la Nutrición (INN) hubo un permanente intercambio de opiniones que mucho contribuyó a precisar las ideas y los juicios que aquí se expresan. El Dr. Salvador Zubirán, director del INN, el Dr. Pedro Daniel Martínez, ase-

sor técnico, el Dr. Gilberto Balam, responsable del Programa de Sudzal, el Dr. Adolfo Chávez y el economista Jesús Bravo, la Srita. Galicia, nutricionista adscrito al proyecto y todo el personal técnico y administrativo, aportaron ideas y contribuyeron en una forma u otra a que fuera posible la investigación.

Los integrantes del Seminario de Estudios Antropológicos escucharon el primer capítulo en su redacción preliminar y las sugerencias y críticas que hicieron han resultado de gran utilidad para preparar la versión definitiva. Leonel Durán, amigo y colega, aportó siempre con generoso interés su consejo y ayuda. Cristina, esposa y compañera, estimuló en todo momento el trabajo y ofreció su crítica aguda y sensata. A todos ellos se agradece sinceramente su contribución.

I. PREMISAS TEÓRICAS

La obra de don Manuel Gamio es reconocida como la más importante y original dentro de la antropología mexicana. Quienes se han ocupado de analizarla han expuesto con amplitud la trascendencia de su enfoque integral y generalmente también se hace hincapié en su concepción de la antropología como instrumento para conocer las necesidades populares y como auxiliar para satisfacerlas adecuadamente (J. de la Fuente, 1953; Moreno, 1960; León Portilla, 1960). Sin embargo, no es frecuente que se destaque dentro de la obra de Gamio un aspecto que es fundamental: su acendrado e irreductible nacionalismo.

En *Forjando Patria*, tal vez su obra máxima, el gran pionero fustigó duramente “la fatal orientación extranjerista que ha prevalecido en México, nuestro apego a cánones titulados clásicos, nuestra fidelidad servil a opiniones académicas, todo ese falso evangelio a que rendimos culto en vez de hacerlo a la verdad y al sentido común”. Para él, “cuando el sociólogo o el psicólogo intentan el estudio de nuestro medio, los prejuicios los asaltan a cada paso, y si deducen leyes o exponen conclusiones, éstas podrán ser aplicables a cualquier país, menos al nuestro; resultado lógico, ya que no han descendido hasta palpar al pueblo y asomarse a su alma, sino lo han contemplado desde lejos, desde su gabinete, a través de autores extranjeros a quienes acatan y aceptan dogmáticamente”. Quienes así se apegan a cuanto llega del exterior, dan lugar

a lo que Gamio llamó “cultura sismática, patrimonio de pedantes e imbéciles”.

Nadie osará afirmar que Gamio se negaba a aceptar los avances científicos que tenían origen en el extranjero; su posición nunca fue chauvinista. Su gran enseñanza consiste en señalar el peligro permanente de perder toda perspectiva crítica y adoptar, sin previo análisis, las modas del pensamiento y de acción. La corriente de la antropología aplicada de la que son exponentes muchos de los antropólogos norteamericanos mejor conocidos en México, tiene influencia en el medio de los antropólogos nacionales. Es ya inaplazable un juicio objetivo sobre sus tesis y su práctica. El análisis crítico que se hace en este capítulo, dentro de su brevedad y a pesar de ser incompleto —por los objetivos concretos que con él se persiguen— tiene también a contribuir en esta cuestión fundamental.

No son muy frecuentes, por cierto, los trabajos antropológicos que tienen como objetivo fundamental el análisis de la nutrición como fenómeno social; incluso son menos frecuentes aquellos que se realizan con la idea de obtener información útil y aplicable para un programa específico de mejoramiento de la alimentación del grupo social en cuestión —esto es, para decirlo con palabras de Sol Tax (1952), aquellos en los que la comunidad “no sólo es *sujeto* de estudio, sino también el *objeto*”. Para fundamentar teóricamente la investigación realizada en Sudzal, conviene establecer su relación —sus similitudes y sus diferencias— con otras semejantes en su objeto e intención, e incluso, dado que el número de las que ha sido posible consultar resulta demasiado pequeño, comparada con investigaciones en otros terrenos conexos, especialmente dentro del campo de la salud pública. Al respecto pueden señalarse algunas ca-

racterísticas que presentan los estudios de varios antropólogos estadounidenses, por considerar que la corriente por ellos representada ha tenido y tiene una marcada difusión en México.

Quizás una de las concepciones más generalizadas entre los etnólogos o los antropólogos culturales de los Estados Unidos sea la de considerar los factores subjetivos como primarios y determinantes, relegando a un segundo término, por lo tanto, a la realidad material objetiva. Esta manera de pensar se manifiesta tanto en la forma de interpretar los datos recolectados, cuanto en la selección misma de los problemas por investigar y de los aspectos de cada problema a los que se debe dar mayor importancia.

Al clasificar las investigaciones de antropología aplicada a la medicina, en función de los problemas abordados, Caudill (1953) forma cinco grandes grupos de los cuales tres se refieren a aspectos subjetivos tales como: “actitudes de la comunidad frente a la salud, la enfermedad y las prácticas médicas”, “interacciones entre pacientes de varios tipos de salas hospitalarias y su efecto en el progreso del tratamiento” y “estructura social de los hospitales”, concebida ésta en términos de relaciones personales; otro grupo es el de estudios sobre “funciones profesionales asociadas con la medicina” cuya finalidad es más bien metodológica, y sólo el último (al menos por su enunciado) caería lejos del campo subjetivista: “La medicina como parte del sistema social”.

La importancia que se le concede a las ideas como motores de la sociedad puede verse con claridad en estas palabras de Foster (1955):

Entre las varias categorías de cultura que parece (que deben) ser más o menos completamente entendidas para llevar con éxito

los programas de higiene y salud, las *ideas* locales de salud, bienestar, enfermedad, sus causas y sus tratamientos, *parecen ser las más importantes* (el subrayado es mío).

De allí que recomiende la recolección amplia de datos “sobre conceptos populares de medicina tradicional” y sobre “actitudes de los pacientes”. Por otra parte, la Dra. Kelly (1960) insiste en la necesidad de estudiar las “asociaciones culturales” de los alimentos, entendidas, fundamentalmente, como las prácticas, actitudes y creencias relacionadas con el consumo de los mismos. Una posición similar puede encontrarse en las proposiciones para futuros estudios hechas por Margaret Mead (1960), las cuales, aun cuando abarcan una amplia gama de temas, tienden casi siempre a enfocarlos en función de actitudes, ideas y valores. Una variante del mismo enfoque es la propuesta por Margaret Mead (1951) en el sentido de que “cualquier intento de comprender los hábitos alimenticios de un pueblo deben comenzar con el modo en que el niño es alimentado, por quién, a qué horas y en qué tono de voz”. Pero es Foster quien con mayor claridad expone esta posición:

En mi tesis general, mi interés radica en aquellas situaciones en las que las diferencias de creencias, de ideologías y de prácticas de los individuos involucrados (en el contacto intercultural), son bastante aparentes (Foster, 1960).

Sol Tax (1952), hablando en términos generales, considera que:

[...] las percepciones de la gente sobre las perspectivas a las que se enfrenta en una situación cambiante [...] influyen

de manera crítica sobre la reacción última de la sociedad y de la cultura frente al cambio.

Ya en el terreno de la aplicación, Richard Adams (1952) resume una investigación que realizó en el Instituto de Nutrición de Centro América y Panamá (INCAP) como la búsqueda “de los hábitos que daban origen a los problemas del programa”, esto es, considera los “hábitos” como responsables únicos de todos los conflictos que surgieron cuando los habitantes de una comunidad guatemalteca se negaron a colaborar con el personal del INCAP. Partiendo de esta idea, Adams termina por conceder a los problemas de “comunicación” una importancia igual –y tal vez mayor– que al hecho de que “el trabajo social extensivo dentro del programa era más perjudicial que benéfico”. Llega, asimismo, a considerar de equiparable importancia las “diferencias entre las costumbres médicas locales y la subcultura de los médicos especialistas” y la situación política –interpretada a su muy personal manera– por la que atravesaba Guatemala.¹

Siguiendo un camino similar, Foster analiza un programa de ayuda técnica en América Latina. En su opinión,

[...] al antropólogo le parece que el más grande y simple problema es el de la “comunicación”; y éste es genérico en todas partes del mundo donde se desarrollan programas de ayuda técnica [...] El problema fundamental reside en convencer a la gente de la necesidad de echar por la

¹ Una descripción detallada de esta investigación puede encontrarse en los trabajos de Richard N. Adams marcados con las siguientes fechas: 1952, 1955 y 1959.

borda hábitos e ideas tradicionales y substituirlos por otros nuevos que hasta el momento no han formado parte de su mundo conceptual (Foster, 1955).

Es explicable, dadas las anteriores premisas, que llegue a la conclusión de que las causas del fracaso del programa fueron: la falta de tacto y diplomacia; la pérdida de tiempo que implica asistir a los servicios médicos y la negativa del personal a atender a los niños enfermos. Y señala más adelante que este último punto entraña un problema filosófico más amplio:

[...] saber si la América Latina es un campo ya listo para grandes programas de salud pública en los cuales el énfasis primero se pone en la medicina preventiva de un tipo que requiere un alto y amplio grado de sofisticación y entendimiento por parte de los recipientes (*sic*).

La negativa a atender niños enfermos es, pues, un problema filosófico.

En fin, Sanders y colaboradores enfatizan la importancia de los “canales de comunicación” en la buena marcha de un programa de mejoramiento y señalan que “los científicos sociales están equipados con el conocimiento que los capacita para hacer un análisis completo de los canales y técnicas de comunicación que existen en situaciones específicas”, cuya comprensión es “tan importante como el conocimiento de los caminos y veredas que conducen a las áreas donde los programas han de ser desarrollados” (Sanders *et al.*, s/f).

El paso siguiente en el camino de este pensamiento irracional (en el sentido filosófico, tal como lo entiende Lukacs), es concebir el cambio de actitudes, ideas y valores, como aislado

e independiente del cambio en la estructura social. Wright Mills llama a esta corriente “psicologismo” y la describe como un intento de “explicar los fenómenos sociales en términos de los hechos y teorías acerca del carácter de los individuos. Históricamente, como doctrina, descansa en una explícita negación metafísica de la realidad de la estructura social” (Wright Mills, 1959). Se supone que el problema que debe afrontar el antropólogo es el de cambiar los elementos subjetivos que se consideran causantes de una situación negativa, sin que tal cambio implique alteración alguna en la estructura básica de la sociedad, esto es, en la formación económico-social.

Se concibe, así, que la conducta de los grupos humanos es el simple agregado mecánico de las ideas, valores, opiniones, actitudes y hábitos de cada uno de los individuos que forman la sociedad. Es posible, por tanto, modificar aquellos aspectos parciales que resulten inconvenientes, aunque al postular esto se entre en flagrante contradicción con la tesis funcionalista que la mayoría de los antropólogos norteamericanos aceptan en una u otra forma, total o parcialmente, tal como Manners lo señalara en un penetrante y valiente artículo (Manners, 1956). El problema se reduce (caso de Foster, 1955) a que los pueblos latinoamericanos son “apáticos” para buscar la atención médica antes de estar sensiblemente enfermos y por lo tanto es necesario cambiar esa actitud por otra más conveniente; cómo se formó esa apatía, qué factores objetivos permiten su presencia actual, son problemas que, para la generalidad de los antropólogos, parecen tener poca importancia.

Es curioso señalar que a pesar del idealismo que domina en esta corriente de pensamiento, y en obvia contradicción con él, frecuentemente se reconoce su ineficacia práctica y

se aconseja dejar de lado las creencias y las ideas, y modificar, en cambio, los aspectos materiales (aunque se cuide bien de que esto sea sólo en cuestiones de detalle y nunca en los aspectos estructurales de la sociedad). Así, Caudill (1953) reconoce que puede ser más fácil introducir con éxito los nuevos métodos terapéuticos que influir sobre las concepciones de la etiología de las enfermedades. Y Foster (1960) acepta que “una reorientación intelectual inmediata y completa no es obviamente un requisito. necesario para un cambio técnico afortunado”, y que las demostraciones espectaculares de la tecnología que se intenta introducir facilitan su aceptación. Concilia sus afirmaciones contradictorias dando al “pragmatismo de las comunidades” —como él lo llama— el tratamiento de “actitud”, exactamente igual que otras muchas actitudes que pueden identificarse en todo grupo de individuos. En esa forma subjetiviza de nuevo el problema.

Otra manifestación básica que evidencian de manera explícita o implícita los que prohijan esta forma de pensar, es que los cambios deben ser lentos, graduales, parciales y ajustados siempre al molde de la cultura que se busca transformar. Es axiomático dentro de esta corriente de la antropología aplicada norteamericana, que la función principal del antropólogo es evitar los cambios bruscos, los desajustes de la cultura, cuyos resultados no se pueden predecir, pero que con frecuencia son la “desorganización” social, y cultural y, en el terreno de lo individual, la ansiedad debida a la inseguridad y el desequilibrio de la personalidad.

Básicamente —escribe Adams (1955)— hay dos diferentes clases de cambio cultural: uno, de tipo evolucionario, lento,

gradual en el cual los miembros de una sociedad pueden darse cuenta sólo parcialmente de que se está llevando a cabo un cambio; el otro cambio rápido, revolucionario, ocasionado por tentativas hechas por ciertos miembros de la sociedad para producir alteraciones inmediatas de largo alcance. La antropología aplicada puede y debe preocuparse principalmente por el primero de estos tipos de cambio [...]

Por su parte Sanders señala la existencia de un sistema de valores en toda cultura e indica “los programas deben ser planeados de modo que encajen en el sistema de valores de los grupos específicos cuyas prácticas sea deseable o necesario cambiar” (Sanders *et al.*, s/f). Y dice, más adelante, que “como regla general no debería atacarse nunca de modo directo los tipos fundamentales de creencias” por lo que “los cambios reformistas tales como los que norman los trabajos de extensión deberán ser planeados en etapas sucesivas, a lo largo de cierto periodo de tiempo” (*Ibid.*).

La Dra. Kelly (1960) escribe:

[...] como antropóloga sugiero que un conocimiento serio puede dar la posibilidad de mejorar la dieta dentro del marco de la cultura en cuestión. Tal procedimiento indudablemente tendría menor resistencia que un esfuerzo por introducir nuevos alimentos y establecer drásticamente nuevos patrones de alimentación.

Aquí, además de tomar posición junto con los demás antropólogos que sostienen la necesidad de amoldarse a la cultura que se desea transformar, parece suponer que el hábitat de cualquier sociedad es capaz de proporcionar todos los ele-

mentos necesarios para lograr una dieta adecuada y que el intercambio comercial de productos alimenticios resulta, por tanto, innecesario; con esto deja de lado uno de los mecanismos más importantes para mejorar la nutrición de muchos pueblos en todas partes del mundo.

También Murdock (1952) señala como una de las formas en las cuales la antropología puede contribuir a los programas de salud pública, la de “informar sobre cómo adaptarlos a la cultura y a la estructura social de las comunidades locales, de manera de hacerlos más efectivos”.

Margaret Mead (1958) asienta, en lo que se refiere a la búsqueda de una alimentación adecuada, que “es importante introducir cambios que estén de acuerdo con los hábitos de alimentación establecidos, y que sean aceptables por la gente dentro del marco de su sistema de valores”. Y más adelante señala que esto debe hacerse así porque “el alimento es el foco de asociaciones emotivas y es un canal de relaciones interpersonales para la comunidad”.

Foster, por su parte, afirma que “un programa médico efectivo debe integrarse lo suficientemente bien con el patrón cultural total como para no causar indebidos esfuerzos y tensiones; debe ajustarse a la cultura de la cual forma parte”. Por desgracia, no define en ningún momento qué entiende por “indebidos esfuerzos y tensiones”, por lo que su recomendación, demasiado general, puede interpretarse a gusto del lector (Foster, 1960).

Malinowski reclamó para sí la paternidad legítima de esta concepción:

El axioma de que la transformación, lenta, gradual y bien planeada conduce a mejores resultados que la destruc-

ción casual y fortuita de mucho de lo que es valioso en las culturas nativas es, así, uno de los corolarios del análisis funcional de la cultura (Malinowski, 1940).

Con mucha frecuencia esta posición se hace respaldar por un principio básico de la escuela funcionalista: el de que la totalidad de los aspectos de la cultura están relacionados entre sí y se influyen mutuamente, de tal manera que la alteración de una parte repercute en el todo.² Foster (1960) señala que uno de los factores más comunes de fracaso en los programas sanitarios es que no toman en cuenta la cantidad de pautas de conductas que se alteran además de las estrictamente relacionadas con el problema en cuestión.

Los antropólogos que se apoyan en esta concepción funcionalista, con gran frecuencia llegan a ser instrumento de intereses conservadores. Metraux (1953) lo ha señalado con toda claridad en relación con África:

En la actualidad, son los representantes más cultos de las razas de color quienes protestan más vehementemente cuando los blancos les aconsejan mantener sus costumbres tradicionales. Tienden, incluso, a ver en los antropólogos a

² Las dificultades que Malinowski tuvo para resolver la contradicción entre su teoría funcionalista y su acción práctica —su antropología aplicada— al servicio de la corona británica, han sido ampliamente analizadas por Manners (1956). Baste con señalar aquí que uno de los principales conflictos se derivó de la necesidad que tuvo de pasar por alto, justificar e incluso recomendar la introducción de ciertos cambios, al mismo tiempo que pedía cautela o definitivamente se oponía a la introducción de otros, sosteniendo la tesis de la interrelación funcional de la cultura.

agentes del imperialismo insidioso, que bajo la máscara de respeto y afecto intentan perpetuar su supremacía y cerrar a la raza de color todo acceso al poder y a la felicidad.

Aunque dentro de esta tendencia de la antropología aplicada es fácil distinguir toda una gama de criterios, es también posible identificar los rasgos generales que en lo esencial la conforman y estructuran, cuando se llega a un cierto nivel de abstracción. Así, las características antes señaladas –y otras que los límites mismos de este somero análisis impiden apuntar– toman unidad y coherencia en la medida en que se desentraña la concepción fundamental subyacente: la negación de la evolución ascendente de la humanidad debida en lo básico al desarrollo dialéctico de las condiciones materiales de vida y al cambio del modo de producción.

Una de las manifestaciones más frecuentes de esta posición es el bien conocido “relativismo cultural”, que debe considerarse como resultado de la imposibilidad de aplicar criterios de valor, lo cual, a su vez, se deriva de la negación de todo patrón de desarrollo histórico. Las ciencias sociales están, en consecuencia, al margen de todo juicio valorativo.

Las declaraciones en favor del relativismo cultural son abundantes; basta pues con reproducir una que expresa con absoluta claridad esta posición. Dice Edwin W. Smith:

Como hombres o como mujeres podemos tener nuestras opiniones acerca de la justicia o injusticia de ciertos actos y actitudes; pero la antropología como tal no puede pronunciar ningún juicio, porque hacerlo es invadir el campo de la filosofía y la ética. Si la antropología es para juzgar y guiar, debe tener una concepción definida de lo que cons-

tituye una sociedad perfecta; y como está privada de tener ideales, entonces no puede juzgar, no puede guiar y no puede hablar de progreso (citado por Barnett, 1956).

La tesis de la causación plural o la causación múltiple, según la cual todo fenómeno es producto de numerosas, pequeñas y dispersas causas, es otra premisa ampliamente aceptada por este tipo de antropólogos. Wright Milis (1959) pone en evidencia que tal tesis conduce al convencimiento de que nunca se llegarán a conocer todas las causas de un fenómeno y, por tanto, “para actuar como hombres prácticos” los antropólogos y sociólogos deberán concretarse en modificar por separado las minúsculas partes que forman el conjunto de un medio sociocultural dado.

Consecuencia necesaria de postular tales tesis, es el afirmar la imposibilidad de enunciar leyes generales para el desarrollo social.

Aunque los antropólogos y los administradores están de acuerdo en la importancia que tiene el conocimiento etnográfico para determinar la política —escribe Barnett (1956)—, no hay unanimidad entre ellos sobre la clase de información que se requiere, ni sobre la mejor forma de obtenerla.

Richard N. Adams (1955) sostiene que:

[...] las generalizaciones aun dentro de un área de cultura homogénea pueden ser con frecuencia desastrosamente engañosas. Una cosa es hacer generalizaciones teóricas en una monografía o artículo a discutirse por colegas, y

otra muy diferente es hacer tales generalizaciones cuando éstas han de servir como base de acción en una región específica y tienen un efecto real en la forma de vida de la gente que habita en dicha área. El trabajo aplicado trata directamente con lo específico —prosigue Adams—; a la inversa de la ciencia, no formula generalidades.

Resulta, por tanto, indispensable la investigación acuciosa de cada situación específica, pues, según señala Foster (1952),

[...] no existen dos grupos de población cuyas necesidades sean idénticas; todo programa de salud pública debe formularse para el grupo al que está destinado, concediendo la debida importancia a las necesidades de la gente, a sus creencias, actitudes y a sus hábitos generales de vida.

Pero aun en ese caso, “es bien poco lo que la antropología puede decirnos acerca de una situación específica, más allá del nivel descriptivo” (Adams, 1955).

El manejo inadecuado de una premisa científica bien conocida (“la verdad siempre es concreta”), conduce a la negación de la ciencia misma. La atomización de los problemas resulta de no aceptar la existencia de características generales fundamentales que son, en última instancia, más importantes que todos los detalles particulares y diferentes. Por eso, “lo más frecuente es que el investigador eluda los verdaderos problemas, que no se atreva a hacerle frente a la realidad social y que se pierda en una multitud de datos intrascendentes” (Pozas, 1961).³

³ “Los detalles, no importa cuán numerosos, no nos convencen de nada digno de merecer convicciones”, opina Wright Mills (1959).

La utilidad de la investigación antropológica se ve sensiblemente limitada en la práctica por la necesidad aparente de conocer un problema en todos sus detalles y en cada una de las unidades sociales que serán afectadas por la acción práctica. Y esas mismas unidades sociales resultan difíciles de definir.

Negada ya la posibilidad de generalización, la antropología queda reducida a un instrumento descriptivo y su aplicación depende principalmente de la “ecuación personal” del antropólogo, esto es, de sus condiciones subjetivas. Se llega, sin mayor esfuerzo, a la afirmación de que la labor del antropólogo es improvisar (Tax, 1952), o emitir “Juicios rápidos, casi intuitivos, hechos al momento” (Adams, 1955).

La negación de que la dialéctica de las condiciones materiales de vida de la sociedad y la transformación del modo de producción constituyen el motor principal de la evolución, conduce a otras dos conclusiones interesantes. La primera consiste en considerar los problemas de la estructura económica, de los sistemas de propiedad y distribución de la riqueza. En general, se conforman con señalar la pobreza como factor limitante del cambio. Así lo hace, por ejemplo, Foster (1960). Pero no falta quien, como Margaret Clark al estudiar los problemas sanitarios de los norteamericanos de ascendencia mexicana, maneje los bajos niveles de ingresos como factores dados e inmodificables (Clark, 1959).

La segunda conclusión es que la difusión es el mecanismo primario del cambio, lo cual es perfectamente lógico cuando se rechaza el papel determinante de la estructura básica de la sociedad y se hace caso omiso de la dinámica interna. Pero dado que la difusión resulta por sí misma insuficiente para explicar muchos problemas de contacto cultural, es neces-

rio recurrir al “conservatismo” de las culturas primitivas como algo inherente a las mismas, o postular, como:

[...] una premisa de antropología ampliamente aceptada [...] que las ideas o técnicas nuevas son más rápidamente aceptadas por la gente si hay algo en su propia cultura que sea o parezca ser similar al elemento extraño (Foster, 1955).

Generalmente, esta premisa se maneja con un sentido puramente formal.

Se explica también por la existencia de estos instrumentos conceptuales que los estudios de antropología aplicada no incluyan, por regla general, ningún tipo de enfoque histórico. De los autores mencionados, sólo Margaret Mead (1960) propone como necesario el estudio de la historia de la alimentación, de las hambres y de las modificaciones en la disponibilidad de alimentos, con el fin de ubicar el “estilo de alimentación” del pueblo en cuestión “en términos de la cultura total, de su situación ecológica exacta en un tiempo dado de la historia”.

Un último punto es el que se refiere a los factores ajenos al estricto campo de la antropología que influyen de alguna manera en que ésta haya tomado y conserve la dirección subjetivista (idealista en el sentido filosófico) a la que se ha aludido.

Es indudable que el fenómeno social tiene influencia decisiva sobre la orientación que toma una misma disciplina científica en su desarrollo en los distintos países; y no puede ser de otro modo, si tomamos en cuenta que un

cuerpo determinado de conocimientos no puede ser aislado del contexto cultural en el que tienen significado y función. Muy a pesar del carácter universal de la ciencia y de la objetividad que le imponen sus premisas metodológicas, no es posible que escape a los juicios del valor particulares a la sociedad en que se desenvuelve (Aguirre Beltrán, 1957).

Por supuesto que esta aseveración se comprueba aún con mayor claridad cuando se trata de la aplicación de los conceptos de las ciencias sociales a la solución de problemas prácticos.

Manners, en su tantas veces citado ensayo (1956), señala el impulso que recibió la utilización de las ciencias sociales en los Estados Unidos a partir de 1949, cuando el entonces presidente Harry S. Truman propuso al Congreso de su país lo que se conoce como el Punto Cuarto.

Esto no significa —añade el autor mencionado— que la antropología aplicada sea en sí un nuevo campo, o que el Sr. Truman sea el padre putativo siquiera de la variedad norteamericana; pero parece ser que los esfuerzos recientes del país y de las Naciones Unidas para introducir cambios radicales en las áreas subdesarrolladas mediante la asistencia técnica, la salubridad, la educación y algunos otros programas, han incluido una cantidad mayor de antropólogos que los que fueron utilizados por los británicos y por otros en sus actividades coloniales durante las últimas décadas.

El análisis que Manners hace de la forma en que los intereses económicos, políticos y militares de los Estados Unidos se

ligan y condicionan la ayuda técnica al exterior, demuestra de manera palmaria que las recomendaciones de los antropólogos empleados en tales programas resultan absolutamente ineficaces en la práctica, si no se pliegan a aquellos intereses.

Ralph Beals (1953) planteaba el dilema de los antropólogos en la siguiente forma:

Ya es hora de que la antropología aplicada ponga algún énfasis, si no el principal, en determinar qué quiere la gente y en ayudarla a obtenerlo, más que en determinar la mejor forma de persuadirlos para que hagan lo que la gente de otra cultura piensa que es lo mejor para ellos [...]. Puedo oír a algunos antropólogos diciendo que eso es un consumado absurdo, porque, ¿quién nos pagaría por esa clase de antropología aplicada?

Pese al contumaz tinte relativista, es dable suponer que la protesta de Beals se refiere precisamente a una de las características de la política de ayuda técnica norteamericana, la cual supone que el progreso de los pueblos “subdesarrollados” no se logrará en virtud a su propia dinámica interna, sino que debe ser el resultado de fuerzas exteriores. En efecto, el difusionismo se concibe como mecanismo único del desarrollo social, y de ninguna manera cabe en esa concepción la necesidad de estimular ante todo el surgimiento de las condiciones internas que permitan la evolución normal de los pueblos atrasados.⁴

⁴ Foster (1960) habla de difusión como “este proceso mediante el cual se lleva a cabo el desarrollo cultural a expensas de lo que toma prestado a otras culturas” y no menciona ningún otro proceso de desarrollo.

Manners es bien claro al señalar que la ayuda técnica tiene como fin último incrementar y proteger las inversiones norteamericanas. Y aquí los intereses económicos, militares y políticos se ligan con otros aspectos de la antropología aplicada. En primer término, las recomendaciones prácticas de los antropólogos presentan por lo general como hechos dados, inalterables, los aspectos básicos de la organización socioeconómica, y la existencia de una jerarquía de poder (sea éste económico, político, religioso o de cualquier otro orden) que con frecuencia son obstáculos centrales para el progreso de los grupos estudiados.

Los problemas entre los grupos dominante y dominado, que tienen una base objetiva proporcionada por los intereses antagónicos e irreductibles que cada cual persigue, se presentan —las pocas veces en que se decide abordarlos— como problemas de relación o de “comunicación”. Esto es tanto como decir que la conceptualización subjetivista se encuadra perfectamente dentro de las necesidades prácticas reales de los programas de “ayuda”, porque las conclusiones a las que se llega de ninguna manera implican la alteración básica de una estructura que favorece los intereses que, en última instancia, se persiguen en el programa.

El hecho de que los programas impongan ciertas condiciones a los países receptores o “beneficiados” ha sido demostrado ampliamente por muchos autores; conviene, sin embargo, para no salir del terreno de la antropología, citar una opinión de George M. Foster:

Los países subdesarrollados pueden desear poseer excelentes carreteras y edificios públicos, así como un sistema de seguridad social para todo el mundo; pero no así un

sistema de impuestos justos, o un servicio civil no político, o *leyes de trabajo designadas (sic) para fomentar la productividad y el esfuerzo honrado* [...] (Foster, 1960. El subrayado es mío).

La experiencia se ha encargado de señalar qué es lo que los inversionistas entienden por esas leyes elaboradas “para fomentar la productividad y el esfuerzo honrado”; incluso hay una teoría económica que los especialistas llaman “del ahorro forzoso” y que el público ha resumido en una simple frase: hay que hacer el pastel antes de repartirlo. La tesis es, en pocas palabras, que no es posible promover el desarrollo económico si al mismo tiempo se pretende una justa distribución de la riqueza; ésta —afirma— debe esperar.

En cuanto al temor a las revoluciones, hay ejemplos claros de la posición cómplice de los antropólogos, además del señalado por Adams. Malinowski, a quien tanto debe el desarrollo general de la antropología, tiene también, por desgracia, el dudoso privilegio de haber planteado con claridad el peligro que correrían los sistemas coloniales (y por extensión los semicoloniales) si se alteraba la base estructural de las sociedades dominadas.

Si algo ha sido probado por las investigaciones antropológicas recientes y por la práctica colonial —decía—, es la verdad de que no se puede deshacer o subvertir un antiguo sistema de tradiciones, de moral o de leyes y reemplazarlo por una moral y un sentido ético, nuevos y recién elaborados, el resultado invariablemente será lo que podría llamarse “bolchevismo negro” (Malinowski, s/f).

Su estricto criterio colonialista se expresa también en su proposición de que se formara una agencia de antropólogos “que

ayude al esfuerzo de los europeos por desarrollar África en interés del mundo, *con un mínimo de perjuicio al bienestar nativo y a sus demandas legítimas —tal vez incluso con algún beneficio sustancial para la población africana?* (Id., 1940. El subrayado es mío). La práctica de la moderna antropología norteamericana no parece demostrar, con hechos, que se haya apartado de las tesis en boga hace más de veinte años. La ubicación del antropólogo —como lo demuestra Manners—, su función al servicio de potencias francamente coloniales (antes) o al de potencias que ejercen su imperio económico en forma menos explícita pero igualmente eficaz (ahora), no ha cambiado en lo esencial.

Frente a una posición de la antropología aplicada como la que hasta aquí se ha intentando esbozar en sus rasgos generales, es necesario trazar ahora las líneas teóricas dentro de las cuales se pretende encuadrar esta investigación. Obviamente, no se trata de exponer una teoría antropológica, sino de aclarar la posición del investigador ante algunos postulados explícitos o implícitos a los que se ha hecho referencia en páginas anteriores.

Aunque Malinowski ya señalaba que “el funcionalismo también reconoce el principio de que toda investigación científica se inicia y termina con el descubrimiento de leyes generales” (Malinowski, 1938), es difícil encontrar en la escuela por él representada y en la corriente de la antropología aplicada, cuyas características esenciales se delinearon en páginas anteriores, una definición clara y precisa sobre el tipo de leyes a que hace referencia; en todo caso, no se trata de leyes que expresen el desarrollo necesario de la sociedad.

Las leyes sociales son aquellas que expresan los nexos internos, necesarios y permanentes de los fenómenos de la

vida social. Tales nexos son objetivos, esto es, existen independientemente de la voluntad y de la conciencia de los hombres. Las leyes sociales, por lo tanto, son también objetivas (Cf. Konstantinov, 1957). Entre estos nexos hay algunos fundamentales y otros secundarios; las relaciones de producción —los vínculos y relaciones determinados que los hombres contraen en el proceso de producción— son los más importantes en nuestra sociedad, aunque, por supuesto, no los únicos. En sociedades de otro tipo, como lo señala el Prof. Pozas (1961), los vínculos de parentesco llegan a tener una importancia fundamental. Las relaciones de producción y las fuerzas productivas —los instrumentos de producción y los hombres que los manejan, con su experiencia y sus hábitos de trabajo— constituyen el modo de producción o formación económico-social. A cada modo de producción corresponden ciertas supraestructuras ideológicas que a su vez influyen sobre la estructura básica de la sociedad. La transformación del modo de producción, debida inicialmente al desarrollo de las fuerzas productivas, da lugar a un nuevo tipo de sociedad, con el consiguiente cambio en la supraestructura.

En la dialéctica del desarrollo social intervienen tanto los factores internos cuanto externos. Los primeros, sin embargo, son los que sirven de base al cambio cualitativo, al paso de una etapa social a otra diferente. Los factores externos, que en el caso del desarrollo social se presentan bajo la forma de relaciones con otra u otras comunidades, propician o entorpecen el cambio, pero no determinan su acaecer, aunque en algunos casos puedan tener una influencia tan preponderante que retarden por largo tiempo la transformación social (Cornforth, 1961). En cambio, no es posible el paso a una nueva etapa de desarrollo si las condiciones internas, el jue-

go de los factores propios de la sociedad, no son todavía los adecuados para tal cambio, aun cuando las condiciones externas sean ampliamente favorables. Si fuese posible imponer el cambio desde el exterior, pese a la existencia de condiciones internas inmaduras, el resultado sería forzosamente una estructura artificial, que sólo en apariencia sería una nueva etapa, pero que en lo esencial no correspondería a la situación real prevaleciente.

Por otra parte, en la medida que una sociedad estrecha sus lazos con otras, es decir, en la medida en que se integran a una sociedad mayor, los nexos externos que antes ligaban con el ámbito al que ahora pertenece se convierten en nexos internos (Pozas, 1961).

Las relaciones que se presentan en una sociedad, sean externas o internas, forman por regla general una trama intrincada y aparentemente confusa. Sin embargo, para comprender y promover el desarrollo social es necesario distinguir entre los nexos primordiales, básicos, trascendentes, cuyo papel es determinante en la dialéctica de la sociedad y los que son meramente accesorios, secundarios e intrascendentes. Para el Prof. Pozas (1961) las partes trascendentes en la vida de una sociedad, las que determinan en última instancia su organización total, son “los recursos” de que dispone —no sólo los naturales, sino también los que constituyen la fuerza de trabajo y los conocimientos y las prácticas útiles— que pueden determinarse *grosso modo* por la cantidad total de energía disponible por habitante, y la “organización social”, vista ésta sobre todo en función de las contradicciones que se derivan de los intereses opuestos de los distintos grupos que integran la sociedad. Entre las relaciones que determinan la existencia de intereses opuestos dentro de una sociedad, las

principales son las relaciones de producción ya mencionadas. Éstos son, en pocas palabras, los factores internos cuyo juego dialéctico hace posible el progreso.

El desarrollo social, a diferencia de los cambios cualitativos que ocurren en ciertos sectores de la naturaleza, sí tiene dirección y por esto es posible hablar de progreso, de avance, y no sólo de cambio. El desarrollo social es históricamente irreversible. Y además, las leyes que lo gobiernan son cognoscibles a través de un riguroso método científico (Cornforth, 1961). Por eso es posible tener “una concepción definida de lo que constituye una sociedad perfecta”, como lo pide Edwin Smith, o al menos, de lo que constituye una sociedad mejor. En consecuencia, es posible incluir ciertos criterios epistemológicos dentro de la antropología.⁵

La existencia de leyes generales del desarrollo social no debe conducir a la concepción de que éstas son aplicables mecánicamente a cualquier situación que se considere. Las manifestaciones particulares presentan características peculiares que es necesario conocer y existen, además, leyes sociales particulares cuya vigencia, por tanto, no es universal. El desarrollo es multilíneal, no unilíneal. Aplicar las leyes generales

⁵ Desde otro punto de vista, y como Nadel (1953) lo ha señalado, “los juicios de valor son inseparables de la investigación. La idea de que los antropólogos pueden estudiar una sociedad desde un punto de vista completamente libre de valores es una ilusión absoluta. Los antropólogos no tienen claridad sobre este punto; pero las palabras mismas que usa el Dr. Redfield —el valor que atribuimos a la integración frente a la desintegración— son un caso que viene a la medida. Pensamos a la sociedad en términos de una especie de estado valioso hacia el cual debe esforzarse o que en un momento dado sirve como ejemplo”.

a las situaciones concretas, tomando en cuenta sus condiciones específicas, y desentrañar las leyes particulares de los distintos tipos de comunidad, son tareas en las cuales el antropólogo debe y puede colaborar fructuosamente.

Ahora bien, las leyes de la evolución social —conviene repetirlo— son independientes de la conciencia de los hombres. ¿Significa esto que la conciencia no tiene función alguna? ¿que su papel se reduce a plegarse a los dictados de leyes inexorables sobre las cuales no tiene control? El Dr. Gamio se preguntaba: “Entonces, ¿para qué luchar, para qué producir sufrimientos a nuestros semejantes si la marcha de las sociedades se rige por leyes inmutables como las que presiden a la materia?”, y él mismo se contestaba: “A esto diremos que sí hay que luchar, luchar siempre, con las armas o con las ideas; como se lucha contra los elementos, aprovechando precisamente aquellas leyes y no oponiéndose a su consumación” (Gamio, 1960).

Los hombres, por tanto, pueden tener conciencia de las leyes sociales. Pero también pueden no tenerla. La conciencia social está determinada por la existencia social; la formación económico-social, que como quedó dicho es la estructura básica de la sociedad, influye también de manera determinante en el desarrollo de la supraestructura ideológica.⁶ Esto no significa que los individuos que comparten una cultura piensen y crean lo mismo, puesto que dentro de toda sociedad

⁶ Un magnífico ejemplo de estudio sobre este problema es el realizado por Georg Lukacs (1959) sobre el desarrollo de la ideología alemana, desde Schelling hasta Hitler, en el cual pone en evidencia la correlación estrecha entre la filosofía —incluida la sociología— y los cambios en la estructura socioeconómica de Alemania.

existen contradicciones que son producto de intereses opuestos y que dan a los distintos sectores una perspectiva diferente. En general, se produce una supraestructura dominante que justifica, explica y defiende el orden imperante, es decir, la formación económico-social dentro de la cual se vive. “Toda sociedad posee imágenes de su propia naturaleza, especialmente imágenes y ‘slogans’ que justifiquen su sistema de poder y la conducta del poderoso”, afirma Wright Mills (1959).

Bunak (1961) señala que:

[...] el contenido individual de la actividad mental –un conjunto de conocimientos, un círculo de asociaciones habituales, etc. –es una parte de la cultura común de una sociedad dada. Aunque los individuos separados desempeñen papeles diferentes en el desarrollo cultural, los avances de la cultura son adoptados fácilmente por la parte predominante de la sociedad.

Sobre esta base es posible analizar el “relativismo cultural”: los integrantes de una tribu nómada pueden efectivamente sentirse a gusto con su forma de vida, sin que esto signifique que tal forma de vida deba considerarse como inmejorable, o incluso como digna de perpetuarse y defenderse; su cambio es históricamente inevitable. En el caso de los habitantes de los países mal llamados “subdesarrollados”, habría que añadir que su contacto con los portadores de culturas más evolucionadas los ha llevado a estar envueltos en muchas formas de clara dependencia material frente a la cultura que los rodea, tal como lo ha señalado Manners (1956) en el caso de los indígenas de los Estados Unidos, y como puede comprobarlo quien conozca, así sea superficialmente, casi

cualquiera de las comunidades rurales de México, indígenas o no. Esta dependencia —o incluso el simple contacto permanente— ha roto la hegemonía de la resistencia al cambio y ha colocado a un número variable de miembros de la comunidad en buena disposición para aceptar una nueva forma de vida.

La historia presenta hechos incontrovertibles que confirman la evolución social. Ahora bien, la evolución como proceso general tiene a su vez dos modalidades específicas: el proceso de transformación gradual, más o menos lento dentro de una misma formación económico-social, y el cambio revolucionario que da lugar a un modo de producción diferente. Este segundo caso es particularmente negado por la corriente de antropología aplicada que se está analizando. No niegan sus exponentes la existencia misma de las revoluciones —sería difícil que lo hicieran—; lo que niegan es su necesidad. En otras palabras, no aceptan que determinados cambios sólo sean posibles mediante una transformación radical de la estructura básica de la sociedad y el establecimiento de un nuevo orden social. “Viendo todo como un proceso ‘continuo’ —señala Wright Mills en la obra citada— los cambios bruscos y las dislocaciones revolucionarias (tan características de nuestro tiempo), son pasados por alto, o si no, tomamos como signo de lo patológico y lo desajustado”. Sin embargo, hay cambios que de realizarse por separado entrarían en contradicción esencial con la estructura básica existente; su consumación exige la transformación social, puesto que los nexos fundamentales de la sociedad están ligados de tal forma que la existencia de cada uno depende de las características del conjunto. Tales cambios revolucionarios encontrarán ineludiblemente la oposición decidida de

los grupos que se benefician con el sistema imperante; aunque tal oposición no conduzca necesariamente a la violencia (al menos en teoría, pues no son éstos los casos conocidos en la historia). En esta forma, la posición según la cual deben evitarse los desajustes y las transformaciones radicales queda justificada sólo en la medida en que se trate de cambios no esenciales, de transformaciones “evolutivas” en el sentido restringido del término —es decir, como opuestas a las transformaciones revolucionarias que por su propia naturaleza conmocionan la estructura social íntegra.⁷

No debe extraerse de todo lo anterior la conclusión de que los factores subjetivos no desempeñan papel alguno dentro del cambio social, y que no es necesario, en consecuencia, prestarles atención. Se indicó que la supraestructura influye sobre la estructura socioeconómica y le imprime características especiales. La magnitud de esa influencia es probablemente variable en distintas situaciones específicas. Su conocimiento resulta necesario para toda acción práctica y para toda consideración teórica. Pero su comprensión sólo es posible en la medida en que se relacione con la formación económico-social que la sustenta.

El estudio de los valores, las actitudes y opiniones en sí mismos es del todo insuficiente, y practicarlos con fines de aplicación puede conducir a errores de juicio sumamente peligrosos. El enfoque total (“totalizador”, como ha dado en lla-

⁷ Wright Mills (1959) plantea la cuestión de esta forma: “Muchos autores sugieren ciertas técnicas creyendo que son menos perturbadoras que otras para alcanzar metas dadas; usualmente no toman en cuenta si determinados grupos o individuos, atrapados en situaciones no privilegiadas, pueden alcanzar estas metas sin la modificación del marco institucional en su conjunto”.

mársele) de la antropología requiere la jerarquización de los aspectos de la cultura en función de su “peso específico” dentro de los mecanismos del cambio, con el fin de evitar la hipertrofia en el tratamiento de los no esenciales. O, como lo señala el Prof. Pozas (1961), “la acción integral debería interpretarse no en el sentido de promoción en el todo, sino en el menor número de sus elementos, en los que, por sus relaciones con el todo, provoquen una serie de cambios en cadena”.

Ya en el terreno concreto de la nutrición, las premisas teóricas generales expuestas con anterioridad pueden traducirse en el siguiente planteamiento esquemático:

La necesidad biológica de alimentos obliga la formación de mecanismos socioculturales capaces de abastecer a la comunidad con los productos que puedan satisfacer esa necesidad primordial. La producción y recolección de alimentos dentro de su propio hábitat es el sistema predominante de los grupos aislados; pero como la alimentación mínima para sobrevivir implica cierta variedad de elementos nutritivos que son necesarios para mantener en funcionamiento el organismo humano y como tales elementos están presentes en diferentes productos alimenticios,⁸ con mucha frecuencia el hábitat de un grupo y la tecnología de que éste dispone para explotado no permiten cubrir las necesidades alimenticias cualitativa y cuantitativamente, y se hace necesario el intercambio entre grupos que disponen de distintos alimentos. Este proceso, en las sociedades más desarrolladas que poseen una alta especialización, permite la existencia de grupos cada vez

⁸ Cf. De Castro (1946) Depto. de Agricultura de los Estados Unidos (1961).

mayores que no producen por sí mismos los alimentos que consumen; y en una escala mayor, incluso existen países que dependen fundamentalmente del comercio exterior para abastecerse de productos alimenticios. Para estos grupos el intercambio llega a ser entonces un mecanismo aún más importante que la propia producción de alimentos.

Claramente se ve la importancia de los “recursos” como factores condicionantes de la nutrición. La fertilidad de los suelos, la disponibilidad de agua para riego, la abundancia de caza y pesca, los productos silvestres comestibles, los pastos adecuados para la cría de ganado, son todos recursos naturales de gran importancia para la alimentación. Pero su explotación depende de los recursos tecnológicos. Un grupo con una tecnología atrasada, con una fuerza de trabajo reducida casi por completo al esfuerzo físico de los hombres, con escasos conocimientos sobre las formas de conservación de alimentos, obtendrá de su hábitat menos productos útiles para su subsistencia que otro situado en un hábitat similar pero poseedor de una tecnología más desarrollada. Las fuerzas de producción desempeñan un papel sumamente importante en el estado alimenticio de toda comunidad.

Los nexos internos trascendentes de un grupo humano influyen en distintas formas sobre la nutrición. El desarrollo de los recursos será estimulado o retardado según que las relaciones de producción propicien o entorpezcan el avance general de la sociedad. Por otra parte, en la estructura social, que se basa fundamentalmente en esos nexos trascendentes, con frecuencia ciertos grupos disfrutan de privilegios en tanto que otros están desposeídos y reciben una parte menor de los productos que la sociedad dispone en su conjunto. En las sociedades con economía monetaria las diferencias ante-

rios comúnmente se manifiestan en un ingreso mayor de los grupos privilegiados y, consecuentemente, en una mayor disponibilidad real de alimentos.

Los nexos externos actúan de distintas formas sobre el estado alimentario de cada comunidad y sería difícil generalizar sobre su papel. Para el Prof. Pozas, en México las relaciones de una comunidad con el exterior son generalmente contrarias al progreso (Pozas, 1961). El Dr. Marroquín (1958) por su parte, demuestra que la dependencia que ha guardado la economía de las pequeñas comunidades indígenas frente a la economía mestiza regional ha traído como consecuencia principal el monocultivo predominante en la economía local, y el control riguroso de las importaciones, que pasan siempre por el tamiz del comercio controlado por los mestizos.

La supraestructura ideológica influye también a través de muchos canales. Desde el punto de vista biológico la especie humana es capaz de asimilar una amplia gama de productos; pero en la práctica resulta que la mayoría de las sociedades consumen una dieta tan reducida en cuanto a la variedad como la de muchos animales superiores, con la diferencia de que en el hombre la limitación no es de orden biológico sino que está determinada por factores socioculturales.⁹ Las prohibiciones de comer determinados alimentos, por ejemplo, a las que tanta importancia se concede en cierto tipo de estudios, reducen el cuadro de productos nutritivos aprovechados por la comunidad. Las concepciones sobre la alimentación

⁹ Para Josué de Castro (1955) esta limitación es un producto histórico: “fue una consecuencia directa de la imposibilidad de abastecer grandes concentraciones demográficas (resultados del proceso de urbanización), con una infinita variedad de productos”.

infantil, las prácticas de destete y la forma en que suministran al niño los alimentos suplementarios de la leche materna, se cuentan entre los factores que intervienen en el alto índice de desnutrición preescolar que se registra en México.

La supraestructura ideológica también influye de manera indirecta en la nutrición por cuanto afecta al desarrollo tecnológico y al sistema de intercambio comercial. Conviene repetir aquí que la formación económico-social y la supraestructura se influyen mutuamente, aunque el papel determinante en última instancia lo desempeña la estructura básica, esto es, el conjunto de relaciones trascendentes y de recursos que caracterizan a una sociedad.

Por su parte, y cerrando este sistema dialéctico de interinfluencias, el estado nutricional de un pueblo provoca repercusiones de importancia variable en la cultura. Una alimentación deficiente resta capacidad de trabajo a la sociedad y este problema adquiere una magnitud alarmante si se prolonga durante varias generaciones, como ha sucedido en muchos grupos indígenas de México. Esto además de otras consecuencias tales como una menor resistencia a las enfermedades, la alteración de la talla de la población,¹⁰ el in-

¹⁰ La influencia de la alimentación sobre la talla no debe concebirse como una relación mecánica. Brozek (1953) señala la dieta, junto con las influencias genéticas y la actividad física, como factor del tamaño, la forma y la composición del cuerpo humano; Comas (1957), afirma que la alimentación defectuosa afecta al mecanismo fisiológico general mediante el cual influyen los factores exógenos en la talla del individuo, y un reciente estudio sobre la nutrición en el Japón presenta datos comparativos entre talla y consumo de proteínas de origen animal cuya correspondencia resulta muy sugerente (Japón: Ministry of Health and Welfare, 1959).

cremento en la tasa de mortalidad y, en pocas palabras, la merma de la capacidad del grupo en prácticamente todos los ámbitos de su actividad.

Hay otras consecuencias que no han sido satisfactoriamente demostradas ni establecidas con precisión, entre las cuales cabe destacar la influencia que tiene una alimentación adecuada sobre las capacidades psicológicas del individuo. Podría agregarse, además, la relación que existe entre la desnutrición y una serie de campos de la patología social, como el alcoholismo y ciertos tipos de delincuencia; esta relación difícilmente puede negarse, aunque no exista todavía una evidencia científica suficientemente sólida.

En fin, la Dra. Audrey I. Richards se ha encargado de poner en evidencia con todo rigor científico que el papel desempeñado por la alimentación no cede en importancia al desempeñado por las funciones y necesidades sexuales, aunque a estas últimas se les haya prestado una mayor atención, como lo señala la misma investigadora y su maestro Bronislaw Malinowski.¹¹

En la investigación realizada en Sudzal el planteamiento teórico hubo de ajustarse a los objetivos señalados para el Programa Experimental de Nutrición del que formaba parte, y que eran: 1) experimentar diversos procedimientos para el mejoramiento de la alimentación rural; 2) establecer principios, fundados en el experimento, que pudieran ser utilizados en

¹¹ Dos obras de Audrey I. Richards (1932 y 1939) han sido fuente permanente de sugerencias y estímulos durante el desarrollo de este trabajo; el grado en que han sido útiles es seguramente mayor de lo que puede desprenderse de las referencias que a ellas hacen.

las zonas rurales del país para mejorar la nutrición; y 3) determinar sistemas de evaluación para estos programas (Zubirán, 1960). Para alcanzarlos, se proyectaba una serie de actividades que incluían el fomento de la producción local de alimentos, la introducción de nuevos comestibles en las dietas locales y el enriquecimiento de algunos productos que ya se consumían, particularmente la masa de maíz y la harina de trigo, además de promociones educativas sobre nutrición a distintos niveles y con diferentes grupos, y atención médica sanitaria.

La investigación antropológica debería cumplir, de acuerdo con lo anterior, dos funciones: servir de base para la programación de los trabajos y suministrar datos que pudieran ayudar a la evaluación final o parcial del experimento.

En lo que toca al primer aspecto se partió del esquema trazado por la Dra. Richards (1932), sólo que modificado y ajustado en varios puntos. Audrey I. Richards hizo una descripción etnográfica de lo que llamó el “sistema nutricional”, al cual define como la serie total de instituciones y relaciones a que da lugar la satisfacción de la necesidad de alimento. Como ella es una funcionalista consecuente, el estudio parte de una necesidad básica y acaba por describir la cultura total. El “sistema nutricional” termina identificándose con la cultura en su conjunto, analizada ésta a través de las formas en que satisface, condiciona y está condicionada por esa necesidad biológica primaria que es la alimentación. No puede negarse que el conocimiento detallado de una cultura resulta conveniente para ubicar y explicar cualquiera de las partes que la integran; pero las investigaciones con fines de aplicación práctica deben adoptar un criterio selectivo, más que por las limitaciones de tiempo y presupuesto a las que generalmen-

te están sometidas, porque existen, como se apuntó ya, elementos de importancia primordial y otros de importancia secundaria, cuyo particular “peso específico” dentro de un problema dado debe reflejarse en la selección y tratamiento de los materiales etnográficos. Este criterio selectivo trató de emplearse en la investigación de Sudzal.

El asunto, sin embargo, no es tan simple. Si bien es imprescindible analizar las características de la formación económico-social de la comunidad, estudiar los recursos y la organización social, no sólo son esos factores los que intervienen en la conformación de un determinado estado nutricional, sino que junto con ellos actúan también, en una medida que es necesario determinar en cada caso, otros elementos supraestructurales. El tratamiento que se da a éstos variará en función de los objetivos que se persigan y de las necesidades mismas de la investigación. En términos generales, para el estudio de Sudzal, se tomaron en cuenta elementos supraestructurales en aquellos casos en que su relación con la alimentación era directa e inmediata.

La Dra. Richards opina que la alimentación debe enfocarse como un solo proceso a lo largo de la vida de todo individuo. Para tal enfoque recurre a una técnica bibliográfica que consiste en “estudiar el cambio en las necesidades biológicas del niño desde el nacimiento hasta la muerte y el cambio de sus relaciones con otros miembros de la comunidad y de las actividades que se demandan del individuo en sus diferentes períodos de su vida” (Richards, 1932). Para el estudio etnográfico de Sudzal se consideró conveniente emplear una metodología distinta. Los motivos fueron de diversa índole. Ante todo, Richards perseguía el estudio de temas muy amplios, tales como la importancia de la alimentación

en la estructuración de la cultura; para avocarse a este tipo de problemas teóricos necesitó echar mano de técnicas de investigación muy precisas que le permitieran registrar muchos detalles. Por otra parte, aquella autora permaneció más de tres años en el campo, tiempo varias veces mayor que el que podía destinarse a la investigación en el proyecto de Sudzal. Y, en fin, las perspectivas pragmáticas de este estudio aconsejaban buscar un enfoque más centrado en la comunidad que en el individuo.

El método combinado que se escogió,¹² permitía: 1) hacer un reconocimiento de la estructura básica de la comunidad, profundizando en el análisis de los sistemas de producción e intercambio; 2) estudiar más o menos intensivamente un número reducido de familias seleccionadas al azar; y 3) realizar algunas entrevistas dirigidas con informantes escogidos, que permitieran generalizar sobre algunas cuestiones importantes obtenidas del estudio de casos familiares.

El esquema básico de la investigación abarcaba tres grandes capítulos: *a)* características generales de la comunidad ejidal de Sudzal; *b)* disponibilidad de alimentos: producción e intercambio; *e)* aspectos del consumo familiar de alimentos.

En el primer punto se incluían los aspectos geográficos y de medio ambiente, el análisis somero de la localidad, las características demográficas y los principales aspectos de la organización social. En el inciso *b* se estudiaba, además de la producción de alimentos, la producción del henequén, base de la economía local y factor determinante en el intercambio mercantil por ser fuente principal y casi única de recursos monetarios; también quedaban incluidos los aspectos de reco-

¹² Véase Apéndice B. Metodología.

lección y caza y el análisis del comercio local. En el tercer apartado se consideraba la organización familiar: la división interna del trabajo, los sistemas de propiedad intrafamiliares, los tipos de familia, los patrones de autoridad y el estatus de los distintos miembros dentro del grupo familiar. El tercer punto abarcaba también el análisis breve de algunos aspectos de la endoculturación conectados con la nutrición, y el registro de las principales creencias y prácticas tradicionales relacionadas con los alimentos.

Para la presentación de los datos se ha destinado el capítulo II a la descripción del medio ambiente geográfico, el análisis de la demografía y los aspectos físicos del poblado y de la habitación; el capítulo III se dedica al consumo de alimentos e incluye datos sobre la familia; en los capítulos IV y V se estudia la disponibilidad de alimentos en sus facetas de producción e intercambio; en el capítulo VI se hace referencia a los problemas de estratificación social y autoridad, ambos desprendidos del material antes presentado. El último capítulo está destinado a presentar las conclusiones generales de la investigación.

Con esos datos se pretende elaborar el “sistema nutricional” de la comunidad, el que a su vez puede ser utilizado por el personal responsable del Programa para localizar los puntos neurálgicos, los aspectos clave sobre los que deberá centrarse la acción del Instituto Nacional de la Nutrición. Estos puntos serán precisamente aquellos que tengan una importancia mayor como condicionantes para la desnutrición actual.

En lo que se refiere a la evaluación, el Prof. De la Fuente (1953) ha señalado con toda justicia que “numerosos experimentos de inducción de cambios [...] lo han sido por excep-

ción, por cuanto generalmente no fueron objeto de análisis minucioso, sistemático y comparativo que conduzca a saber algo sobre el porqué de sus fracasos o de sus éxitos”. Como se apuntó, el tercer objetivo del Programa Experimental de Nutrición buscaba precisamente la determinación de sistemas evaluativos. Ahora bien, la concepción de lo que es un “experimento” varía considerablemente de una disciplina a otra y concomitantemente varía la forma de evaluarlo. En la rama de la salubridad pública se hace sentir la influencia de las ciencias biológicas. Priva, por decirlo de alguna manera, el “criterio de laboratorio” aun cuando el ámbito caiga de lleno en las ciencias sociales. Conviene detenerse un poco en este problema. Las sociedades no son objetos “de laboratorio”; son producto de la historia y están siempre en un proceso evolutivo ascendente, esto es, en un proceso de cambio que tiene dirección (Cornforth, 1961). Cualquier acción sobre una comunidad tendrá éxito en la medida en que se ajuste al momento histórico que vive esa comunidad (concebido éste en su totalidad, es decir, abarcando también los nexos que la comunidad tenga con otras, el carácter de esas relaciones y el momento histórico que atraviesan las comunidades involucradas en esa interrelación). Esto es una limitación —si así se desea llamarla— en cuanto al tipo de experimentos sociales que pueden llevarse a cabo. Por otra parte, en la sociedad no puede crearse un medio artificial adecuado teóricamente para cierto experimento; el medio social funciona como un factor dado y el experimentador debe sujetarse a las características que presenta. Nadie concebiría que fuera posible, por ejemplo, reinstaurar una sociedad esclavista para poder observar su funcionamiento o conocer sus reacciones ante determinados estímulos. Y todo esto además de

que la experimentación social en ningún momento y bajo ninguna circunstancia puede desligarse de los aspectos éticos que le son consubstanciales.

A un investigador entrenado en los rigores de las disciplinas exactas, la experimentación social debe parecerle completamente indigna de llevar ese nombre. En la sociedad es imposible repetir un experimento en condiciones idénticas. Y más aún: el investigador está privado del control de los factores que entran en juego. ¿Qué hace, entonces? Los registra. Vigila su acción durante el proceso e intenta desentrañar las leyes que la presiden. Su único instrumento es la observación en cualquiera de sus modalidades. Ante la imposibilidad de repetir el experimento en idénticas condiciones y la necesidad de hacer de la comunidad el objeto y no sólo el sujeto de su estudio, el experimentador social no puede conformarse con la evaluación final, *post factum*, sino que debe seguir atento al desarrollo de los procesos que ha estimulado.

La evaluación de un trabajo en la comunidad *post factum* —señala el Prof. Pozas (1961)—, no da oportunidad de hacer correcciones; en cambio, si durante todo el proceso de realizaciones se registran las actividades de la comunidad para su progreso, se estará haciendo investigación-evaluación simultáneamente.

E inclusive, puesto que la finalidad última de la experimentación social es el progreso de la comunidad, el investigador necesitará modificar sus programas de acción sobre la marcha, si comprueba que no están produciendo los resultados apetecidos.

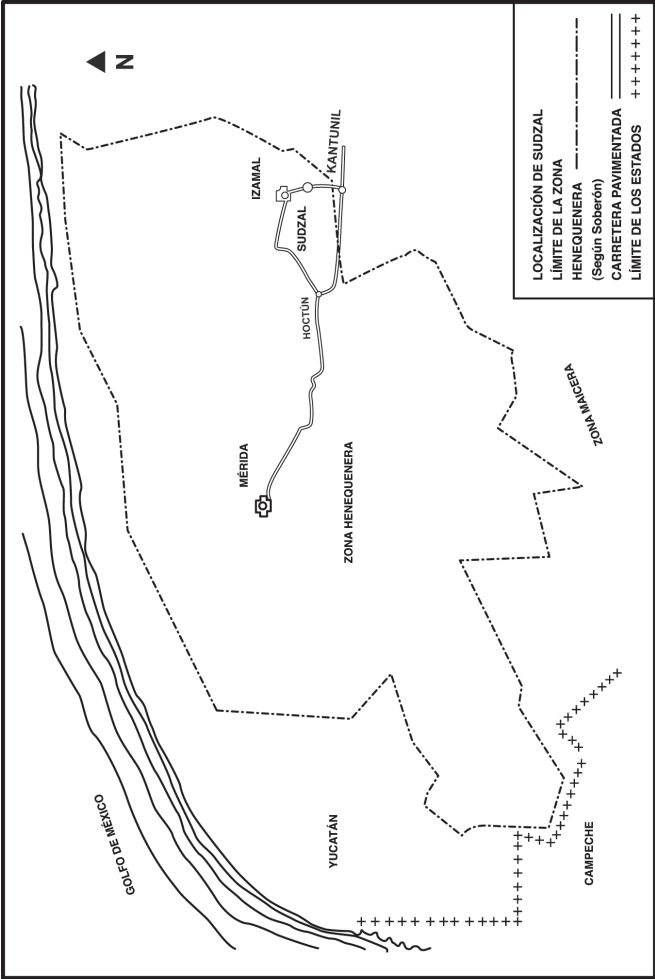
En el Programa de Sudzal el experimento no fue pensado en estos términos. Se previó, sí, una evaluación final y evaluaciones parciales siempre que fueran necesarias. Pero el estudio constante de los procesos a que daba lugar la acción del Instituto no se consideró necesario. Mucho menos fue aceptable la idea de modificar los programas durante su realización si había indicios de que no producirían los resultados deseados. El criterio imperante en este asunto fue que el éxito o el fracaso de las actividades era en sí mismo ajeno a las finalidades del Programa. Lo que contaba era el conocimiento; y desde ese punto de vista, tan valioso resultaba el que se obtenía del fracaso como el que se obtenía del éxito en las acciones programadas. El problema evaluativo se redujo a determinar qué elementos deberían tomarse en cuenta para calificar el efecto de cada una de las acciones del Instituto sobre la comunidad, e intentar una explicación—muy sin bases firmes, puesto que se había analizado directamente el proceso— sobre las posibles causas de que éstos fueran los resultados. El autor de este trabajo manifestó en varias oportunidades su desacuerdo con ese procedimiento. No obstante privó el criterio opuesto. Por tal motivo queda fuera esa función que debió haber cubierto la investigación antropológica.

II. SUDZAL: GENERALIDADES

Las tierras destinadas al cultivo del henequén ocupan la parte norte y noroccidental del estado de Yucatán (véase el mapa). Según el Tercer Censo Agrícola, Ganadero y Ejidal (1950), la superficie total cultivada con este agave era de 15 542 ha, distribuidas entre 71 municipios de los 105 que forman la entidad. De ellos, 59 destinan más del 30% de su superficie cultivada al henequén, y 24 más del 90%.

La zona henequenera comparte con otras áreas de la Península de Yucatán muchas de sus características geográficas. El clima, según la clasificación de Koeppen, corresponde al Awg, esto es, tropical lluvioso con temperatura todos los meses superior a los 18° y precipitación pluvial superior a 750 mm por año, que distinguen dos estaciones de las cuales el invierno es seco. La temperatura máxima, en este tipo de clima, se presenta con anterioridad al solsticio de verano. (Vivó, Jorge y Gómez, José, 1946.)

La temperatura es bastante uniforme, al grado de que según Page (1933), los mapas mensuales de isotermas son de escaso o nulo valor. Tanto en verano como en invierno las temperaturas diarias máxima y mínima varían poco. Los meses con temperaturas más altas son abril, mayo y junio. La temperatura máxima al exterior pasa ligeramente de 40° —en mayo— y la mínima —en enero— varía entre 8.8° y 11°. Sin embargo, la media máxima mensual es de 27° a 28° y la mínima de 22° a 23° (Vivó y Gómez, 1946).



El periodo lluvioso abarca los meses de mayo a octubre. Salvo una faja costera en el extremo noroeste de la península, todo el estado de Yucatán tiene una precipitación anual que varía entre 500 y 1 500 mm. La zona con lluvias de 1 000 a 1 500 mm se sitúa en el sur y en el oriente del estado. Las lluvias son más abundantes en el interior que en las costas y más en el sur que en el norte de la península, debido probablemente a la presencia de vientos fuertes del norte (Page, 1933). Esta distribución puede apreciarse por el tipo de vegetación predominante, que pasa gradualmente del chaparral a los grandes árboles de las selvas del sur.

En términos generales el régimen de lluvias es favorable para la agricultura tanto por su cuantía como por su periodicidad. Pero los suelos no completan el cuadro convenientemente. La gran roca calcárea aflora a cada paso en el occidente y en el norte del estado. Apenas de trecho en trecho se halla cubierta por una delgada capa cultivable, que no arable. Ese paisaje plano, pedregoso, de escasa y hostil vegetación, es el que domina en la zona henequenera. Suelos esponjosos que chupan con avidez las aguas de lluvia e impiden así la formación de corrientes superficiales. Suelo arenoso de *tsekel*, como lo llama el maya.

Al oriente, fuera ya del ámbito del henequén, el *tsekel* está también presente; pero la cubierta vegetal es más amplia y menos ingratas las posibilidades agrícolas. Es la zona del *kancab-tsekel*. Todavía más al oriente, en el territorio de Quintana Roo, y al sur, abarcando también parte de Campeche y la punta de Yucatán, aparecen los suelos rojizos (*kancab*) y grises (*eklum*) de amplio aprovechamiento agrícola.

El perfil de la península, en un corte de norte a sur, mostraría un leve, casi imperceptible incremento en la altura

sobre el nivel del mar conforme se avanza hacia el sur. La zona del henequén ocuparía un sector con altura no superior a 22 metros.

La ausencia absoluta de aguas corrientes en esta región determinó (como lo ha señalado Modey, 1953) que en época prehispánica y aún en la actualidad los centros de población se asentaron próximos a las fuentes de abastecimiento: los cenotes y las aguadas. Los mantos acuíferos se encuentran entre 10 y 30 metros bajo tierra y no son difíciles de aforar con las técnicas modernas; pero a pesar de que proporcionan un rendimiento apreciable, su utilidad agrícola es limitada por las propias características del suelo y por el costo que significa la perforación de pozos, sobre todo en relación con los ingresos medios de la población.

La localidad de Sudzal, cabecera del municipio del mismo nombre, se halla a poco más de 7 km de la ciudad de Izamal, sobre la carretera que une a ésta con Kantunil. Sudzal fue creado como municipio en marzo de 1932; el territorio que ocupa pertenecía hasta entonces a los de Izamal y Yaxcabá.

Sudzal se encuentra en los límites de la zona henequenera; incluso una pequeña parte de su área ya está dentro de la llamada región maicera. Al norte, Sudzal limita con Dzoncauich y Tekal, al oeste con Izamal y Kantunil, al sur con Yaxcabá y al este con Tunkás. Yaxcabá no produce henequén, en tanto que Kantunil y Tunkás lo producen en pequeña escala. Los restantes municipios vecinos destinan al cultivo del agave más de la mitad de su superficie cultivada.

El paisaje de Sudzal en nada se distingue del descrito para la región noroeste de la península: es una superficie plana, apenas interrumpida cerca del límite con Izamal por leves

ondulaciones y pequeños montículos, algunos de probable origen arqueológico. No hay corrientes superficiales. Es, en una palabra, un paisaje cárstico. Predominan los suelos inhóspitos de *tsekel*.

A ambos lados de la carretera, entre Izamal y Sudzal, se extienden los plantíos de henequén, y las puntas enhiestas de las pencas contribuyen para hacer más dramático el paisaje. En el tramo de la carretera que continúa para Kantunil—donde se une con la de Mérida-Valladolid-Puerto Juárez—, el henequén desaparece de la vista y lo sustituye una vegetación chaparra de arbustos no maderables y plantas silvestres. Aquí y allá algunas parcelas de maíz rompen la monotonía del panorama.

El municipio consta de 26 localidades. La única que tiene categoría de pueblo es la cabecera. Las otras se distribuyen en 9 haciendas, 12 ranchos, 3 rancherías y un paraje. Los datos que se asientan en este trabajo corresponden al pueblo de Sudzal, salvo algunos relativos a todo el municipio.

La población total del municipio censada en 1960 resultó ligeramente menor que la registrada en 1950. Esta baja es un fenómeno reciente, pues entre 1940 y 1950 hubo un aumento igual a 25.3 %. Las cifras correspondientes son las que siguen:¹³

| | |
|------------|------------|
| 1940: 1007 | habitantes |
| 1950: 1262 | “ |
| 1960: 1241 | “ |

¹³ Fuente: Dirección General de Estadística.

Al analizar las causas del decrecimiento demográfico de Sudzal en la última década, se encuentra que el movimiento natural de la población entre 1953 y 1960 produjo un incremento total de 297 habitantes, sin que se registrara en ningún año un balance negativo. Los datos del cuadro 1 fueron obtenidos por los economistas Bravo y Espinoza directamente del registro municipal (Espinoza, J. y Bravo, J., 1960).

Estas cifras pueden considerarse bastante cercanas a la realidad, pues hubo ocasión de comprobar que el registro de los nacimientos es una práctica generalizada, ya que durante la realización de un estudio clínico de la población infantil total de la cabecera se recurrió al registro público con objeto de determinar la edad exacta de los niños, y ésta pudo encontrarse para los nacidos en Sudzal en una proporción muy cercana al 100%. No es posible aportar datos similares en lo que toca al registro de defunciones; pero el hecho de que en los últimos 10 o 15 años no se tenga memoria de una sola muerte por violencia, hace pensar que los datos asentados deben tener un grado aceptable de veracidad.

De aquí se desprendería que la mengua de la población total se debe a la emigración. Conviene considerar el movimiento social dentro del propio municipio. En 1950 la cabecera tenía 643 habitantes; en 1960 la cifra había aumentado a 900. En relación con el total del municipio, la población de la cabecera aumentó del 50.8% al 72.5% en el periodo considerado. El número absoluto de los habitantes de las otras 25 localidades se redujo prácticamente a la mitad (de 621 a 341). Sin embargo no es posible calcular con los datos de que se dispone qué proporción de la gente que ha abandonado esas localidades vive hoy en el pueblo de Sudzal y cuántos han salido del municipio. Tampoco se cuenta con cifras exactas

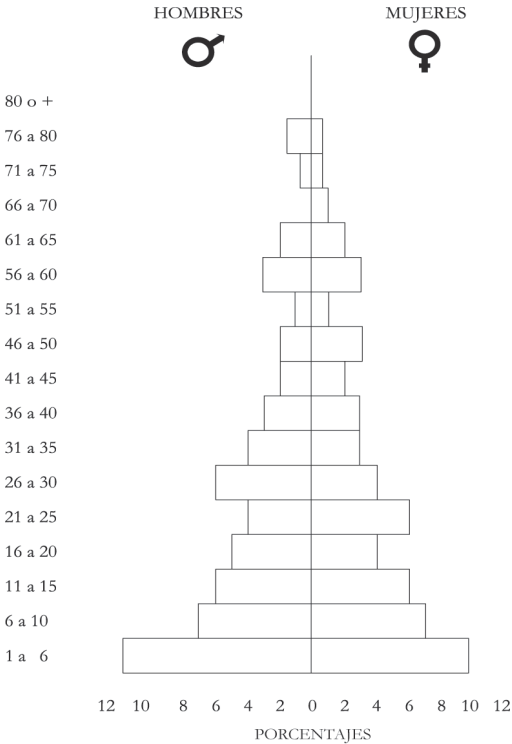
CUADRO 1
 MOVIMIENTO NATURAL DE LA POBLACIÓN
 Mpio. de Sudzal, Yuc.
 1953-1960

| <i>Años</i> | <i>Nacimientos</i> | <i>Defunciones</i> | <i>Incrementos</i> |
|-------------|--------------------|--------------------|--------------------|
| 1953 | 59 | 29 | 30 |
| 1954 | 45 | 24 | 21 |
| 1955 | 67 | 20 | 47 |
| 1956 | 46 | 12 | 34 |
| 1957 | 57 | 13 | 44 |
| 1958 | 63 | 16 | 47 |
| 1959 | 61 | 22 | 39 |
| 1960 | 54* | 19* | 35* |
| Totales | 452 | 155 | 297 |

* Cifras estimadas.

de los habitantes de la cabecera que han cambiado su lugar de residencia. Al abordar superficialmente este problema durante la investigación de campo se hallaron muy pocos casos de familias que hubiesen salido en fecha reciente de Sudzal. Por otra parte, la población para 1960 según cálculo que se hizo en el Instituto Nacional de la Nutrición sobre los datos del Censo de 1950 (Espinoza y Bravo, 1960) debería haber sido cercana a 1 500 habitantes, eso significaría que una de cada seis personas habría abandonado el municipio en los últimos 10 años. Tan alta proporción difícilmente hubiera pasado inadvertida para los residentes de Sudzal; pero el hecho es que ninguno de los entrevistados manifestó una impresión semejante, ni de manera espontánea ni cuando se preguntó

FIGURA 1
PIRÁMIDE DE EDADES



directamente sobre el asunto. Esto no significa que no haya habido emigración (se mencionó ya que se dispone de datos sobre casos concretos de familias y de individuos que se han ido); pero es posible que la proporción de emigrantes que resulta de comparar los datos censales de 1950 a 1960 sea considerablemente más alta que la cifra real.

En cuanto a la distribución de la población según sexos y edades se tiene que al sexo masculino corresponde el 53.2% del total y al femenino el 46.8% (datos del Censo de 1950). La pirámide de edades (véase la figura 1) muestra la predominancia de la población joven en ambos sexos: los menores de 15 años representan el 42.6% del total de habitantes.

Las frecuencias de mortalidad por grupos de edad obtenidas para el quinquenio 1953-1958 (ver cuadro 2) indican una alta incidencia entre los menores de 6 meses y en el grupo de 1 a 4 años (Espinoza y Bravo, 1960).

Para el periodo de 1955-1959 resultaron muy altas las cifras de mortalidad infantil (103.0 por mil nacidos vivos) y pre-

CUADRO 2
FRECUENCIA DE DEFUNCIONES
SEGÚN GRUPOS DE EDAD
Mpio. de Sudzal, Yuc.
1953-1958

| <i>Grupo de edad</i> | <i>Total de defunciones</i> |
|--------------------------|---------------------------------|
| Hasta 6 meses | 30 |
| De 6 meses a 1 año | 14 |
| De 1 a 4 años | 28 |
| De 5 a 9 años | 4 |
| De 10 a 19 años | 2 |
| De 20 a 29 años | 3 |
| De 30 a 39 años | 6 |
| De 40 a 49 años | 3 |
| De 50 a 59 años | 5 |
| De 60 años o más | 19 |

escolar (16.3 por mil). Dentro de la primera, las causas predominantes fueron: “debilidad congénita” (60.6 por mil) y diarrea (24.2 por mil); en el segundo grupo de edad la diarrea ocupó el primer lugar (57.9 por mil) (Espinoza y Bravo, 1960).

Según el Censo de 1950, del total de habitantes mayores de 5 años de edad (1 051), 42 hablaban únicamente español (17 hombres y 25 mujeres); 372 sólo maya (204 hombres y 168 mujeres); y 637 eran bilingües (347 hombres y 290 mujeres). Es posible que para 1960 haya aumentado sensiblemente la proporción de bilingües a expensas, sobre todo, del grupo de habla maya, pues por regla general los menores de 15 años y mayores de 5 dominan actualmente los dos idiomas. Por otra parte, durante el estudio de campo se encontraron contadísimos casos (menos que los 42 registrados en el Censo) de personas que no hablaran maya. Muchos de los censados como bilingües en realidad no dominan el español, como también es el caso en otras regiones del país. Sólo un hombre y una mujer no eran nativos del estado de Yucatán. (Según los datos de 1950.)

Se incluyeron otros datos de las estadísticas demográficas en los capítulos siguientes, por considerados más ilustrativos si se presentan ligados con algún problema concreto.

El poblado de Sudzal guarda una traza rectangular bastante perceptible. La nueva carretera, abierta al tránsito a finales de 1958, alteró ligeramente la disposición de algunas de las calles principales. El tipo de poblamiento es definitivamente concentrado.

La única calle pavimentada es la carretera; las demás, pese a que se ha mencionado el terreno “plano” como característico del municipio, están quebradas por frecuentes desni-

veles que dificultan el tránsito de vehículos y de peatones. En época de lluvias estas calles se convierten en lodazales. En contraste con el paisaje lacerante de los “planteles” (sembradíos) de henequén, en las calles de Sudzal se puede gozar de la sombra refrescante de palmeras y de árboles más o menos frondosos. En primavera los vivos colores de las flores prestan al poblado una apariencia alegre.

La diferencia de áreas urbanas según las funciones que en ellas se cumplen es todavía incipiente en Sudzal. Al sumo podría hablarse de una zona central alrededor de la plaza, ocupada por los locales públicos y algunas casas habitación. Allí se encuentran los comercios: tres tiendas (dos de ellas con cantina anexa), el molino de nixtamal y la panadería. El área de los lotes en esta zona es, en promedio, menor que en la periferia, donde se localizan predios exclusivamente destinados a casa habitación o a pequeños cultivos. El cementerio sería el único espacio diferenciado en la zona periférica.

Se identificaron 184 predios dentro del área urbana. De ellos, 6 están destinados a servicios públicos: el “cuartel” donde se alojan las oficinas municipales y ejidales, una escuela primaria que estaba todavía en construcción, la iglesia católica, el cementerio, la plaza principal y la “plaza vieja”. En 27 predios no existen construcciones habitables; algunos están totalmente abandonados y en ellos crece “el monte” (la vegetación silvestre); otros, en cambio, están sembrados con frutales, leguminosas, maíz o henequén. Los 151 restantes son propiamente las residencias de los habitantes aunque, como se verá más adelante, en gran parte son también unidades de explotación económica familiar.

La capilla de Sudzal ocupa una parte reducida de un viejo edificio de piedra, hoy en ruinas, que debió haber sido impo-

nente. La parte en uso ha sido reparada y modificada, y presenta un marcado contraste con el resto de la construcción.

El edificio municipal es de reciente y moderna manufactura. En él, como se asentó, se alojan además las oficinas ejidales (y provisionalmente también la escuela, después de que se tiró su antiguo local y en tanto se termina el nuevo). Tiene pisos de mosaico, muros y techos de mampostería.

La plaza central es un sitio despejado, medianamente puesto a nivel, en el que se juega beisbol y se llevan a cabo las corridas de toros durante las fiestas del pueblo. Tiene 16 “mecates”¹⁴ de superficie. La “plaza vieja” es menor y en gran parte está cubierta de yerba; en nada se distingue de cualquier terreno baldío.

A poca distancia de la iglesia está una pequeña cueva natural en cuyo interior hay agua. Es el *sudzal* que ha dado nombre al pueblo y al municipio (“lugar de las aguas agrías”).¹⁵ A un lado de la carretera, en la salida rumbo a Kantunil, está el otro accidente geográfico de importancia: la “rejollada” que es una depresión de unos 40 m de diámetro y 6 o 7 de fondo, con suelo de gran fertilidad.

Por distintos rumbos del pueblo se encuentran los 8 pozos públicos (*cb'enkab*) en los cuales se abastecen las familias que no disponen de pozos dentro de sus predios. Ninguna casa tiene agua entubada. Existe una planta de gasolina que proporciona toda la luz eléctrica de que se dispone. Durante las primeras horas de la noche se enciende una serie de lám-

¹⁴ “Mecate”: medida de superficie equivalente a unos 400 metros cuadrados.

¹⁵ Según la etimología proporcionada en comunicación personal por el Prof. Alfredo Barrera Vázquez.

paras de neón en el portal del edificio municipal y algunos focos en el interior, otros en la iglesia y en dos o tres esquinas próximas al centro. En Sudzal no hay ningún sistema de drenaje. Los servicios de correo, telégrafo y teléfono están en Izamal, lo mismo que la agencia del Banco Nacional de Crédito Ejidal, la clínica que todavía llaman “de henequeneros”, las farmacias y algunos comercios especializados. En Izamal radica el sacerdote que oficia en Sudzal, así como los médicos particulares a los que acude —cuando puede— la población, los yerbateros y los *hmen* o “menes” cuyos servicios se requieren para las ceremonias agrícolas. En esta forma, Izamal funciona como “poblado centro” de Sudzal, que es “satélite” (según la terminología empleada en las investigaciones regionales del Instituto Nacional de la Vivienda). La comunicación entre ambas es frecuente: existe un servicio regular de autobuses que cubre la ruta Izamal-Kantunil varias veces al día y hay también dos automóviles cuyos propietarios viven en Sudzal que hacen continuos viajes. El trayecto que hoy se cubre en pocos minutos, tomaba horas de camino hace algunos años, cuando no existía la carretera. Para viajar a Mérida se prefiere la ruta de Izamal, aunque Kantunil está prácticamente a la misma distancia y cuenta también con frecuente tránsito hacia la capital.

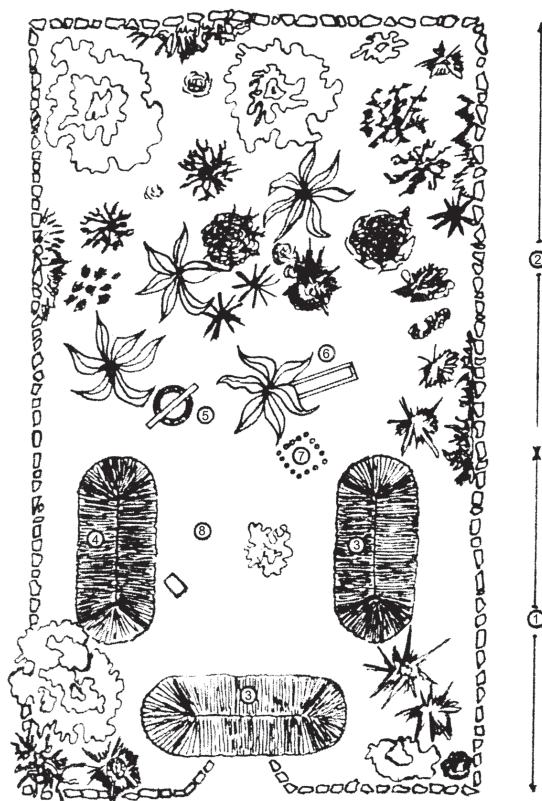
La mayoría de las casas en el pueblo conservan la disposición y forma mayas tradicionales. El predio tiene por regla general más de fondo que de frente. La superficie total varía de manera considerable desde un mecate hasta 16 o 20. Sin embargo, puede calcularse una superficie media de 2 a 3 mecatas. Todos los predios, incluso algunos de los no habitados, se limitan por medio de “albarradas”, bardas de piedras acomodadas unas

sobre otras sin ningún tipo de mezcla para ligarlas. La altura de las albarradas es aproximadamente de 1.40 m. Muchas han sido blanqueadas con cal en los lados que ven a la calle.

El lote típico puede considerarse dividido en dos partes funcionalmente distintas (Véase la figura 2). La primera corresponde propiamente a la zona de habitación y la segunda es una superficie agrícola cuya explotación se describe y analiza en otra parte de este trabajo.

La zona de habitación generalmente se encuentra en la parte más cercana a la calle. Tres construcciones, bastante similares entre sí, limitan por otros tantos lados un cuadrilátero que se abre hacia el fondo del lote por su lado descubierto. Las construcciones tienen planta alargada, con dos lados rectos y paralelos que se unen en los extremos mediante muros semicirculares. Por sus dimensiones estos locales son de dos tipos: unos tienen 3 metros o poco menos de ancho, por 5 o 6 de largo; los otros, aproximadamente 3.5 m de ancho y 6 o 7 de largo. El primer tipo es el más frecuente. Casi siempre una de las casas tiene entrada directa por la calle y las otras dos están dispuestas en sentido transversal, atrás y a ambos lados de la primera. La que da a la calle siempre es dormitorio y lugar para recibir; de las otras, una es la cocina y la restante dormitorio, o almacén en contados casos. Los muros son bajos (1.50 a 1.70 m) y los materiales predominantes son las varas y los troncos delgados, frecuentemente recubiertos con un repello a base de un barro de color rojizo que en muchos casos se blanquea con una lechada de cal. La construcción destinada a cocina no tiene repellados sus muros. Los techos, altos, son de “guano” (palma) o “paja” (zacate) acomodados sobre un armazón de varas que a su vez está sostenido por el muro y por dos troncos que se levantan dentro del cuarto.

FIGURA 2
DISPOSICIÓN DEL LOTE TÍPICO



- | | |
|-----------------------|------------------------------|
| 1. Zona de habitación | 5. Pozo |
| 2. Zona productiva | 6. Batea para lavar |
| 3. Dormitorios | 7. Gallinero |
| 4. Cocina | 8. Área de relación familiar |

En la casa que da a la calle hay dos puertas, una al exterior y otra al patio rectangular interior. Las otras construcciones tienen una puerta. Las ventanas existen sólo en contados casos. Los pisos son de tierra apisonada.

Hay muchas variantes del tipo descrito, que es el predominante. Algunas casas tienen muros de mampostería, pero respetan la planta tradicional y conservan el techo de palma, aunque tengan el piso de cemento o de mosaico (son las casas de “ripio”). Otras tienen planta rectangular y techo plano, ventanas con marcos de madera y vidrios: son del estilo urbano que paulatinamente va sustituyendo al maya tradicional. En su mayoría las casas del nuevo tipo se concentran en las calles inmediatas a la plaza.

Cuando hay pozo dentro del lote, generalmente se encuentra cerca de las construcciones. El gallinero y la batea para lavar son elementos fijos casi siempre presentes en la parte habitada del predio.

III. EL CONSUMO FAMILIAR DE ALIMENTOS

En el Apéndice A se presentan en forma resumida los resultados más importantes de la encuesta nutricional llevada a cabo en Sudzal. En este capítulo se traza el marco inmediato de la alimentación, es decir, las características del consumo doméstico. Como esta fase consuntiva se encuadra principalmente en el ámbito familiar, se consideró conveniente iniciar la exposición con un breve análisis de los aspectos sobresalientes de la organización familiar y del ciclo de vida. Asimismo se hace referencia a la preparación y conservación de los alimentos y a las creencias y prácticas relativas a su consumo.

La parturienta es atendida por alguna de las dos comadronas que hay en el pueblo. La madre guarda reposo durante 9 días y el recién nacido permanece a su lado. El cuidado del niño durante sus primeros meses de vida corre a cargo de la madre, aunque participan algunas veces, con medida variable, la suegra y las hijas mayores. Gateando o caminando torpemente, el niño convive la mayor parte del día con sus hermanos en el solar de la casa. Las mujeres cargan a los niños a horcajadas sobre la cadera, rodeándolos con un brazo. Cuando el niño es capaz de caminar solo, juega con otros por las calles del pueblo, o acompaña a sus hermanos al monte a “leñar”.

Durante los primeros años de vida se establecen los parentescos rituales más importantes: los padrinos de bautizo y de

betsmek'. El padrino de bautizo adquiere el compromiso de velar por su ahijado en caso de que falten los padres; se puede recurrir a él en busca de consejo o ayuda en cualquier etapa de su vida. Estas obligaciones se cumplían con todo rigor antiguamente, según afirman los viejos; en la actualidad las cosas han cambiado y ahora influye en la selección del padrino sobre todo el deseo de emparentar con alguien de estatus superior.

El padrino de *betsmek'* no adquiere las mismas responsabilidades. Su papel consiste en afianzar la vocación del niño y con ese fin realiza una ceremonia tradicional que consiste en cargar al infante a horcajadas, dar con él algunas vueltas en torno a una mesa donde se encuentran objetos que se consideran propios del sexo al que pertenece el niño (agujas, lanzaderas, cucharas para las mujeres; instrumentos de trabajo agrícola para los hombres); el padrino ofrece los utensilios al ahijado y juega con él. El *betsmek'* se celebra entre los 3 y los 6 meses de edad; el padrino debe ser del mismo sexo que el niño.

Al solicitar el apadrinamiento de un niño los padres obsequian al presunto compadre con algún regalo (frecuentemente uno o dos guajolotes).

Los niños comienzan a asistir a la escuela alrededor de los 8 años. Aproximadamente el 30% de los que se inscriben no terminan el primer año; pocos acaban el tercero, que es el último grado con que se cuenta en la localidad.¹⁶ Actualmente las clases se imparten en dos salones del edificio municipal, que son a la vez las habitaciones provisionales de la familia

¹⁶ Según el censo de 1950, el 50% de los mayores de 6 años eran analfabetos.

de uno de los maestros. Las labores escolares ocupan buena parte de la mañana, desde las 7 hasta las 11.

Por la tarde los niños ayudan en las tareas domésticas: acarrean agua del pozo —labor exclusivamente femenina—, lavan trastes o ropa, llevan o traen mandados y recados, vigilan a sus hermanitos, desgranar el maíz para el nixtamal y realizan otras actividades similares. Los niños tienen durante esos años menos obligaciones que las niñas; en mayor número se les puede ver jugando en las calles. Uno de sus pocos compromisos domésticos, que comparten a veces con sus hermanas y que cumple en ocasiones el padre, es ir a cortar leña a lugares cercanos (“ir a leñar”).

En el ámbito hogareño los niños hablan entre sí y con sus padres en maya. Por regla general, aunque los padres dominan el castellano, los hijos no lo aprenden en el seno familiar, sino a través del contacto con niños mayores o en la escuela.

Las mujeres permanecen dedicadas a las labores domésticas durante la adolescencia, salvo muy contadas excepciones. Los jóvenes, en cambio, se inician pronto en los secretos del trabajo agrícola. Como se verá más adelante, son muchos los menores de edad inscritos en las listas del ejido, conocen, además del trabajo henequenero, los pormenores de la agricultura milpera en la que participan al lado de sus padres.

Es en esta época cuando despiertan las inquietudes sexuales y se busca satisfacción en ellas por los conductos que la cultura permite. Estos son, según la información recabada: juegos infantiles con fuerte carga sexual, que no llegan a la consumación del coito; masturbación; prácticas sexuales con animales; contacto homosexual (al parecer muy restringido); e iniciación normal, generalmente con alguna mujer casada o viuda que se presta a ello. Con mujeres solteras sólo se

aventura el joven cuando es voz pública que ya no son vírgenes. La prostitución no se ejerce.

Las edades en que se efectúan la mayor parte de las uniones matrimoniales en Sudzal son, para los hombres, antes de los 20 años, y para las mujeres, entre los 15 y los 17. A diferencia de lo encontrado en otras comunidades de Yucatán, no hay “casamentero”.

Las relaciones preparatorias para el matrimonio siguen una serie de pasos bastante bien definidos. Los jóvenes buscan la oportunidad de comunicarse sin despertar suspicacias. Cuando deciden formalizar su noviazgo deben acudir a sus padres; los del muchacho discuten el asunto y una vez aceptado visitan a los padres de la joven, les llevan algunos regalos y les presentan la solicitud de matrimonio a nombre de su hijo. Los padres de la muchacha prometen pensar sobre el asunto y en una visita posterior dan la respuesta; si es negativa, deben devolver los regalos. Un informante relató estos trámites con las siguientes palabras:

Yo visitaba a la muchacha. Primero, sólo en la puerta platicábamos. Yo pasaba y la llamaba, entonces ella salía. Su papá le preguntó que qué era tanta plática y a mí me dijo que cuáles eran mis intenciones. Le contesté: “Perdóneme por no habérselo dicho, pero lo que quiero es casarme con su hija”. Me dijo que yo era muy rapazuelo y le contesté: “Está bien; pero ya sé pensar mejor lo que hago”. Fui después con mi papá a decirle que el padre de ella quería hablarle. Él, en broma porque ya sabía de qué se trataba, me contestó: “¿Para qué?, yo no le debo nada”. Se estaba haciendo. Le dije que me quería casar y contestó que todavía era muy joven y que no quería que yo le llevara mujer nada

más por que sí. Dijo que hablara con mi madre. Fui con ella. Le hablé agachado, con mucha pena, en voz baja. Me dijo que estaba bien, pero que debía hablar con mi padre. “Yo te he crecido —me dijo—, pero esas cosas las debe decidir tu padre”. Después los dos se pusieron de acuerdo, compraron una muda de ropa para la muchacha, pan, chocolate, azúcar y 2 botellas de nancen, porque sabían que mi suegro no toma anís, y se fueron a hablar con ellos..

Generalmente los padres de la novia fijan un plazo largo para el noviazgo, con el fin de que los jóvenes se conozcan mejor. Es común que tal plazo no se cumpla y que el matrimonio se realice en cuanto el joven dispone de los recursos económicos para cubrir los gastos ceremoniales. Una forma de presionar cuando los padres no están conformes con el matrimonio es amenazar veladamente con la fuga, que en los últimos años, al decir de los viejos, es cada vez más frecuente.

Un matrimonio con registro civil y ceremonia religiosa implica gastos que suelen montar cerca de tres mil pesos. Tal vez sea ese uno de los principales motivos por los cuales haya un porcentaje tan elevado de uniones libres y un crecido número de matrimonios realizados sólo por lo civil.¹⁷

El número de familias captadas por el censo de 1950 fue de 264 para todo el municipio. El promedio de integrantes por familia fluctuaba entre 4 y 5 (4.62). Cerca de la quinta parte del total eran familias constituidas por sólo dos miembros.

¹⁷ En efecto, según el censo de 1950 había 156 personas casadas por lo civil, 127 por lo civil y por matrimonio religioso, 230 que vivían en unión libre y sólo 10 personas tenían únicamente la sanción religiosa.

Existen en Sudzal dos estructuras familiares bien diferenciadas: la familia nuclear y la familia extensa. Desde el punto de vista de su funcionamiento, la familia extensa sigue siendo la más común; pero la residencia patrilocal tiene sólo un carácter transitorio. En otras palabras: las relaciones entre los hijos casados y sus padres corresponden en buena medida al modelo de la familia extensa; hay entre ellos una fuerte solidaridad y un sentido de identificación muy intenso, que se manifiestan en actitudes y en hechos concretos. Pero los matrimonios jóvenes permanecen pocos años al lado de la familia paterna, e incluso son comunes los casos de residencia neo local inmediata. Esta falta de unidad territorial no elimina la estructura de la familia extensa, pero le confiere características especiales; por ejemplo, la formación de un presupuesto común para el gasto doméstico de padres e hijos, sólo existe en tanto dura la residencia patrilocal y desaparece cuando se rompe ese vínculo.

Es sumamente raro y muy mal visto que un hombre al casarse “vaya de yerno”, es decir, viva con los padres de su mujer.

Las familias extensas temporalmente patrilocales se conservan en Sudzal en una proporción importante, tal vez debido a que la riqueza general y las facilidades de construcción no se han incrementado en la medida en que sucede en otras comunidades yucatecas. Algunos informantes que habían permanecido varios años al lado de sus padres, estando ya casados, confesaron que el motivo central por el cual no tenían su propia casa era la dificultad de costear los gastos que eso implicaba.¹⁸

¹⁸ Redfield (1950) atribuye en buena parte al aumento de la riqueza general y a las facilidades de que en Chankom la familia extensa patrilocal esté desapareciendo con gran celeridad.

La división sexual del trabajo se conserva estrictamente en la mayoría de las familias. Las excepciones comprenderían sobre todo a mujeres que trabajan fuera del hogar: una maestra; la dueña de un comercio que lo atiende personalmente; las esposas de los dueños de las otras dos tiendas, que ayudan en el trabajo; dos muchachas que se contrataron con auxiliares en el programa del Instituto Nacional de la Nutrición y dos comadronas. Ésos son, prácticamente, todos los casos que se alejan del patrón general.

Al hombre corresponde la búsqueda del sustento y se considera que él debe afrontar los problemas económicos del hogar. En el ejido participan solamente hombres, en tanto que en la agricultura “milpera” la esposa y los hijos ayudan en ciertas etapas del trabajo, aunque en otras lo tengan absolutamente prohibido, como es el caso de las ceremonias conectadas con la lluvia, que se hacen para propiciar una buena cosecha. No son pocos los ejidatarios que buscan otras fuentes secundarias de ingresos. Los asuntos municipales son también en la práctica, de competencia exclusiva del sexo masculino.

Por las tardes muchos hombres platican y descansan en el “cuartel” o en la plaza principal y es rarísimo encontrar a una mujer participando en la charla. Las dos cantinas del pueblo son recintos masculinos, aunque una de ellas la atiende a veces una mujer. La cacería, la vigilancia del ganado y la construcción de casas son otras actividades que corresponden al hombre.

La mujer se encarga de las labores hogareñas. Ella prepara los alimentos, asea la ropa y la casa, vigila y atiende a los hijos, hace las compras (aunque en esa tarea la substituye el marido en algunos casos) y se ocupa de los animales domésticos.

No hay normas estrictas que prohíban la participación de la mujer en actividades remuneradas, aunque el consenso general no explícito hace que tal situación quede eventualmente expuesta a la crítica o a las malas interpretaciones, salvo en los casos antes mencionados, que al parecer se han aceptado por completo. Algunos detalles del trabajo femenino se describen más adelante.

La autoridad recae fundamentalmente en el padre, tratándose de familias nucleares completas. Él decide sobre la distribución del presupuesto, incluyendo las compras semanales, las diarias y las eventuales (salvo cuando se trata de los bienes de la esposa). A él se le consulta en relación con el empleo del tiempo libre (distracciones, paseos, visitas) y tiene que ver con los aspectos esenciales de la educación de los hijos. Éstos reconocen a su padre como autoridad máxima del hogar. En ocasiones este reconocimiento está cimentado sobre el temor al castigo, pero posiblemente sea más común que los regaños y los golpes corran por cuenta de la madre, lo que no impide que se acate la voluntad paterna.¹⁹ La madre decide en cuestiones de poca trascendencia, casi siempre relacionadas con detalles puramente domésticos y con la vigilancia diaria de los niños. En términos muy generales podría afirmarse que la autoridad sobre los hijos se ejerce sin acudir a la violencia; las escenas afectuosas se observan con más frecuencia que los regaños y éstos son más comunes que los golpes.

¹⁹ La dinámica familiar varía considerablemente en cada caso particular; esta variación aparece más clara en la medida en que la investigación sea más profunda, al menos en sociedades que están en proceso de cambio, como lo ha demostrado Oscar Lewis (1959).

En el caso de las familias extensas temporalmente patri-locales muchos renglones de autoridad paterna son cubiertos por el abuelo, y la madre se ve supeditada en algunos aspectos a la autoridad de su suegra. Ésta prepara los alimentos auxiliada por sus hijas y nueras, organiza el trabajo del hogar e incluso interviene en la atención y educación de sus nietos. Los hijos continúan aceptando la tutela de sus padres inclusive en aspectos de la vida de su propia familia nuclear.²⁰

Pese a que el hombre y la mujer cumplen funciones bien diferentes en la vida social, es muy raro escuchar que un matrimonio exprese la preferencia decidida de que sus futuros hijos sean de tal o cual sexo. Más bien se observa la actitud de quien se somete a un hecho sobre el cual no puede siquiera pensar en influir; “Lo que Dios nos mande”, es la respuesta más común. Una actitud semejante se tiene en lo que toca al número de hijos que se desea, aunque ya algunos hombres y mujeres han tomado franco partido por el control de la natalidad y manifiestan interés por conocer los métodos anticonceptivos. Este grupo forma todavía una minoría absoluta.

Perdura en la mayoría de los matrimonios el sistema de propiedad individual —lo que en términos legales sería el régimen de separación de bienes. El solar, la casa, el ganado y otras posesiones familiares pueden ser de uno u otro de los cónyuges.

²⁰ Aguirre Beltrán (1954) afirma que existe una relación causal entre el largo periodo de dependencia del niño frente a su madre y el patrón de residencia patriarcal. En Sudzal ambos fenómenos se presentan; pero no fue posible hallar evidencia de su conexión causal.

Aun los niños pueden tener sus bienes propios, sobre los que sus padres no tienen dominio.

Los niños adquieren propiedades por varios caminos. Uno es el de los regalos ceremoniales del padrino, que algunas veces consisten en ganado y con más frecuencia de animales del solar (gallinas, guajolotes y cerdos). Los padres cuidan de estas pertenencias hasta que el dueño está en edad de disponer de ellas; si los animales se reproducen durante ese lapso, las crías son también del niño. Otro camino, menos común, es que el padre endeudado reparta sus bienes raíces entre sus hijos con el fin de cubrirlos contra un posible embargo. También puede hacer este reparto para dar a sus hijos la posibilidad de iniciarse en la vida matrimonial con un respaldo económico menos endeble.

Hombre y mujer llegan al matrimonio con sus propios e individuales bienes. En algunos casos, los menos, se funden para constituir el patrimonio familiar; pero con más frecuencia cada uno de los cónyuges conserva el dominio sobre ciertos objetos o animales, aunque otras de sus pertenencias sí pasen a formar parte de la propiedad común familiar. Como se verá en el siguiente capítulo, el ganado es uno de los bienes que con mayor frecuencia se poseen por separado.

Este sentido de la propiedad individual dentro del matrimonio se hace explícito cuando la gente se refiere a los hombres que “van de yernos”. Se afirma que la mujer puede en esos casos correr al marido, “pues al fin ella está en su casa”.

Una lista de los bienes que con frecuencia son poseídos en forma individual por alguno de los miembros de la familia incluiría: el solar y las habitaciones que en él están, el ganado vacuno y porcino, las aves y los perros, los instrumentos de trabajo, la ropa y los muebles, y algunos artículos tales como

la máquina de coser y la bicicleta. El producto económico de la venta de cualquiera de esos artículos es también posesión individual, así como la remuneración por el trabajo personal. Lo que el hombre gana en el ejido es suyo; pero al casarse adquiere el compromiso de mantener a su familia y destina parte de su ingreso a ese fin. Lo mismo puede decirse de los hijos solteros que colaboran al sostenimiento familiar. En las familias extensas, esta división de propiedades se conserva.

Ya que el matrimonio funciona como una institución de cooperación económica, en un momento de necesidad —por ejemplo, una enfermedad o una deuda inaplazable contraída por el esposo—, la mujer puede vender alguna de sus pertenencias para salvar la situación; pero queda bien claro que dispuso de sus bienes, no de los bienes matrimoniales.

En los casos de disolución del matrimonio cada cónyuge se retira de la sociedad con lo que le pertenece, esto es, con su aportación inicial más lo que haya podido acumular durante el lapso de la unión.

La preparación de alimentos es una actividad preponderantemente femenina; los hombres sólo intervienen en ocasiones ceremoniales. En la familia nuclear, la madre se encarga de todo en la cocina, con la participación de sus hijas cuando tienen edad suficiente parahacerlo (entre 9 y 11 años). En las familias patrilocales, la abuela es quien dirige los trabajos, que cumplen directamente sus hijas, sus nueras y sus nietas. Se registró el caso de una familia extensa en la que toda la comida se preparaba en común, salvo las tortillas que cada mujer casada prepara para su respectivo núcleo familiar. En otros casos similares también las tortillas se preparaban en común.

La enseñanza de las técnicas culinarias corre a cargo de la madre (o de la abuela, según sea el caso) que indica la forma en que deben hacerse las cosas, vigila su realización y corrige las deficiencias. La enseñanza es fundamentalmente práctica, con la participación directa de las niñas; pero de vez en cuando la madre explica las razones de cada paso, el uso adecuado de los condimentos y, en fin, ilustra verbalmente sobre los secretos de la cocina. La niña acepta de buen grado su entrenamiento en este y en otros campos del trabajo doméstico, porque la cultura le fija como papel específico el cuidado del hogar y la atención del hombre y de sus hijos. La división del trabajo, se dijo antes, es bastante estricta y hasta donde pudo observarse las aspiraciones femeninas coinciden con las demandas culturales.

El servicio doméstico mediante paga se registró en dos casos, además de las personas empleadas por el personal del Instituto. Hay algunas mujeres que han trabajado como sirvientes en Mérida.

Como se señaló en otro capítulo, la mayoría de las casas cuentan con un local dedicado a la preparación de alimentos. Las paredes difieren de las de los dormitorios en que no están revocadas. Los intersticios permiten la eliminación rápida del humo que produce el fogón.

No todas las labores culinarias se realizan dentro de la cocina; ésta se destina, fundamentalmente, a encender el fuego y poner sobre la candela los recipientes con las viandas que necesitan cocción. Pero la mujer desgrana el maíz, lava los platos y muele en el solar, y hay otras labores que se realizan indistintamente dentro o fuera de la cocina.

El mobiliario es bien simple: tres piedras sobre el suelo forman el fogón; hay algunos pequeños bancos de madera

y una o dos mesas bajas; del techo cuelga una esterilla circular sobre la que se coloca el *lek* (calabazo) con las tortillas y algunos productos que es necesario proteger de los roedores. Las hojas de maíz (*holoch*) se “almacenan” entre los intersticios del muro; las mazorcas se acumulan en algún rincón y la leña en atados reposa también sobre el suelo de tierra. En las casas de algunas familias (sobre todo de comerciantes) el fogón no está a ras del suelo y el mobiliario incluye mesas altas, sillas y hasta alguna estantería o alacena.

El equipo de cocina abarca recipientes de barro y peltre, jícaras de distintos tamaños, cubetas de aluminio, trinchas, cucharas y cuchillos. En muchas casas hay molinos de mano para preparar la masa, aunque todas las mujeres acuden al molino de nixtamal que funciona en el pueblo. Hay también, una piedra para moler, que a veces sólo es un bloque irregular pulido por uno de sus lados y a veces es un artefacto bien tallado con tres patas. El comal es un utensilio siempre presente. Los vasos y los platos son escasos en muchos hogares y en algunos definitivamente no existen.

La leña es el combustible empleado por las amas de casa. Su procedencia es el monte ejidal o el cerco de la milpa. Diariamente o cada tercer día la familia se surte de varas y pequeños troncos que se acomodan en el interior de la cocina. La gente de mayores recursos compra algunas veces los “tercios” que necesita. El fuego se alimenta también con el *bacal*, olote seco de fácil combustión. Otra parte del maíz, el *holoch*, sirve como pabilo para prender la candela.

En lo que toca a las técnicas de conservación de alimentos, se observa muy poca variedad y un bajo nivel. El maíz, producto básico en la dieta, se almacena en dos formas: la primera que puede llamarse “natural”, la cual consiste en doblar

la mazorca madura y dejarla colgando en la caña hasta que llega el momento de consumirla. Se corre cierto peligro de que los roedores diezmen la cosecha. La segunda consiste en cosechar el maíz y depositarlo en silos cuadrangulares hechos de troncos delgados (“rollizos”) que se construyen en el solar, o bien en receptáculos semejantes adosados al muro semi-circular de uno de los cuartos. Para proteger las mazorcas de los insectos y roedores se coloca abajo una capa de hojas de plátano rociadas con creolina.

El chile rojo se seca al sol y en esa forma se conserva guardado en cajas de cartón. Las tortillas, cuando sobran, quedan en el *lek* que se coloca en el *peet* (esterilla). La cuerda que soporta al *peet* atraviesa un calabazo vacío que impide el paso de los animales.

Para que no se pudran muy rápido las frutas y las verduras se emplea un sistema primitivo de refrigeración que consiste en ponerlas en la parte más fresca de la casa, sobre el suelo, y rociarlas con agua de sal. Cada rociado permite conservar los productos durante una semana, aproximadamente. La operación puede repetirse una sola vez.

La única forma practicada para conservar la carne es el salado de la misma. Se usa, sobre todo, para la carne de puerco y son los dueños de tienda quienes acostumbran hacerlo con regularidad.

La refrigeración a base de hielo existe también sólo en las tiendas; diariamente se surten en la fábrica ubicada en Izamal.

La encuesta nutricional realizada en Sudzal por el equipo del Instituto Nacional de la Nutrición (Balam, Gilberto *et al.*, 1959) ha permitido conocer las características fundamentales de la dieta local y las deficiencias de nutrientes que se pre-

sentan; una selección del material incluido en ese informe está contenido en el Apéndice A. En la investigación antropológica se prestó atención a las variantes que existen en función de una serie de factores tales como la edad, el estado de salud, el tipo de trabajo, etc. Sin embargo, como un simple marco de referencia, se presenta aquí la composición de una dieta típica, obtenida de los resultados de la mencionada encuesta y de los datos registrados sobre el terreno en el curso del estudio de campo.

El desayuno consta generalmente de café o chocolate en agua y pan o tortilla; eventualmente alguna familia que posee gallinas consume huevos preparados en diversas formas, en un promedio menor a una pieza por persona. El desayuno se toma entre las 5 y las 6 de la mañana, poco antes de que el hombre marche al trabajo agrícola.

El almuerzo es entre las 11 y las 13 horas. Es regla común que se inicie sólo cuando el padre está presente. Se compone por lo regular de dos platillos, uno de los cuales es frecuentemente frijol o sopa de pasta. Las tortillas son imprescindibles en el almuerzo. Se come en el solar o en la cocina, igual que el desayuno y la merienda. Como hay mesas en pocas casas, lo común es sentarse en un banco de poca altura y poner los platos sobre las piernas. Se ha logrado tal habilidad para emplear las tortillas como cubiertos, que aun los platillos caldosos se toman con ellas.

La merienda, cuando la hay, se compone de café o de chocolate en agua, pan, tortillas o galletas. Si sobró algún alimento del almuerzo se consume también. Se acostumbra tomarla, aproximadamente, entre las 6 o 7 de la tarde.

El maíz, el frijol y el chile son, como en casi todo el ámbito rural mexicano, la base de la dieta. Frutas y legumbres apare-

cen en muy pequeña cantidad. La carne también cuenta poco en la dieta regular, tradicionalmente se toma los domingos y los lunes. La leche y sus derivados son alimentos que sólo por excepción se consumen.

La mujer es la encargada de servir los platillos y en muchos casos come después de que han terminado los demás. La hechura de las tortillas le ocupa la mayor parte de la mañana y con frecuencia durante el almuerzo de su marido ella sigue torteando.

Enjuagarse las manos y la boca después de comer es un hábito practicado por la gran mayoría de los sudzaleños.

El patrón descrito es demasiado general. Conviene precisarlo con la exposición de los hábitos alimenticios en ciertas situaciones concretas.

LA ALIMENTACIÓN DURANTE EL EMBARAZO. En términos generales, las mujeres entrevistadas coincidieron en que la embarazada puede comer lo que se le antoje. “Si es pobre debe comer lo que haya”, fue una respuesta frecuente. Una precaución muy general es que el agua que tome, en la forma que sea, debe haber hervido mucho tiempo con el fin de evitar diarreas.

Se acepta que la mujer en tal estado no puede realizar trabajos pesados y debe ser objeto de cuidados y mimos especiales.

LA ALIMENTACIÓN DE LA PUÉRPERA. Durante los ocho o nueve días siguientes al parto, la madre guarda absoluto reposo dentro de su casa. Después continúa su trabajo común (“porque somos pobres”, según dijo una informante, dando a entender que en caso contrario no sucedería así). Este encierro permite evitar el “viento de agua” (*yik'alba*), especialmente peligroso en estos casos.

La puérpera debe evitar muchos alimentos. Durante los primeros nueve días, su dieta será preferentemente a base de gallina sancochada o huevo en ceniza (no cocido directamente al fuego, sino bajo las cenizas del fogón). En todo caso, nada comerá que no acabe de salir de la candela. Los alimentos “fríos” o “frescos” le están prohibidos durante los primeros cuarenta días. Debe evitar especialmente la naranja agria y el limón. A los ocho días puede tomar frijol y leche —fresca o en polvo—. El chile verde le produce “diarrea verde” si lo toma antes de los 15 días. La carne salada le reduciría la cantidad de leche para alimentar a su hijo. La carne de res le está permitida a partir del cuarto día, siempre que sea de toro, porque la de vaca también le produce diarrea. Los cítricos, el aguacate, la guanábana, están estrictamente prohibidos durante este periodo. Si por algún motivo la madre infringió la regla de evitar alimentos “fríos” cuando nació su primer hijo, puede hacerlo sin peligro también en los siguientes casos (“¡Quién sabe cómo le hace para que no la perjudique!”).

LA ALIMENTACIÓN DURANTE LA INFANCIA. El recién nacido toma la leche materna (“hace chuchu”, en el lenguaje de Sudzal) durante un periodo que varía, según los datos obtenidos, entre ocho meses y dos años.

Un nuevo embarazo de la madre es, generalmente, el hecho que determina la suspensión del amamantamiento. Los hijos finales por lo común son quienes “gozan más”, tomando la expresión de una informante.

Entre los tres y cuatro meses se inicia la alimentación suplementaria, que consiste en sopa de fideos, papillas y algunas veces galletas. El agua que toman durante un año y medio siempre es hervida. El caldo de carne se agrega a la dieta por esa misma época y la carne alrededor de los dos años.

Casi siempre los primeros meses son de alimentación exclusivamente a base de leche materna. Más tarde se inicia la sustitución con leche evaporada o con leche fresca, cuando la hay, y durante un lapso más o menos largo el niño mama alternativamente el pecho y la botella (o jícara, que es bastante común). En opinión de algunas madres, la leche evaporada es más nutritiva que la leche materna. “Dicen que la leche de uno es alimento –afirmaba una de ellas–; pero no tanto... ¡Qué alimento vamos a tener nosotras!” Otras afirman que la leche materna es mejor “porque es viva, tiene sangre viva”.

La madre procura comer mejor cuando está alimentando a su hijo; pero afirman que enflaquecen mucho y sólo engordan cuando dejan de dar el pecho. Un signo evidente de que la leche materna ya no cae bien al niño es que le provoque “diarreas verdes”. Esto sucede cuando la madre queda preñada de nuevo.

Hasta los dos años no hay horario rígido para la alimentación. Los niños “hacen chuchu” en cuanto comienzan a llorar. Durante la noche la madre les da el pecho dos o tres veces, aun en los casos –al parecer pocos– en que el niño no duerme en brazos de su madre. La alimentación suplementaria se sujeta al horario de comidas del resto de la familia.

Cuando se da al niño leche fresca de vaca, algunas madres la prefieren cruda, porque piensan que hervida pierde cualidades, “ya no tiene mérito”.

Las dolencias gastrointestinales se consideran “normales” durante el primer año de vida. Toda madre acepta esta situación. La geofagia que se presentó en el caso de un hijo de una de las informantes, se consideró la causa de la muerte del niño.

Cuando el niño se niega a comer, la actitud más general es no insistir, sino ofrecerle algún otro alimento. Son raros los regaños y castigos por este motivo.

LA ALIMENTACIÓN DURANTE LA MENSTRUACIÓN. Sólo se registró la prohibición de que la mujer tome alimentos “fríos” los dos días anteriores a la regla y el día en que ésta se presenta. Muy especialmente se evita tomar limón, pero la prohibición abarca también otros cítricos y frutas en general, refrescos y hielo.

LA ALIMENTACIÓN DEL HOMBRE EN EL TRABAJO. El hombre sale al plantel o a la milpa muy temprano. Para que haga una frugal colación a mitad del trabajo, la mujer le prepara “pimitos” (gorditas de masa con sal, cocidas en el comal) en cantidad variable. A veces un huevo cocido complementa la vianda. El pozol, alimento tradicional del maya, forma parte casi siempre de esta comida; consiste en pequeñas bolas de masa que se deslíen en el agua que el campesino lleva siempre consigo. Se endulza con panela, pero en ocasiones se deja fermentar hasta que suelta un moho rojo. El pozol se consume sobre todo en épocas de calor, porque cuando hay fresco “no pega”, en opinión de los informantes.

No todos los trabajadores se presentan al plantel provistos de alimentos; es común que en esos casos sus compañeros les conviden de su provisión. Cuando hay mucho trabajo en la milpa, la madre envía comida al hombre con alguno de sus hijos.

Los aspectos de la alimentación relacionados con el trabajo abarcan también los tabúes que debe guardar el agricultor cuando cultiva ciertos productos. El más común es el que prohíbe comer aguacate cuando se tiene sembrado melón o sandía. Para evitar los efectos nocivos de no acatar esta prohibición, el hombre debe hacer que le piquen los brazos las hormigas. Tampoco se puede comer morcilla de cerdo ni panza de res cuando se tiene un sembrado en el solar.

Hay ciertas personas que son *bets'k'ab* (“tienen la mano fría”). Esta cualidad les impide desempeñar varias actividades e incluso estar presentes cuando se desarrollan. En el terreno de la agricultura, el *bets'k'ab* tiene prohibido, además de los alimentos mencionados, la miel, los refrescos y el alcohol. Aun cuando respeten rígidamente los tabúes, deben abstenerse de sembrar cultivos en el solar. Igualmente están imposibilitados para poner gallinas a empollar. La cualidad de *bets'k'ab* es congénita pero no hereditaria y no hay forma de hacerla desaparecer.

En el campo, el ejidatario tiene oportunidad de vigilar de vez en cuando sus reses; algunos acostumbran ordeñar en esos momentos y beber la leche allí mismo.

LA ALIMENTACIÓN DE LOS ENFERMOS. En muchas dolencias, pero de manera muy especial en el caso del sarampión, se somete al enfermo a una dieta rigurosa, compuesta exclusivamente de atole de harina y, a lo sumo, galletas. Los médicos de Izamal a quienes acuden con frecuencia los sudzaleños recomiendan en muchos casos la reducción de alimentos y con ello dan pie para que esta práctica continúe. Con las diarreas y otros trastornos gastrointestinales se sigue una conducta similar, componiéndose la dieta sólo de caldo de frijol (al que se quita la cutícula) y atole de masa o de harina. El que padece gripa no toma limón ni ningún otro alimento “frío”.

Después de una enfermedad también se evita tomar alimentos “fríos”. En opinión de la gente, su mala alimentación es causa de que tengan “la sangre pobre” y sean, por tanto, más susceptibles a las enfermedades. Una persona con “sangre fuerte” puede tomar sin peligro los alimentos “fríos”, porque su resistencia es mayor.

ALIMENTOS “FRÍOS” Y ALIMENTOS “CALIENTES”. La división entre alimentos “fríos” y “calientes”, muy frecuente en

el medio rural mexicano, se presenta también en Sudzal. Sólo que al parecer se ha perdido la unidad de criterio y lo que para algunos es un alimento “frío” para otros es “caliente” o no tiene ninguna de las dos cualidades. Sin embargo, hay un grupo de productos unánimemente reconocidos como “fríos” y sobre ellos pesa una serie de prohibiciones, como las analizadas en párrafos anteriores.

Sin que se pretenda lograr una lista exhaustiva, se presentan en la página siguiente los grupos sobre cuya cualidad de “frío” y “caliente” hay un consenso general.

Como es bien sabido, estas cualidades se refieren a una condición intrínseca que es independiente de la temperatura real de los alimentos. Los casos del huevo y de la naranja agria que aparecen en las dos columnas tienen la siguiente explicación: son “fríos” en cualquier estado, menos cocidos bajo la ceniza del fogón (en *mucbi*), porque cuando se someten a ese proceso cambian su cualidad, se tornan “calientes”.

Cuando una persona está “calurosa” por haber realizado un esfuerzo físico, debe evitar los alimentos “fríos”.

ALIMENTACIÓN POR GRUPOS SOCIALES. Hay ciertos alimentos que se asocian a una determinada posición social. En Sudzal, un ejemplo claro lo proporciona la “chaya”, una legumbre cuyo consumo se considera propio de gente pobre, al grado de que cuando se come “chaya” se intenta ocultar el hecho.

En términos más generales y de acuerdo con los datos disponibles, resulta difícil comprobar una clara correlación entre el nivel socioeconómico y la alimentación, debido a que de las 20 familias comprendidas en la muestra del estudio nutricional (véase Apéndice A), sólo una estaba encabezada por un comerciante, en tanto que las demás eran familias de ejidatarios. Sin embargo, las proteínas de origen animal repre-

| <i>Fríos</i> (ꞑiꞑ) | <i>Calientes</i> (ꞑboko) |
|--|----------------------------------|
| Naranja de China (agria) | Chocolate |
| Limón | Gallina |
| Arroz | Atole |
| Cerveza y refrescos | Café |
| Pozol | Leche |
| Guanábana | Huevo en <i>mucbi</i> |
| Hígado de res | Naranja de China en <i>mucbi</i> |
| Cebada | |
| Papaya, mango, plátano, pitaya y otras frutas | |
| Huevo | |

sentaban más del 60% del total en la familia del comerciante, en tanto que para la muestra en su conjunto apenas componían el 11.7 por ciento.

Con base en la simple observación puede decirse que las familias cuyo ingreso principal no depende primordialmente de la agricultura manifiestan cierto escepticismo frente a los tabúes de alimentación conectados con el cultivo de la milpa y del solar.

En las casas de los comerciantes locales puede apreciarse un consumo más generalizado de leche y carne; pero el maíz y el frijol continúan siendo la base de la dieta. Al analizar los resultados de cada familia estudiada se encontró que ninguna ingiere los nueve nutrientes considerados en las cantidades requeridas. Es decir, que aun las familias que resultaron con una dieta mejor balanceada, manifiestan deficiencias en uno o varios renglones, pese a que disfrutaban de un menú más variado o más abundante.

Algunos campesinos han salido de Sudzal con el ánimo de trabajar como braceros en los Estados Unidos, muchos recuerdan que la comida extraña les gustó, e incluso están dispuestos a aceptar que es mejor que la local. Sin embargo, ninguno de ellos ha dado pasos concretos con el fin de modificar su dieta regular. Al regresar al pueblo, todos readquirieron de inmediato sus hábitos alimenticios.

IV. LOS SISTEMAS DE PRODUCCIÓN

El primer aspecto que debe analizarse como posible factor condicionante del estado nutricional en la comunidad de Sudzal es la disponibilidad de alimentos. Ésta puede considerarse compuesta por dos renglones centrales: la producción local y el intercambio. Este capítulo trata del primero de ellos.

Para los efectos del análisis, se incluyen dentro de la producción local: un sector de actividades agrícolas (el ejido, la milpa y el solar), la ganadería, las actividades de avicultura, porcicultura, apicultura y las tareas de caza y recolección. El renglón ejidal, el ganadero y el apícola no corresponden estrictamente a la producción de alimentos para consumo de la comunidad, sino que están ligados con el intercambio mercantil porque sus productos se traducen casi siempre en ingresos monetarios; sin embargo, se estudian en este capítulo con el fin de presentar el cuadro total de actividades agropecuarias.

La institución más amplia en la comunidad de Sudzal es el ejido. Debe su importancia, ante todo, a que de la actividad agrícola ejidal obtienen el grueso de sus entradas monetarias la mayoría de los jefes de familia locales. Hay inscritos 221 socios activos y 267 menores de 16 años.

Solamente un maestro de escuela, dos comerciantes, un empleado de mostrador, los dueños de los vehículos que

hacen servicios de transporte y carga y algunos pequeños propietarios de tierra, no forman parte del ejido. Hay un grupo también reducido de hombres que de hecho no trabajan en las labores henequeneras y dedican su tiempo a otras tareas (panadería, sastrería y atención de comercio) aunque sin haber perdido sus derechos ejidales; se trata, en casi todos los casos, de gente de edad avanzada.

Los ejidatarios están organizados en la Sociedad Local Colectiva de Crédito Ejidal de Sudzal, que es la entidad a través de la cual se tramitan todos los asuntos con el Banco Nacional de Crédito Ejidal.²¹

La autoridad está depositada en los seis integrantes del Comisariado Ejidal y en otros tantos que componen el Consejo de Vigilancia. El presidente del Comisariado es también delegado ante el Banco, razón por la cual el Comisariado en su conjunto se conoce localmente como “socio delegado”. La organización se rige de acuerdo con un reglamento expedido por el propio Banco.

Cada semana el presidente del “socio delegado” distribuye el trabajo a los cuatro “checadores” que son los responsables de la buena ejecución de las tareas en el plantel. Dos vigilan el corte de las hojas y los otros el “chapeo” o desyerbe. La mañana del lunes cada checador va con el grupo de ejidatarios a su cargo y les designa las superficies en que deben laborar.

De las 3 090 ha que posee el ejido y que están abiertas al cultivo de henequén, sólo unas 947 se cultivan, distribuidas en 40 “planteles” que se localizan en seis afectaciones

²¹ El sistema de crédito está en vías de reorganización con la tendencia a descentralizar la administración y fundar bancos regionales.

agrarias.²² Las restantes corresponden a antiguas plantaciones y son ahora de tan bajo rendimiento que su explotación no resulta costearable. Están destinadas a agostaderos y en ellas los ejidatarios hacen cada año su milpa.

Todos en Sudzal reconocen que las tareas agrícolas del ejido se realizan muy mal en términos generales. Los “chapeos” –limpieza de los planteles por desyerbe– se hacen en menor número del necesario para el buen desarrollo de las plantas. Y los pocos que se hacen, se hacen mal: en muchos casos se hace *haranch'ak*, que es el trabajo más burdo, cortando con una coa larga²³ “hasta donde caiga”; en otros se hace *paito pak*, trabajo de calidad intermedia, también con la coa larga; prácticamente nadie hace en el plantel *lo'che' pak*, el tipo más fino de desyerbe que llega hasta la raíz con el empleo de la coa corta. El tiempo y el cuidado que se requiere para cada clase de desyerbe aumenta progresivamente del *haranch'ak* al *paito pak* y de éste al *lo'che' pak*.

En el corte de la penca la situación es la misma: para alcanzar el óptimo rendimiento de una planta se le deben hacer cortes periódicos de determinado número de hojas. Los planteles ejidales dejan de producir antes del tiempo normal porque la mayoría de los cortadores no se ciñen a la técnica mejor, sino que cortan un número mayor de pencas a cada planta y muchos lo hacen con machete en vez de

²² Algunos de los datos estadísticos relativos al cultivos del henequén han sido tomados del informe de los economistas Bravo y Espinoza (1960).

²³ Las coas que se mencionan nada tienen que ver con el bastón plantador; son instrumentos de hierro parecidos a una hoz, montados sobre mangos de madera; en la coa larga el brazo tiene unos 80 cm y en la coa unos 30.

emplear cuchillo o cortador, con lo que destrozan el nacimiento de la hoja y reducen el tamaño de la fibra. Además, las pencas deben cortarse cuando tienen un determinado tamaño (1.25 m, más o menos); con el sistema que se emplea resulta que se cortan muchas de tamaño menor y eso hace disminuir la calidad en que se clasifica la fibra.

Las irregularidades también se presentan en el trasplante de hijuelos, pues generalmente no se respeta la medida que deben tener.

Frente a estos hechos existen otros que marcan un fuerte contraste: cuando el mismo individuo que realiza mal su trabajo ejidal, se emplea en planteles de “la pequeña”, o en su milpa, o aun en su solar, el mismo trabeyo lo realiza de mejor manera. Esta diferencia no admite causa única. Intervienen varios factores que conviene analizar.

De las 947 ha cultivadas con henequén, sólo 296.33 ha están en producción, lo que representa menos del 10% de la superficie total abierta al cultivo. El Banco Nacional de Crédito Ejidal no autoriza que se aumente esa superficie; la razón de esa negativa parece hallarse en la situación del mercado mundial de fibras duras al cual concurren en la actualidad, además de Yucatán, varios países africanos y algunos del Caribe, lo cual aunado a la existencia de un monopolio de compradores que controla el mercado, ha hecho descender los precios y obliga, consecuentemente, a evitar una sobreproducción que tendría efectos desastrosos. En Sudzal (y en todos los ejidos henequeneros) esto se reduce en una congelación de ingresos y en un problema de subempleo. Las tareas que corresponden a cada ejidatario durante una semana las cumplen sobradamente en dos mañanas de trabajo.

El anticipo que recibe semanalmente un chapeador es de \$24.00 (se autorizan seis mecates y se paga a razón de \$4.00 c/u); el que recibe un cortador es de \$48.60 (10 millares de hojas a \$4.86 c/u) y en estas dos categorías quedan comprendidos casi todos los ejidatarios, pues son los trabajos más importantes de la agricultura henequenera. En los planteles de propiedad privada se paga generalmente menos; pero hay más trabajo. Esto significa que el ingreso total que proviene de “la pequeña” resulta mayor que el del ejido, aunque no sea permanente ni fijo. Pero para conservar esta fuente de trabajo, el ejidatario debe sujetarse a ciertas normas de calidad. En el ejido, el encargado de vigilar las tareas es, como se dijo, el checador; el puesto de checador es un escalón inicial dentro de la jerarquía burocrática ejidal y el que lo desempeña busca no malquistarse con los trabajadores que están bajo su vigilancia, con el fin de granjearse sus votos en las elecciones. Por otra parte, el ejercicio blando de la autoridad por parte del checador se ha convertido en una práctica normal, al grado de que si alguien intentara actuar con energía, aun dentro de los límites estrictos de su función, de inmediato se vería rodeado de protestas y descontento que acabarían por obligarle a abandonar el rigor inicial o el cargo de checador.

En “la pequeña”, en cambio, la vigilancia está a cargo del dueño o de un empleado suyo, cuyo interés primordial es garantizar la mayor y mejor producción; pueden, sin dificultad alguna, despedir a un trabajador, o bien no volver a darle empleo.

Por otra parte, el dueño del plantel paga el número de chapeos que son necesarios porque eso redundaría en su propio beneficio: las matas de propiedad privada duran más tiempo

en producción que las ejidales.²⁴ La mayor frecuencia de los desyerbes facilita la tarea; el trabajador encuentra un “monte” menos crecido que puede despejar con rapidez. En los planteles ejidales necesitaría invertir un tiempo mayor en hacer el mismo trabajo y opta mejor por el camino fácil: hacer *haranch'ak*.

Debe añadirse la actitud subjetiva que se tiene frente al ejido. Un chapeador que gana \$24.00 a la semana sabe que los empleados del Banco tienen un sueldo mensual superior a \$500.00; sabe que aun los barrenderos y mozos en las oficinas de Mérida usan zapatos, no trabajan duramente al rayo del sol y ganan más que la mayoría de los ejidatarios. Todos están enterados de los frecuentes casos de peculado, de los fraudes y componendas que se hacen al amparo de los empleos bancarios; saben que hay nepotismo; conocen la ineptitud de algunos funcionarios; han visto cómo los inspectores que llegan a Sudzal no visitan los planteles, sino que permanecen cómodamente sentados en la oficina de la Sociedad de Crédito, charlando y bebiendo cerveza. Y ninguno puede aceptar que sean y vivan así los que están sostenidos precisamente por el trabajo de los henequeneros. Esa actitud se ha generalizado. Para algunos, la única diferencia entre la “esclavitud” y la “libertad”²⁵ es que ahora el patrón es el Banco; la mayoría, sin embargo, reconoce que la situación actual es mejor en muchos aspectos, pero todos tienen alguna queja

²⁴ Una planta debe producir hasta los 25 o 30 años, que es cuando sale el “varejón”, señal de muerte; los henequeneros ejidales mueren en muchos casos antes de los 20 años.

²⁵ Se conoce como “época de la esclavitud” a la anterior al reparto de agrario que, como se sabe, se realizó bajo la presidencia del general Lázaro Cárdenas; a partir de entonces se vive en “la libertad”.

que presentar en torno al Banco y a sus empleados. Aunque los ejidatarios siempre hablan de que el ejido es suyo, su actitud frente al trabajo es más bien la del empleado que busca la forma de engañar al patrón. Y ese patrón es el Banco al que se achacan todos los errores. El ejidatario desconoce los problemas del mercado mundial y piensa que la limitación de las áreas explotadas responde sólo a un capricho de los directivos bancarios. Esto ha creado un gran descontento que se manifiesta en el deseo de que la Sociedad de Crédito se separe del Banco y trabaje por su cuenta. Para reforzar esa tesis se idealiza el progreso de los ejidos autónomos (“allí en cada casa hay pozos, y tienen bombas, y arreglan bien las casas y los pueblos...”). Estas ideas reciben el amplio apoyo de los antiguos hacendados y de los dueños de cordelerías, que publican constantemente en los diarios del estado muchos artículos y noticias tendientes a demostrar el fracaso de la reforma agraria y la necesidad de retornar a la propiedad privada. La idea de dividir las tierras del ejido en parcelas individuales es sostenida en Sudzal por algunos propietarios privados e incluso por algunos ejidatarios, a pesar de que tal medida resultaría totalmente imposible de aplicar por la índole misma del cultivo henequenero que exige una explotación a escala industrial.²⁶

La producción total de henequén del ejido de Sudzal la compra El Banco Nacional de Crédito Ejidal. Las hojas se transportan a dos desfibradoras que están dentro de los lí-

²⁶ El “mateo” o primer corte de una planta. se realiza por lo menos cuando han pasado cuatro años desde que se trasplantó el hijuelo; se requieren inversiones cuantiosas y a largo plazo para iniciar el cultivo del henequén.

mites del municipio. Algunos ejidatarios se emplean como obreros en ellas por un salario de \$9.50 al día; como la desfibradora beneficia el henequén de otros ejidos, los de Sudzal sólo tienen empleo dos o tres días a la semana.

La reforma agraria dejó en manos de los antiguos hacendados las plantas desfibradoras.²⁷ En la actualidad el Banco paga a los dueños por el beneficio del henequén ejidal.²⁸ En el ciclo de 1958 a 1959, la producción total del ejido de Sudzal tuvo un valor de \$730 mil —en números cerrados— de los cuales se pagaron por desfibración \$280 mil, en tanto que se otorgaron como anticipos a la Sociedad de Crédito, \$260 mil. Otra parte (\$120 mil) correspondió a impuestos, servicio médico, manejo y almacenaje, y el resto (\$70 mil) fue propiamente la ganancia de los ejidatarios (Espinoza y Bravo, 1960). Esta ganancia no se entrega en su totalidad a la Sociedad de Crédito, sino que una cuarta parte se retiene como “fondo de reserva” en las arcas del Banco, sin devengar interés alguno para los ejidatarios.²⁹ En total, pues, fue posible distribuir \$52 500.

Las ganancias se reparten teóricamente cada 3 meses. Todos los socios reciben por partes iguales, salvo los menores de 16 años que tienen derecho al 50% y los menores de 14 —que también los hay— que sólo alcanzan el 25%. En el año

²⁷ A principios de 1962 se anunció que el Gobierno Federal entregara a los ejidatarios una cantidad considerable de plantas desfibradoras, aunque sin eliminar definitivamente las plantas de propiedad privada.

²⁸ Sobre la situación actual de la industria véase Soberón (1959), Mesa (1955) y Benítez (1956) quienes describen con detalle la economía de la región.

²⁹ El hecho de que los ejidatarios no puedan disponer libremente del “fondo de reserva” es otra causa de malestar.

considerado, el socio regular debe haber recibido por concepto de utilidades poco más de \$160. En las dos distribuciones de ganancias que ocurrieron durante el trabajo de campo que sirve de base a esta investigación las cantidades fueron de \$154 en una (que correspondía a dos trimestres) y de \$58 en la otra. Cabe señalar, por último, que por acuerdo de asamblea la mujer no hereda los derechos ejidales de su marido; el único que puede ocupar el puesto es un hijo. Todos los hijos de ejidatarios pueden convertirse en socios a partir de los 16 años.

Como se apuntó, los ejidatarios tienen derecho a pedir tierras al ejido para hacer su milpa. El promedio de superficie de las parcelas fluctúa entre 20 y 30 mecatres. Las milpas se hacen casi siempre en tierras ejidales. Los pocos “medieros” que hay contratan tierras fuera del municipio; pagan el 10% sobre la producción estimada, aun cuando ésta sea menor o se pierda. Generalmente rentan las tierras por dos años, que es el periodo que se siembra una misma superficie, al cabo de ese tiempo es necesario abrir una nueva milpa.

El hombre es el encargado de las tareas de la milpa. Trabaja solo, salvo durante algunas etapas del cultivo en que se requieren más brazos; recurre entonces al auxilio de sus hijos y eventualmente de su mujer. En casos excepcionales se contrata trabajo asalariado (por regla general sólo cuando media incapacidad física).

El principal producto de la milpa es el maíz. También se siembra frijol, chile y calabaza, pero en pequeñas cantidades.

La agricultura milpera de Sudzal es igual a la que se practica en otras zonas de Yucatán (Cf. Pérez Toro, 1946) y, según Morley (1953), apenas ha variado desde los tiempos prehis-

pánicos. El suelo calcáreo y la delgadez de la capa cultivable han impedido incluso la introducción el arado que, en cambio, se generalizó rápidamente en otras regiones de México.

La primera etapa consiste en seleccionar el terreno. Los agricultores saben que el *oklum* es la mejor tierra; pero en el municipio prácticamente no existe y se buscan las áreas en que haya menos roca superficial.

El segundo paso es abrir el *bolche'*, pequeña brecha que sirve de punto de partida para medir la milpa. Esta tarea se cumple en un día. En seguida se procede a la medición, *p'is-keel*, para lo cual se emplean cuerdas de la sexta parte de un mecate (*wala'che*) y pequeñas mojoneras de piedras que marcan los límites.

Viene después el *nok ch'ak*, cercado, para lo cual se usan varas y pequeños troncos que se recogen en el mismo terreno. Esta cerca no sólo indica el límite de la milpa sino que sirve como defensa frente a las frecuentes y destructivas incursiones del ganado que deambula semisalvaje por el monte. Las tres etapas hasta aquí mencionadas se hacen durante el mes de agosto. A partir de entonces y hasta el mes de octubre, según el tiempo que a ello pueda destinarse, se tumba el monte (*kol*). Para esto se hace un desyerbe generalmente de tipo *paito pak* y después se talan los arbustos más grandes, empleando un hacha común. Antes de la quema, que se hace en el mes de agosto, es necesario cortar los retoños que hayan brotado. Para quemar debe hacerse el *mis bal*, que consiste en barrer y limpiar el perímetro de la milpa dejando un espacio de 2 a 3 metros con el fin de que el fuego no se propague. Para seleccionar el día de la quema se toma en cuenta la presencia de un viento del sur, “recto y caliente” y también la fase de la luna, que debe ser llena. En la quema participan

varias personas con el fin de que no se extienda el fuego fuera del límite de la milpa.

La siembra (*Pak 'al*) se hace después de la primera lluvia cuando se trata de “milpa-caña”, (es decir, cuando se emplea por segundo año consecutivo la misma tierra) y después de la segunda cuando se abre “milpa-roza” (superficie que se siembra por primera vez).³⁰ Algunos agricultores, cuando disponen de recursos, se arriesgan a sembrar antes de las lluvias (*tikhinmuk*); si las aguas vienen a tiempo, la cosecha es mejor y más rápida. Para sembrar se emplea el bastón plantador (*xul*); en la milpa-roza se hacen agujeros separados por un metro de distancia, en tanto que en la milpa-caña se hacen a metro y medio. En cada agujero se colocan 3 o 4 semillas; con frecuencia también se siembra frijol en los mismos hoyos.

Cuando las lluvias se retrasan y se pierden las siembras, algunos vuelven a sembrar (*hulbe'en*).

Tres semanas después de la siembra, o más tarde si la yerba no alcanza todavía la milpa, se hace un chapeo, el único del cultivo. Cuando hay demasiadas yerbas se requiere el *lo'che'pak*; en caso contrario se hace *paito pak*.

Cuando las mazorcas están maduras se doblan (*wats'*) para que se sequen y también para protegerlas de los pájaros.

Las mazorcas se quitan con una punta de madera (*bak che'*) de tal forma que las hojas quedan en la caña. Después de la cosecha, si fue milpa-roza, deben cortarse las cañas (*kol sak'ab*).

Las épocas de cosecha y doblado varían según el tipo de maíz que se use. En Sudzal se siembran tres tipos: el *x meben*

³⁰ Obviamente las labores de selección del terreno, medición, cercado y desmonte sólo se hacen en la milpa-roza.

nal, de 60 o 65 días (“de dos y media”); el *chikin dzonot*, de 90 a 105 días (“de tres” o “de tres y media”), y el *x nuk nal*, de 135 días (“de cuatro y media”). Este último es blanco, de mayor rendimiento y más grande; el *chikin dzonot* es pequeño y amarillo, y el *x meben nal* es de mazorca más pequeña. El mezclar estos tipos, a pesar de que son de rendimientos diferentes, da al agricultor mayores posibilidades de levantar alguna parte de la cosecha en caso de que las lluvias se presenten con irregularidad.

La agricultura milpera está rodeada de conceptos y prácticas mágico-religiosas. El calendario lunar que rige algunas de las etapas (como la siembra y la quema) es conocido sólo por algunos campesinos ancianos y ciertos jóvenes apegados a la tradición; la mayoría, sin embargo, se sujeta al calendario sin conocer los motivos que determinan las fechas. La ceremonia más importante del ciclo agrícola es el *ch’a’chaak*, ritual propiciatorio con el cual se espera garantizar una buena cosecha. Es una forma de comunicación entre los hombres y los *yuntsiloob*, señores de los vientos. Es una ceremonia comunal; cada año participan en ella cerca de 100 campesinos (las mujeres tienen terminantemente prohibido tomar parte) dirigidos por un *hmen*, sacerdote de la religión milpera. Desde hace muchos años no vive en el pueblo ningún *hmen*; para hacer el *ch’a’chaak* debe recurrirse a los servicios de alguno de los que viven en Izamal o en Acum. La ceremonia dura tres días. Los participantes preparan una serie de platillos y bebidas rituales entre las que destaca el *balche’*, que es una infusión de la cáscara de una planta del mismo nombre a la que se agrega anís o miel de abeja nativa (aunque ahora se emplea también la de abeja “americana” que antes no se aceptaba, e incluso se llega a usar azúcar común). También se hace el *saka’*, especie de pozol

endulzado con miel. El agua que se emplea en la ceremonia debe proceder del *actum*, especie de cenote sagrado (*subuy*) al cual nunca puede entrar una mujer y que sólo se visita con el *hmen* para obtener el líquido de la ceremonia. El último día del *ch'a'chaak* se preparan viandas especiales con el producto de una cacería ritual guiada por el *hmen* y con el aporte de algunos participantes. Se hacen “pimitos” (especie de tortillas gruesas) de maíz), frijol “colado” (molido muy fino y sin hollejo y “pibes” (tortas de masa y carne cocidas bajo tierra).

Otra ceremonia importante es la que se hace como ofrenda por la cosecha levantada (*bolche*). En ella no interviene el *hmen* y tiene un carácter individual. Se prepara el atole nuevo y el *pibilnal*, elote tierno cocido bajo tierra.

Hay otra ceremonia protectora que se celebra cuando se abre la milpa-roza. Es “la bebida de la milpa” y sirve para evitar que entre gente a robar la cosecha; el que se introduce en la milpa se pierde, no puede salir de ella y permanece allí hasta que llega el dueño. También es una ceremonia individual. En algunas otras fases del cultivo se hacen ofrendas de *saka'* que se depositan en jícaras (*lek*) cada una de las cuales se coloca en dirección de uno de los puntos cardinales.

En algunas ceremonias, como en las ofrendas de *saka'* (al abrir la brecha, antes y después de la tumba, en el chapeo, para la siembra y después de la cosecha), se necesitan rezos que provienen del ritual católico. El sacristán de la iglesia local es una de las personas más solicitadas para cumplir esas funciones. En general, sin embargo, el ritual de la milpa es ajeno a la religión católica. Tiene sus propios seres sobrenaturales a los que se venera y suplica; posee sus fórmulas esotéricas que el oficiante —el *hmen*— es el único que conoce, y sólo de manera tangencial tiene contacto con los ritos católicos.

A veces, cuando sobra algún dinero del reunido para sufragar los gastos del *ch'a'chaak*, se paga un rosario; pero no es esto indispensable.

A pesar de que algunos ejidatarios manifiestan escepticismo en relación con las ceremonias mágico-religiosas conectadas con la milpa, prácticamente todos toman parte en ellas.

Conviene recalcar que todos los ritos se hacen en torno al maíz, aunque en la milpa se incluyan otros productos.

El rendimiento de la milpa puede calcularse a razón de una “carga”³¹ por “mecate”, lo que equivale a 1 050 kg por hectárea, en el mejor de los casos y tomando el peso de las mazorcas y no del grano.

El rendimiento de semilla (“pepita”) de calabaza es aproximadamente de 130 kg por hectárea, el de chile verde (*yaxiké*) a razón de 165 kg por “mecate”.

Se siembra además el frijol conocido como *x-pelon* que muchas veces se consume como ejote, el *tsama'*, frijol negro y grande, el *ib*, que es otra leguminosa parecida al frijol pero generalmente blanca, y varios tipos de chile.

De la milpa se obtienen algunos productos secundarios, como el cerco, que se aprovecha como leña o se vende. La mayor parte del producto se destina al consumo familiar. El maíz sólo se vende cuando hay sobrante o cuando se tiene una necesidad imperiosa de dinero y no hay otra forma de conseguirlo que vendiendo la semilla. Con el frijol se procede en igual forma. La semilla de calabaza se vende en parte; el resto se consume. La calabaza misma se usa como alimento para cerdos y también, en pequeña proporción, para la comida familiar. Los chiles son puestos a secar al sol

³¹ Una “carga” es igual a 12 almudes y cada almud equivale a 3.5 kg.

y se guardan; si se sembró mucho, se vende a los compradores de Izamal, pero dejando siempre una cantidad suficiente para cubrir las necesidades del hogar. Las formas de almacenamiento de estos productos se describieron en otra parte de este trabajo.

El tercer complejo de actividades agrícolas corresponde al “solar”, esto es, a la explotación de la parte posterior del lote urbano (véase la figura 2 de la pág. 113).

A primera vista esa sección del solar parece “monte” común. Si se mira con más detalle se encuentra que hay dispersas muchas especies botánicas de utilidad para la economía y para la alimentación familiar. Una lista de tales productos abarcaría: maíz en pequeña cantidad, calabazas, chinas (naranjas dulces) y naranjas (agrias), plátanos, chiles de distintos tipos, achiote (*кuxiúp*), “ibes” y “espelón” (*x-pelon*), papaya, chaya, jícara, mango, chicozapote, guayas, ciruelas, cebollas, una cantidad variable de yerbas medicinales, algunas plantas de henequén y de “guano”, yerbas aromáticas, limones y ciertas flores.

Salvo contados casos, no hay propiamente cultivo de estos productos. Con frecuencia se ven los frutos ya pasados colgando todavía de las ramas porque —explican los dueños— “ya pasó la época”. Sólo un individuo en el pueblo tenía un cultivo con el fin premeditado de vender; se trataba de un sembradío de papaya y el propietario incluso pagaba a un peón quien desyerbara y regara. El único trabajo que se hace en el solar es el chapeo, dos veces al año, de tipo *paito pake*, que corre a cargo del hombre.

El trabajo en el solar tiene un carácter familiar más acentuado que el de la milpa o el ejido. La recolección de produc-

tos la hace la mujer o el hombre, indistintamente; aun los niños participan en las tareas conectadas con la producción del solar.

El mismo mundo mágico que rodea a la agricultura milpera puede encontrarse en el trabajo del solar, aunque por su carácter familiar y por el hecho de que la producción no depende de las lluvias –cuando hay pozo dentro del lote–, el ritual es menos espectacular y más restringido. Existen prácticas mágicas para proteger los árboles frutales; hay otras, las “primicias”, con fuerte carga religiosa, que son formas de agradecimiento y reciprocidad para con las deidades que hicieron posible la cosecha. Dentro de ese orden de pensamiento el agricultor acata las prohibiciones de comer determinados alimentos cuando cultiva ciertos productos, como se describió.

En su mayoría los frutos del solar se destinan al consumo doméstico. Las frutas se comen cuando las hay (salvo la naranja agria, que sólo se emplea como condimento en algunos platillos y que con más frecuencia se usa como “desinfectante” para las aves, o para lavar jícaras, o para comida de los cerdos, algunos de los cuales “no aprenden a comerla”). El guano y la palma se venden en pequeña escala o se emplean en reparaciones de los techos propios. Algunas especies forrajeras, como el “ramón”, se venden cuando no se posee ganado. Las yerbas aromáticas y las medicinales se cortan conforme va siendo necesario. El maíz y las leguminosas del solar generalmente no se venden.

Además de la explotación agrícola, el solar cumple otras funciones económicas no menos importantes, pues en él viven los cerdos, las gallinas y los guajolotes que comúnmente forman parte del patrimonio familiar. La convivencia de ani-

males domésticos y sembradíos establece algunas formas de condicionamiento en cuanto a los cultivos que pueden prosperar y aquéllos que deben desaparecer. El maíz, por ejemplo, casi no se cultiva en el solar porque las gallinas destruyen la plantación; la naranja agria, en cambio, se produce en cantidades apreciables, a pesar de que la gente consume muy poca, porque se emplea para la alimentación y curación de aves domésticas, como ya se anotó.

Conviene sistematizar ciertas diferencias entre los tres niveles de actividad agrícola que se han descrito.

En primer término puede establecerse una división en función del destino de los productos cultivados: la cosecha ejidal, el henequén, es materia prima industrial y como tal se vende íntegramente al único comprador autorizado: El Banco Nacional de Crédito Ejidal. El ejidatario consume la fibra en mínima cantidad y la obtiene casi siempre de las plantas de su solar. El trabajo en el ejido se traduce en un ingreso semanal fijo y una cantidad variable —las utilidades— que se recibe tres o cuatro veces por año. En cambio, el maíz, producto principal de la milpa, se consume en su mayor parte dentro del ámbito familiar y sólo se vende en casos de emergencia, o cuando hay sobrante. Hay varios productos secundarios de la milpa que en mayor proporción se destinan al mercado, como el chile y la semilla de calabaza. El producto del solar es fundamentalmente para autoabastecimiento.

La cosecha de la milpa es aleatoria porque depende de la lluvia. El rendimiento del plantel ejidal fluctúa mucho menos y de hecho, a pesar de sus altas y bajas temporales, es la fuente más sólida de seguridad económica. Los riesgos de los sembradíos del solar son menores que los de la milpa

por la permanencia del suministro de agua; pero es una fuente de abastecimiento complementaria, que de ninguna manera es capaz, por sí sola, de satisfacer todas las necesidades de la familia, como podría serlo en último extremo el trabajo ejidal, que es el que liga a la comunidad de Sudzal con la economía monetaria.

Otra distinción de importancia se establece al considerar la organización del trabajo en cada uno de los casos. El cultivo del henequén requiere una organización de tipo industrial, tal como lo fue en las antiguas haciendas, o como lo es ahora en el ejido. Exige el concurso de la mayoría de los jefes de familia, permite una división de labores más especializada y obliga a cierta jerarquización. En la agricultura milpera, tal como ésta se realiza en Sudzal, las condiciones anteriores no existen. Se trata, fundamentalmente, de un trabajo masculino individual. Por su parte, el cultivo del solar tiene, como ya se señaló, un carácter más familiar que fácilmente permitiría lograr un mayor grado de especialización con base en una división del trabajo más rígida que la actual.

Una diferencia más podría señalarse en función del tipo de productos. El plantel sólo produce henequén; la milpa, fundamentalmente maíz y en menor escala frijol y chile (los tres forman la base de la alimentación local); el solar, en fin, no produce maíz en escala apreciable, pero sí otros ingredientes comunes en la dieta de Sudzal.

En el aspecto de recursos tecnológicos para cada nivel de actividad agrícola pueden mencionarse otras distinciones. En el cultivo del henequén no intervienen en absoluto los rituales mágico-religiosos y existe una clara diferenciación de espacios para cada etapa de la producción (planteles en crecimiento, otros en explotación y unos más con matas

recién trasplantadas); en la milpa tienen una gran importancia las ceremonias propiciatorias tradicionales y la división de la superficie para cada cultivo no está bien delimitada; en el solar y los ritos tienen un carácter individual y un tono menor y no existe en absoluto diferenciación de espacios.

Podría agregarse, para terminar, que los factores externos (las ligas trascendentes con el exterior) influyen de manera más directa e importante en los problemas ejidales; en tanto que las dificultades de la milpa y del solar, sin hallarse desligadas de una situación más amplia, encuentran sus causas inmediatas dentro de la propia comunidad.

En las boletas del último Censo Agrícola, Ganadero y Ejidal (1960) que el economista Jesús Bravo tuvo oportunidad de consultar (Espinoza y Bravo, 1960), había registradas 2 266 cabezas de ganado vacuno. De ellas, 206 pertenecían a ejidatarios (111 en total), en tanto que 2 060 eran propiedad de individuos no ejidatarios (32 en total); es decir, que éstos controlan el 91.15% del ganado. La distribución interna en cada uno de los dos grupos indica que de los 111 ejidatarios registrados, sólo 28 (el 25%) tienen ganado vacuno, en tanto que de los 32 no ejidatarios, 31 (el 97%) lo poseen. Estas cifras no son absolutas, pues cuando se consultaron las boletas el Censo todavía no estaba concluido; pero los 111 ejidatarios cuyos datos ya estaban asentados representan el 50% del total de socios con plenos derechos dentro de la Sociedad Local de Crédito y la situación que se desprende de estos datos puede considerarse ampliamente representativa.

Algunos de los pequeños propietarios tienen ranchos dentro de los límites municipales y en ellos pasta el ganado; otros, y todos los ejidatarios que poseen algunas reses, dejan

que éstas vaguen durante la mayor parte del año por el “monte” ejidal en busca de agua y alimento. En algunas casas de Sudzal hay corrales cercados por albarradas que tienen cabida para unos cuantos animales; en la mayoría de los solares, sin embargo, no hay lugar alguno para cobijar a las reses, que sólo durante la sequía llegan al pueblo, acicateadas por la sed.

Cuando se mata una res (durante las fiestas del pueblo, los días en que se liquidan las utilidades trimestrales del ejido y eventualmente algún fin de semana), el dueño del animal sale a buscarlo al monte y lo trae justo a tiempo para sacrificarlo, destazarlo e iniciar la venta.

Los ejidatarios que poseen poco ganado (dos, cinco, diez cabezas) tienen una idea muy vaga de donde están sus animales en un momento dado. Cuando a alguna res le aqueja una dolencia, el dueño se entera frecuentemente por alguno del pueblo que la vio por accidente cuando iba a “leñar” (cortar leña), a preparar su horno de cal o a cumplir su trabajo en el plantel. El abigeato no es práctica común y nadie parece intranquilo por la seguridad de los animales semisalvajes.

Este libre deambular del ganado afecta la producción henequenera y de la milpa, pues continuamente los animales saltan las albarradas de los planteles, o los cercos de las milpas y comen los hijuelos del henequén, mordisquean e inutilizan las pencas maduras y destrozan los sembradíos de maíz. En varias ocasiones esto ha dado lugar a violentos alegatos en las asambleas ejidales, donde los agricultores exigen la reparación de daños y piden que no se permita pastar al ganado en el monte ejidal. La contradicción entre los intereses de los incipientes ganaderos y los intereses de los agricultores parece haberse ahondado en los últimos tiempos, y los propietarios de rebaños se han organizado y están afiliados ya a la Unión

de Ganaderos que tiene su sede en Izamal. Los destrozos que hace el ganado en los municipios vecinos a Sudzal han producido conflictos aun más violentos.

El esporádico contacto entre el dueño y sus reses es un indicio del carácter particular que tiene la ganadería en esta comunidad: los productos lácteos no se explotan, el consumo de carne es bajo y proviene en buena parte de fuentes ajenas a los rebaños locales. Las dificultades para invertir esta situación y favorecer el aprovechamiento de los recursos ganaderos para la nutrición local son de varios órdenes. Las siguientes figuran entre las más importantes.

La pobreza del suelo mantiene una cubierta vegetal raquítica y de baja calidad como alimento para el ganado, de tal forma que se hace necesario disponer de grandes extensiones de tierra para mantener en buen estado un rebaño. La explotación ganadera a escala familiar tendría serias dificultades, tanto por la distancia que mediaría entre el poblado y la zona de pastura, cuanto porque las grandes extensiones de tierra aprovechables pertenecen al ejido, lo que establece una contradicción entre la forma de tenencia de la tierra y la del ganado.

La experiencia de las amas de casa de Sudzal les ha hecho ver que en las condiciones climáticas locales la leche no puede conservarse cruda por más de tres horas en los meses calurosos y cinco en los de temperatura templada. Ya hervida, la leche se conserva un poco más, pero la ausencia de sistemas de refrigeración impide que se mantenga en buen estado por mucho tiempo. Afirman varias señoras que si se introduce un trozo de hoja de palma de coco en la leche cruda, ésta tarda más tiempo en descomponerse. En todo caso, la dificultad de conservar la leche parece ser uno de los factores determinantes de su bajo consumo.

En la actualidad, la posesión de ganado significa para el sudzaleño una reserva económica de la que puede echar mano en situaciones difíciles, a la vez que un elemento de prestigio social. En el lenguaje diario, tener tantos o cuantos “ganados” (cabezas de ganado) es una fórmula que indica el nivel económico de un individuo y su estatus social correspondiente. Quizás por eso es en la posesión del ganado en la que con mayor frecuencia se manifiesta la separación de bienes dentro del matrimonio. Aun en cierta pareja en la que los cónyuges se manifestaban de acuerdo en considerar que la separación de bienes dentro de la familia era un factor negativo para su progreso, la mujer, en la práctica, excluía de esa consideración “sus” dos cabezas de ganado. El solar, la casa, el dinero, pueden ser “de los dos”; las reses con mucha frecuencia son “de él” o “de ella”.

La posesión de ganado como indicativa de poder económico está ligada a la transformación estructural que provocó el reparto agrario. Antes de la “libertad”, las diferencias económicas tenían como base principal la posesión de tierras: las grandes haciendas henequeneras hicieron surgir una clase poseedora, vecinada casi siempre en Mérida, que acumuló inmensas fortunas (Cf. Turner, 1955) y una clase desposeída formada en su mayor parte por peones acasillados. Con la reforma del sistema de tenencia de la tierra, las fuentes de riqueza de la clase poseedora debieron desplazarse hacia otros terrenos: la desfibración del henequén, las cordelerías, el comercio y la ganadería. Surgió así una nueva clase poseedora, con características diferentes a las que presentaban los hacendados. Esto en escala regional. A nivel de comunidad, los renglones favorecidos fueron especialmente los dos últimos.

El aspecto final por considerar dentro de los factores que limitan el consumo de la leche corresponde al campo ideoló-

gico. Son frecuentes las expresiones “la leche es para los niños” y “la leche es para los becerros”, que denotan una opinión generalizada sobre quiénes son los consumidores aceptados. Esas expresiones corresponden a la realidad: cuando la vaca tiene un becerro se le ordeña hasta los 2 o 3 meses; al cumplirse este periodo se suspende esa actividad por dos motivos: porque la leche entonces “ya no es buena” ni sienta bien a los niños y porque ha llegado el momento de soltar al becerro para que en el monte comience a comer yerba. La leche que se obtiene durante ese lapso puede venderse si la familia no la consume en absoluto o lo hace en cantidad tal que reste un sobrante. Esas semanas el becerro permanece en el solar y la vaca llega diariamente para amamantarlo. En otro capítulo de este trabajo se describen otras concepciones relativas al consumo de leche.

El ganado vacuno es la principal riqueza pecuaria del municipio. Se registraron en las boletas censales estudiadas (Espinoza y Bravo, 1960) 151 cabezas de ganado equino, de las cuales 106 (70.2%) pertenecían a 16 pequeños propietarios y el resto (29.8%) a 19 ejidatarios. En el pueblo se ven pocos caballos y éstos se emplean para transporte.

Al contrario de lo que sucede con la posesión de ganado vacuno y equino, la mayor parte de los cerdos y aves del municipio pertenecen a los ejidatarios. Según las boletas tantas veces mencionadas, el 90.2% del ganado porcino corresponde al 46% de los ejidatarios, y el 59% de las aves, al 71 % (Espinoza y Bravo, 1960); el resto de los animales son de pequeños propietarios. Estas cifras dan una idea clara de lo que puede observarse con sólo recorrer el pueblo: en la casi totalidad de las casas hay aves, sobre todo gallinas y guajo-

lotes³² y en muchas también hay cerdos. Esporádicamente se encuentran patos y conejos.

La atención que se presta a las aves es bastante similar, cualquiera que sea su número. Sólo una familia que posee casi un centenar de gallinas ha construido un local especial de mampostería con tela de alambre; el resto emplea gallineros más simples que consisten, unos, en un pequeño cercado cuadrangular de varas, sin puerta y casi siempre cubierto por un armazón del mismo material, y otros, mayores, también de varas y troncos pero con un muro de tela de alambre. En estos últimos hay manera de acomodar entre 20 y 25 aves, y tienen palos horizontales para que descansen en ellos; en los gallineros pequeños sólo caben 6 u 8 animales adultos. Estos locales se emplean durante la noche, porque en el día gallinas y guajolotes se desplazan con libertad por el solar, la casa y la calle. Algunas familias no tienen gallinero y las aves duermen en la cocina o en alguna de las casas.

Por la tarde, cuando la familia entera (salvo el padre) desgrana el maíz para el nixtamal, sentados todos afuera de la cocina, se arrojan puñados de grano a los animales que andan alrededor. El maíz es el alimento fundamental; sólo para los pollitos se compran productos industrializados especiales, y eso siempre que la economía familiar lo permita. Por lo demás, las aves picotean en el solar para complementar su dieta. Ya se dijo que la naranja se emplea con este fin.

³² Aunque sólo un 71% de los ejidatarios poseen aves, la existencia del patrón de residencia patrilocal durante los primeros años de vida matrimonial explica que prácticamente en todo hogar haya gallinas o guajolotes.

La producción diaria puede calcularse *grosso modo* a razón de un huevo por cada tres gallinas. La mayor parte de los huevos la consume la familia; cuando se venden, por regla general se hace directamente al consumidor, sin que intervenga el comerciante de oficio. La carne de las aves tampoco es objeto de comercio organizado.

La cantidad de guajolotes es menor que la de gallinas; no se observaron casos de venta ni de consumo, pero las amas de casa tienen presente el valor monetario que puede alcanzar una de estas aves.

El consumo de gallinas y guajolotes tiene cierto contexto ceremonial, en la medida en que no forman parte de la dieta rutinaria, sino que se reservan para ocasiones de significado especial para la familia o para la comunidad. Tales son, por ejemplo, los “días de santo”, matrimonios, bautizos, defunciones, “día de muertos”, “ochavarios” (convite que se hace 8 días después de una defunción) y todo tipo de aniversarios. El guajolote está más sujeto a esta categoría de alimento ceremonial, en tanto que la gallina se consume también sin motivo ritual, aunque no sea muy frecuente.

No se localizó ninguna construcción especial para alojar cerdos. Algunas personas aprovechan ciertas irregularidades del trazo de las albarradas para amontonar algunas piedras y formar así algo parecido a un corral; lo común es que los cerdos duerman a la intemperie.

El alimento que se da a los puercos es fundamentalmente maíz y calabaza. Ambos productos provienen de la milpa. La cosecha de calabaza tiene en su mayor parte este destino, salvo la “pepita”, que se seca al sol y se consume o se vende porque forma parte de varios platillos regionales.

La posesión de cerdos es una fuente de seguridad económica para la familia. La venta de uno o dos animales permite sortear situaciones difíciles. Muchas veces, al nacer el cerdo, el dueño ya tiene precisado que va a hacer con el dinero que reciba cuando lo venda, 6 o 7 meses después. Es posible que un cálculo exacto llegara a demostrar en muchos casos que el costo de manutención del animal es superior al precio en que se vende; incluso algunos ejidatarios afirman que así es, pero arguyen que las calabazas y el maíz “no les cuestan”, en tanto que la venta del cerdo significa dinero constante y sonante. “Uno no podría ahorrar los \$200.00 que vale un cochino –decía un informante– porque nunca faltaría en qué gastar los centavos; si engordamos al animal, estamos ahorrando a fuerza”. El mercado para los puercos es la ciudad de Izamal.

La carne de cerdo salada se expende regularmente en dos de las tres tiendas de Sudzal. No es de producción local sino surtida en Izamal. Los dueños de los cerdos no ven costeable matar en el pueblo porque el mercado es demasiado corto y no disponen de sistemas de refrigeración que permitirían conservar la carne e irla vendiendo al ritmo en que se consume actualmente.

Una de las actividades agropecuarias de alto rendimiento económico que se practica en Sudzal es la cría de abejas para la obtención y posterior venta de la miel. Con 60 enjambres un comerciante logró en 1960 seis tambores de miel, que se cotizan a un promedio de \$500.00 cada uno.

El número de enjambres consignados en las tantas veces citadas boletas del último Censo Agrícola, Ganadero y Ejidal, era de 698, todos en posesión de 13 pequeños propietarios.

Hay algunos casos de ejidatarios que tienen enjambres (“cajones”) en corto número; pero en su mayor parte sólo el cuidado de las abejas ajenas está abierto para la inmensa mayoría de la población.

La apicultura exige conocimientos especializados y una constante atención. La inversión inicial puede perderse en poco tiempo por un descuido en cualquiera de las fases del trabajo. Una de las limitaciones que señalan los apicultores de Sudzal para el desarrollo de la explotación es que la cantidad y ubicación de las floraciones que consumen las abejas son bastante aleatorias. Existe una planta silvestre, el *tab*, (romerillo de la costa), que es muy común en las milpas y cuya flor es de gran rendimiento melífero, pero que siempre se corta durante el chapeo. Un agricultor ha cuidado de conservar el *tab* en su milpa, aún a riesgo de que el chapeo sea deficiente, con el fin de asegurar, en esta forma la materia prima para la producción de la colmena.³³

Existe en Mérida una Unión de Crédito Apícola a la cual está afiliado por lo menos uno de los propietarios de enjambres de Sudzal; la Unión le proporcionó amplio crédito para iniciar su producción.

Además de la apicultura comercial existe la que podría llamarse apicultura “tradicional”. La primera explota la abeja conocida como “americana” y la segunda dos variedades de abeja silvestre: la *k'axkab* y la *ko'lelab*. Hace algunos años la preparación del *balche* exigía el empleo de miel de *ko'lelab*;

³³ En una amable comunicación personal, el profesor Alfredo Barrera hizo saber al autor de este trabajo que los tallos secos del *tab* se empleaban en haces como antorchas y que en la actualidad se usan para pie de los cohetes “voladores”.

pero en la actualidad, como antes se mencionó, se usa la de abeja “americana”, o incluso el azúcar común. La apicultura tradicional se practica en escala muy reducida y de manera esporádica, en buena parte porque no se conocen formas para que las abejas silvestres construyan sus colmenas en marcos artificiales, única manera de poder controlar e incrementar la producción. Todos los informantes coincidieron en afirmar que la miel de las abejas silvestres es de mejor sabor que la de la abeja “americana”.

Un hábitat tan hostil como el de la planicie yucateca no es pródigo en bienes naturales que estén al alcance de la mano. El monte chaparro que rodea al pueblo no ofrece muchos frutos silvestres comestibles ni abunda en especies animales alimenticias. El faisán y el venado pasaron a la leyenda. Topar con un pavo de monte o con un venado es hazaña que, por rara, da para meses de comentarios en Sudzal. Las más de las veces, el improvisado cazador regresa con el “sabucán” vacío; cuando hay suerte, trae algunas codornices.

Generalmente los domingos se organizan pequeños grupos para salir a probar fortuna en la cacería. Cada vez deben alejarse más del pueblo si en verdad esperan conseguir algo. Existen ciertas reglas para la distribución de las piezas cobradas entre los participantes: quien tira el animal conserva la mayor parte de la carne, en tanto que los demás reciben el *p'uub* que en el caso del venado es una pata delantera y una trasera.

El monte es fuente de todo el combustible empleado para la preparación de alimentos. Diariamente, o cada tercer día, algún miembro de la familia se interna para buscar ramas secas con las cuales encenderán la candela. También del

monte se traen los troncos y los “rollizos” para levantar los muros de una nueva casa. Con mucha fortuna, quien anda por el monte podrá toparse con un avispero silvestre y entonces obtendrá su miel. Algunas mujeres acostumbran recolectar yerbas medicinales en los alrededores del poblado.

V. EL SISTEMA DE COMERCIO LOCAL

Para completar el cuadro de la disponibilidad de alimentos iniciado en el capítulo anterior, se estudian en éste las distintas formas de intercambio. De los datos consignados sobre la estructura de su producción se desprende que hay un renglón de productos destinados al autoabastecimiento familiar y otro que entra a formar parte de la economía monetaria. Para analizar el comercio de alimentos es necesario, por tanto, estudiar la cuantía y composición del ingreso, la distribución y destino de los egresos, las características básicas del sistema comercial y las formas de intercambio.

Sin duda alguna el renglón más importante del ingreso para la mayoría de las familias sudzaleñas es el anticipo que semanalmente reciben del Banco de Crédito Ejidal. Como las tareas de chapeo y corte son las que ocupan al mayor número de socios, puede calcularse entre \$24 y \$48.60 el ingreso semanal básico proveniente del ejido. En algunas semanas un porcentaje reducido de trabajadores tienen oportunidad de hacer labores extras, que les reporta un corto aumento en su salario.

Además del ejido existen otras fuentes de ingreso. Ya se mencionó el trabajo en planteles de propiedad privada y en las plantas desfibradoras. Hay otras a las que dedican parte de su tiempo algunos ejidatarios.

Unas son esporádicas, como la elaboración de carbón vegetal, la manufactura de hamacas, la albañilería y la preparación de cal; esta última, además, requiere una considerable inversión inicial. Otras son más o menos permanentes, como la peluquería, pero dan poca ganancia. El resto de las actividades no agrícolas (como la perforación de pozos y la extracción del *zazcab*, que es un material cimentante empleado en construcción) son ejercidas por personas ajenas al ejido, sobre todo por comerciantes. Ninguna de las mencionadas es para nadie la ocupación principal.

De acuerdo con los datos anteriores y con una encuesta hecha por los economistas del Programa (Espinoza y Bravo, 1960) puede calcularse que el ingreso promedio semanal de las familias de ejidatarios varía entre \$35 y \$60.

Éste debe tomarse como un ingreso regular, pues no entran en el cálculo las utilidades trimestrales, ni el producto de actividades esporádicas, ni la venta, esporádica también, de animales o de parte de la cosecha milpera.

Los resultados de una encuesta sobre distribución del gasto en alimentación, que se realizó durante una semana con 9 familias de ejidatarios seleccionadas al azar, se resumen en los cuadros 3 y 4. En el primero puede apreciarse el carácter cíclico de las compras de alimentos. El 60% del valor total de las compras corresponde a las hechas en sábado y domingo. Esto se debe a que el sábado es el día en que se pagan los anticipos. La familia número 8, única que escapa a esta regla, celebró el jueves 23 el onomástico del ama de casa. La familia número 5 conmemoró el domingo 26 el "ochavario" de la muerte del abuelo paterno y hubo que comprar una gallina y un guajolote. Como se ve, los dos casos en que el gasto fue mayor corresponden a situaciones atípicas.

CUADRO 3

COMPRAS DE ALIMENTOS HECHAS POR 9 FAMILIAS DE SUDZAL, YUC.,
DURANTE LA SEMANA DEL 20 AL 26 DE FEBRERO DE 1961

(En pesos)

| <i>Día</i> | <i>Fam.</i> 1 | <i>Fam.</i> 2 | <i>Fam.</i> 3 | <i>Fam.</i> 4 | <i>Fam.</i> 5 | <i>Fam.</i> 6 | <i>Fam.</i> 7 | <i>Fam.</i> 8 | <i>Fam.</i> 9 | <i>Totales</i> | <i>%</i> |
|------------|------------------|------------------|------------------|------------------|------------------|------------------|------------------|------------------|------------------|----------------|----------|
| Lunes | 1.7 | 2.35 | 0.20 | 4.95 | 0.70 | 1.85 | 0.20 | 8.30 | 3.55 | 23.80 | 4.6 |
| Martes | 5.80 | 12.15 | 0.70 | 1.35 | 3.95 | 3.00 | 2.30 | 11.20 | 5.95 | 46.40 | 9.0 |
| Miércoles | 7.00 | 2.95 | 0.20 | 0.40 | 3.70 | 4.55 | 0.35 | 19.45 | 2.65 | 41.25 | 8.1 |
| Jueves | 7.80 | 3.15 | 0.20 | 3.10 | 2.00 | 1.85 | 1.90 | 30.10 | 3.45 | 53.55 | 10.5 |
| Viernes | 4.95 | 13.40 | 0.20 | 5.45 | 1.95 | 2.05 | 1.30 | 7.15 | 4.00 | 40.45 | 7.9 |
| Sábado | 9.00 | 7.15 | 3.20 | 28.90 | 35.10 | 1.75 | 25.20 | 3.70 | 6.00 | 120.00 | 23.5 |
| Domingo | 12.50 | 6.05 | 45.20 | 21.35 | 39.90 | 17.35 | 1.35 | 7.65 | 33.65 | 185.00 | 36.4 |
| Totales | 48.75 | 47.20 | 49.90 | 65.50 | 87.30 | 32.40 | 32.60 | 87.55 | 59.25 | 510.45 | 100.00 |

El promedio de gasto semanal en alimentación resulta de \$56.75; al compararlo con el ingreso medio se pone en evidencia que los ejidatarios de Sudzal gastan la mayor parte de sus ingresos regulares en la alimentación. La inyección monetaria que semanalmente recibe la comunidad por los anticipos del Banco de Crédito Ejidal, en pocas horas pasa casi íntegra a las manos del ínfimo número de comerciantes establecidos en el pueblo.

En el cuadro 4 se indican los renglones en que se distribuyó el gasto para la alimentación. Dos grupos (el 1 y el 11) componen más del 50% del valor total de las compras. En el renglón de “cereales y sus derivados” el maíz significa el 52% del total. Debe tomarse en cuenta que el estudio se hizo durante el mes de febrero, cuando muchas familias han agotado las reservas de su cosecha milpera. El 40% del gasto en “carne, huevo y sus derivados” lo compone la compra de aves; este renglón debe considerarse inflado por la presencia de los dos casos de gasto ceremonial que antes se mencionaron. El valor total de las compras de “leche y sus derivados” corresponde a la adquisición de leche en polvo que compraron tres familias con niños lactantes. En el grupo 11, el fríjol representa el 65% y el chocolate el 30% de la suma total. En el último renglón, “bebidas”, se consignaron sólo las consumidas en casa.³⁴

Con objeto de presentar un cuadro más vívido, he aquí la descripción sucinta de un caso concreto: el señor P. C. es chapeador. Con la tarifa actual gana \$24 semanales por el chapeo de seis mecates. Cuando le es posible hace algún tra-

³⁴ La técnica empleada en la encuesta se describe en el Apéndice B. Metodología.

CUADRO 4

AUMENTOS COMPRADOS POR 9 FAMILIAS EN SUDZAL, YUC.,
DURANTE LA SEMANA DEL 20 AL 26 DE FEBRERO DE 1961

(*Por grupos de alimentos*)

| <i>Grupos de alimentos</i> | <i>Valor total de las compras</i> | <i>%</i> |
|-------------------------------|-----------------------------------|----------|
| I. Cereales y sus derivados | 153.65 | 30.1 |
| II. Leguminosas y oleaginosas | 85.75 | 16.8 |
| III. Carne, huevo y derivados | 106.20 | 20.8 |
| IV. Leche y sus derivados | 25.00 | 4.9 |
| V. Verduras | 24.00 | 4.7 |
| VI. Frutas | 6.65 | 1.3 |
| VII. Grasas y azúcares | 62.30 | 12.2 |
| VIII. Condimentos | 9.20 | 1.8 |
| IX. Bebidas | 37.70 | 7.4 |
| Totales | 510.54 | 100.0 |

bajo extra en el plantel para ganar 10 o 12 pesos más; en otras ocasiones busca una jornada en la planta desfibradora. En resumen, sus ingresos rara semana montan más de \$35. Con esa suma compra al contado 18 pesos de alimentos: azúcar, fríjol, cebolla, lenteja, arroz, fideos, manteca, sal, avena y chocolate, además de jabón y un polvo detergente (llamado “azul”) que también se usa para lavar. Diariamente, durante el resto de la semana, compra pan o galletas en cantidad que decrece conforme se acerca el sábado siguiente. Los primeros días hacen tres comidas, aunque en una

sólo toman chocolate con agua y algo de pan; después dos y no es raro el fin de semana en que comen una vez al día. P. C. tiene esposa y tres hijas (de 9, 7 y 6 años de edad). Su mujer tiene dos hijos mayores, producto de su anterior unión, que no viven con ellos; el mayor trabaja ya —tiene 13 años— y ayuda a su madre con \$3 semanales. La familia posee 25 gallinas, pero la producción diaria es de 2 o 3 huevos, que consumen a veces y a veces venden. P. C. tiene milpa y de ella obtiene el maíz para la mayor parte del año; sin embargo, cuando hay urgencia de dinero vende maíz en una tienda local y allí mismo lo compra cuando se le agota, sólo que recibe \$2 por cada almud y lo debe pagar a \$2.80. Generalmente comen carne dos veces por semana: el domingo medio kilo de res (para el “puchero”, platillo típicamente dominical) y el lunes igual cantidad de cerdo (para el también típico “fríjol con puercu”).

La liquidación periódica de utilidades del ejido tiene varios destinos: pago de deudas contraídas por enfermedad o por otro motivo similar,³⁵ compra de enseres domésticos, arreglo de la casa, adquisición de instrumentos de trabajo, o en fin, se invierte en el consumo suntuario ceremonial (bautizo, regalos al futuro padrino, aniversarios luctuosos, matrimonio, fiestas comunales, etc.). De hecho, estos ingresos cuentan poco como recursos para la alimentación.

³⁵ Los ejidatarios recurren a los usureros de Izamal para conseguir préstamos. El interés que acostumbran cobrarles es del 8% mensual aceptando como garantía un compromiso de venta del promedio urbano. Uno de los informantes había pagado en dos años más de mil pesos de intereses por una deuda de \$300 y debía todavía casi \$500.

La mayoría de las familias de Sudzal se surten en las tiendas locales de los productos alimenticios que no producen. Sólo cuando por algún motivo viajan a Izamal o a Mérida y disponen de dinero (ambas cosas suceden muy rara vez), hacen algunas compras de comestibles en esos lugares, donde los precios son más bajos. El sistema de crédito que prevalece en el comercio del pueblo parece ser un motivo importante para que las compras se concentren allí. Las tres tiendas aceptan postergar el cobro de las compras hasta el sábado o domingo. En muchos casos el cliente está imposibilitado de cubrir su adeudo y entonces debe buscar que le fíen en otra tienda. De todas formas, la derrama semanal de dinero que hace el ejido la acaparan en su mayor parte los comerciantes: es dinero ya gastado en los 6 días anteriores al pago.

La más importante de las tiendas es a la vez la más antigua. Tiene anexa una cantina. Otra tienda se estableció hace unos 5 años y también expende bebidas alcohólicas. La tercera es la única que no vende licor y funciona desde hace 3 años. Esta última tiene el sistema de crédito más restringido.

Las tiendas se abastecen en Mérida e Izamal. Los precios en Izamal son más altos, pero se compensan parcialmente por el menor flete. Por otra parte, es más fácil conseguir crédito con los comerciantes de esa ciudad que con los de la capital. Las compras se hacen cada semana.

Los productos alimenticios que registran mayores ventas son: azúcar, frijol, galletas, manteca, cebolla, sal y arroz. Dos de las tiendas venden regularmente carne de cerdo traída de Izamal que los mismos comerciantes salan. Como es lógico suponer, el volumen de ventas de determinados productos varía según la época del año.

Las dos tiendas más grandes pueden considerarse bien surtidas. En ellas se encuentra desde avena, pastas y harina de trigo, hasta quesos, dulces y latería de producción nacional.

No fue posible obtener cifras completas y fidedignas sobre el movimiento regular de las ventas. El único dato recabado es que la tienda con menor venta de alimentos manejó a crédito durante una semana, por ese concepto, poco más de \$600.

Los datos sobre venta semanal de licores arrojan los siguientes resultados: 25 cajas de cerveza, 12 botellas grandes y 60 o 70 “cuartitas” (botellas de aproximadamente un cuarto de litro) de rones y habaneros. Un cálculo grueso sobre la base de los precios a que se venden estos productos hace un total aproximado de mil quinientos pesos. Las mayores ventas son también los sábados y domingos.

No se investigó la forma en que se distribuyen los clientes en las tiendas que existen. Por lo que toca a la venta de bebidas alcohólicas, lo regular es que el grupo de bebedores esté algún tiempo en una cantina y pase después a la otra, repitiendo este ciclo varias veces durante la noche. Hay también clientes habituales de una u otra piquera.

El molino de nixtamal está menos sujeto al ciclo semanal de ventas. Todas las mañanas, desde muy temprano hasta bien entrado el día, se ve a las mujeres o a las niñas esperando su turno. Raramente se compra la masa; lo común es llevar a moler el nixtamal que la familia prepara la tarde anterior. Por moler un “cuartillo” (igual a medio almud, 1 750 gr) se cobran 15 centavos.

El último comercio de alimentos es la panadería. Los dueños aprendieron la técnica de Izamal y han entrenado a un muchacho del pueblo para que los ayude. Se elaboran los tipos de pan más apreciados: los bizcochos y el “francés”

(pan blanco). La harina se compra en Campeche, donde hay un distribuidor que ofrece mejores precios que los de Mérida. Las piezas cuestan 5 y 10 ¢. Algunas familias de comerciantes prefieren el pan de Izamal y lo encargan con los choferes que hacen el servicio de transporte.

Los momentos más importantes del ciclo de vida de todo individuo están enfatizados con la participación en ceremonias especiales. Algunas de ellas implican el intercambio de productos alimenticios, u ofrecimiento de viandas especiales a los asistentes. Tal es, por ejemplo, el caso del bautizo. Para obtener la anuencia del futuro padrino para fungir como tal, los padres del niño han de llevarle con anticipación un regalo que consiste en uno y a veces dos guajolotes. El padrino, en cambio, costea los gastos de la fiesta para la que generalmente se preparan platillos diferentes a los del menú diario y común. El procedimiento con el padrino de *betsmek'* es el mismo; pero en este caso no se corresponde con una fiesta sino con un regalo al ahijado (una cantidad de dinero en efectivo, un animal, etcétera).

Como se indicó, cuando un joven quiere casarse, sus padres acuden a pedir la mano de la muchacha provistos de regular cantidad de víveres, ropa y licores que obsequian a ella y a sus padres.

El matrimonio se celebra con una fiesta costeadada por el contrayente, en la que se come y bebe en abundancia. Un matrimonio normalmente cuesta de \$1 500 a \$3 000, entre la compra del equipo doméstico indispensable, la ceremonia y la fiesta misma.

Los “días de santo” y los cumpleaños también se celebran con reuniones en las que los invitados comen a costa de los

anfitriones. La abundancia del convite depende de la situación económica de cada familia.

Cuando muere alguien los deudos cargan con los gastos de alimentación y alcoholización de quienes, jugando y riendo, los acompañan durante el velorio. Y a más de eso deben sufragar iguales gastos en las conmemoraciones de rigor: a los 3 días, a los 8 (el “ochavario”), a las 7 semanas, a los 6 meses y después cada año. Por si no fuera bastante, a todos los difuntos se les recuerda los días 1 y 2 de noviembre, de acuerdo con el calendario ritual católico; para esas fechas hay platillos tradicionales insustituibles: el “relleno negro” en algunas familias y el “mucbi-pollo” o *pibimah* en la mayoría. Este último es un platillo casi exclusivo de tales ocasiones. En esos días se colocan los alimentos sobre un altar casero, como ofrenda a los difuntos, y después se los comen los vivos, tanto los de casa como los invitados.

Cuando una familia hace una “promesa” para recibir algún beneficio divino, la paga comúnmente con una “novena”, serie de rosarios rezados en casa a los que asisten amigos, parientes y vecinos, que siempre esperan comer algo después de las plegarias.

Las fiestas del pueblo, que se celebran entre el 7 y el 15 de agosto, son pródigas en invitaciones para comer y beber. Cada día hay una procesión por el pueblo en la que se llevan imágenes religiosas; el recorrido culmina en la casa que recibe al santo con gran fiesta Y comilona para todos los participantes, costeadas por cada uno de los “gremios” de Sudzal.³⁶

También se organiza un baile 8 días después de terminado el Carnaval (la “octava de Carnaval”). Alrededor del “cuartel”,

³⁶ En relación con los “gremios”, véase el capítulo siguiente.

que es donde está la música y la pista de baile, se colocan comercios ambulantes, algunos de los cuales expenden alimentos.

Otras ocasiones de comidas sociales son las que corresponden al *ch'a'cbaak*, ya descrita, ya las “primicias” de la cosecha, cuando se prepara el “atole nuevo” y el *Pibilnal* (elote tierno cocido bajo tierra).

En la rutina diaria, al margen de las grandes ocasiones, el intercambio de alimentos se reduce a que eventualmente una familia dispone de dinero sobrante y prepara algún platillo excepcional, del cual convida a sus familiares o amigos. Tal convite se traduce en puntos buenos para el prestigio social de la familia. Lo mismo sucede cuando hay fortuna en la cacería y se logra cobrar una buena pieza comestible.

VI. ESTRATIFICACIÓN Y ORGANIZACIÓN SOCIAL

En este capítulo se pasará revista a algunos procesos de cambio que están ocurriendo en las bases de la estratificación social, en las formas de organización política y religiosa y en el sistema de autoridad, sobre todo autoridad pública. Se considera que tal examen resulta útil para el Programa por cuanto puede aportar datos significativos en torno a los recursos de organización aprovechables y a los sectores con intereses contradictorios, algunos de los cuales serán necesariamente opuestos a la realización de ciertas promociones del Instituto Nacional de la Nutrición.

Del examen de la producción y del comercio es posible desprender algunas consideraciones sobre la estratificación económica y ligar ésta con otras divisiones sociales que se basan en criterios diferentes.

Los dos grupos fundamentales que ha creado la estructura económica prevaeciente son:

- 1) LOS EJIDATARIOS que obtienen su ingreso básico del trabajo en el plantel ejidal y lo complementan con ocupaciones secundarias al servicio de pequeños propietarios, o con una raquíca producción artesanal, o en fin, desempeñando algunos oficios.
- 2) LOS NO EJIDATARIOS, que controlan el comercio local, la ganadería, la apicultura y algunos servicios públicos como los transportes; en otras palabras, el grupo minoritario que

posee los renglones más productivos de la actividad económica, fuera del henequén. Las desfibradoras, algunos rebaños y apiarios, son propiedad privada de gente que no vive en Sudzal. Entre los que sí habitan en la localidad hay varios que formalmente pertenecen a la Sociedad Local Colectiva de Crédito Ejidal y por lo tanto son ejidatarios; pero ninguno de ellos trabaja ya en la producción ejidal ni recibe directamente participación alguna en las utilidades.

Hay un pequeño número de familias que no caben estrictamente en ninguno de los dos grupos. Son por ejemplo, los maestros de la escuela y algunos empleados de mostrador de los comercios. Por la cuantía de sus ingresos, estos últimos se equiparan con los ejidatarios, en tanto que los dos maestros perciben sueldos muy superiores, pero de ninguna manera se igualan con las ganancias que registran los del grupo no ejidatario.

Las diferencias en el nivel de vida son sensibles: la mayoría de los ejidatarios viven en casas de palma, y los propietarios habitan en construcciones de mampostería, aunque en ciertos casos conserven en el solar algunas chozas que destinan a usos diversos. El equipo doméstico es mucho más abundante y variado en las casas de los no ejidatarios, e incluye muebles de fabricación industrial que muy rara vez se hallan en el hogar del ejidatario común. Las familias de los propietarios, en conjunto, tienen un radio de acción incomparablemente más grande que el de los ejidatarios; se desplazan con relativa frecuencia a Mérida y algunos tienen casa allá.³⁷

³⁷ Los que conocen la ciudad de México probablemente no sumen ni una docena. La mayoría son ejidatarios que trataron de contratarse como braceros.

La división fundamental entre ejidatarios y no ejidatarios no corresponde estrictamente a otras divisiones que se reconocen en el pueblo. Entre éstas, la más importante se establece entre los “mestizos” y la “gente de vestido”, que se expresa por el empleo de indumentaria de tipo urbano frente al vestido tradicional. Redfield (1944) señala que en Yucatán los que pertenecían a la clase inferior “se distinguían claramente en tiempos anteriores por un vestido local distintivo” e indica que usaban esa indumentaria gentes mezcladas de “blanco” e “indio”, motivo por el cual se les llamaba mestizos, que es el nombre que todavía se emplea.³⁸

La “mestiza” lleva huipil, prenda típica de la región, hecho de manta blanca y generalmente bordado en hilo de color con motivos florales. La “de vestido”, también llamada “catrina”, usa indumentaria de corte occidental, en tela de colores. Una y otra pueden andar descalzas, o llevar sandalias o zapatos; pero entre las “catrinas” es más frecuente el uso de estos últimos. Además, se espera que una “mestiza” lleve su cabello trenzado y anudado en la parte posterior del cráneo, en tanto que un catrina puede rizárselo y peinarlo en otra forma.

En el hombre se ha perdido casi por completo la indumentaria tradicional del “mestizo” y sólo algunos ancianos la portan: calzón blanco, generalmente enrollado hasta la rodilla, camisa de manta blanca también, con cuello redondo y recortado, mandil azul; sandalias y sombrero de palma con alas anchas. En la actualidad los “mestizos” se distinguen de los

³⁸ La mezcla a la que Redfield se refiere no es racial sino cultural. Un análisis más detallado del cambio de indumentaria en Yucatán puede encontrarse en otra obra del mismo autor: Redfield, 1946b.

“de vestido” porque no usan zapatos; pero su atavío es similar en el corte, aunque con frecuencia más corriente en el material: pantalón y camisa, ambos de manufactura industrial. Si usan sombrero, es de palma pero imitando la forma del europeo.

La pertenencia a uno de estos grupos puede alterarse durante el curso de la vida. Los padres “mestizos” pueden “vestir” a sus hijos; el hombre puede “vestir” a su mujer; un joven puede decidir volverse “de vestido” y hacerlo así, viéndose expuesto, en el peor de los casos, a ser objeto de burlas y bromas por parte de sus conocidos.³⁹ Todos los casos de re-vestidos (ese término no se usa en Sudzal) de que se tuvo noticia fueron para dejar de ser “mestizos”; el cambio en sentido contrario no se registró. Sin embargo, algunas personas “se visten” sólo cuando van fuera del pueblo. Un caso es el del señor A. C. que en Mérida usa zapatos para andar por la ciudad; pero cuando asiste al hospital “de henequeneros” del cual es consejero, lleva sandalias o va descalzo, lo mismo que en el pueblo. La gente interpreta esta actitud como un deseo de identificarse con los ejidatarios.

Toda la gente “de vestido” en Sudzal habla español, con la sola excepción de algunos niños que antes de ir a la escuela únicamente conocen el maya, la lengua familiar.

Las mujeres de los comerciantes y de los demás propietarios del pueblo son con frecuencia “catrinas”, aunque hay en esto bastantes excepciones. En el caso de los hombres, los “de vestido” también son proporcionalmente más numerosos entre los no ejidatarios.

³⁹ Sobre los mecanismos del cambio en la indumentaria véase Julio de la Fuente, 1958.

Otra división se establece entre el macehual y el que no lo es. El macehual, en palabras de un informante, “es el muy indio” y puede identificarse por su apellido maya en contraste con el apellido europeo de los que no pertenecen a este grupo. La importancia de esta división tiende a decrecer; aun en fecha reciente una madre se opuso con tenacidad al matrimonio de su hija porque el presunto yerno era macehual, y son varios los casos de gente que ha castellanizado su apellido maya, aunque en su nueva forma sólo lo usen fuera del pueblo.⁴⁰

Podría anotarse, por último, que de manera eventual se hace mención a la gente “de la plaza”, como diferente de los que viven fuera de esa zona. También se les llama “gente principal”. Como Redfield (1944) ha señalado, esta división existía durante la Colonia. En la actualidad todavía puede considerarse vigente ese patrón de localización: los comerciantes y otras personas destacadas viven en su mayor parte en las casas que rodean a la plaza o en las calles inmediatas, en tanto que las zonas periféricas están habitadas por los ejidatarios del común. Sin embargo, hay también en este caso muchas excepciones.

Las características de la estratificación social pueden esquematizarse de la siguiente manera: los criterios tradicionales basados en la indumentaria y en el origen del apellido van siendo sustituidos por otro que divide a la población en

⁴⁰ Pudieron identificarse dos formas de castellanización del apellido: la traducción, como en el caso de Ek que se transforma en Estrella, y la adopción de una fonética castellana aprovechando la palabra original como Cel y Camal que pasan a Celis y Escalante respectivamente.

“ricos” y “pobres”, y que tiene como base se la estructura de la producción y del comercio locales. Se dice con más frecuencia “nosotros somos pobres” que “nosotros somos ‘mestizos’”. El origen del apellido tiene poca importancia, aunque la solidaridad de la familia extensa se manifiesta todavía en expresiones tales como “Tengo que ayudarlo, él también es Acosta” y en la visible preferencia que tienen las personas con autoridad por rodearse de familiares en los puestos inmediatos. Aunque el grupo de mayor rango socio económico continúa viviendo en las inmediaciones de la plaza central, ya no es común escuchar referencias a “los de la plaza”.

El eje de la organización económica de Sudzal es, como se indicó en el capítulo IV, el ejido. A pesar de su corta existencia ha transformado profundamente una serie de aspectos de la vida social. Su influencia no se constriñe al ámbito de la economía, sino que abarca otras esferas. Una de las más importantes es la que se refiere al poder político.

La importancia de la autoridad municipal, en efecto, está sensiblemente afectada por la expansión de las actividades de la Sociedad Local de Crédito. El motivo central de este desplazamiento debe buscarse en la diferencia de recursos económicos con que cuentan una y otra institución. Los magros fondos del municipio no dejan margen alguno para la realización de obras públicas. Esa situación de ninguna forma es privativa de Sudzal o de los municipios yucatecos; es lastre común en todo el país y uno de los factores más importantes entre los que nulifican en la práctica la existencia legal del “municipio libre”. Tradicionalmente, en el área maya peninsular se recurre a una forma de trabajo comunal (la fajina) que permite disponer de la mano de obra necesaria para las

labores de beneficio colectivo. En las grandes haciendas porfirianas la fajina se utilizó como un instrumento más para explotar al peón (Cf.: Turner, 1955), obligándolo a trabajar gratuitamente en tareas que sólo aprovechaba el patrón. Los ejidatarios de Sudzal, en una asamblea general realizada hace unos 4 o 5 años, adujeron precisamente que se trataba de una reminiscencia de “la esclavitud” y votaron su abolición. Desde entonces los trabajos de mejoramiento comunal se financian con una parte de la global que recibe como dividendos la Sociedad Local de Crédito. Cada tres meses, en una asamblea, se decide cuánto dinero se destinará y a cuáles obras. Con ese sistema se hizo la reparación de la capilla, se construyó el “cuartel”, se cubrió la aportación municipal para la construcción de la carretera, se instaló el alumbrado eléctrico y se estaba edificando el local de una nueva escuela.⁴¹

Aunque algunas de las tareas mencionadas se adjudican formalmente al municipio, resulta claro que las autoridades ejidales desempeñan un papel importante en la dirección de los trabajos. Las autoridades políticas locales pasan a ocupar una situación de dependencia, de cierta subordinación, que se expresa también al comparar la importancia que se confiere a la elección de autoridades en ambos sistemas jerárquicos. Por lo común se requiere cierta labor de convencimiento para lograr que una persona acepte ser postulada por el Partido Socialista del Sureste para ocupar el cargo de presidente municipal. Quien se decide, prácticamente acepta la presiden-

⁴¹ Los preparativos para las fiestas del pueblo (por ejemplo, levantar la palizada que forma el ruedo para torear) se realizan todavía por trabajo voluntario; pero el carácter comunal obligatorio de la fajina se ha perdido completamente.

cia, porque es casi seguro que no encontrará opositor. El PSS es el único partido que existe en Sudzal. A él pertenecen todos los inscritos en la Sociedad de Crédito, porque ésta pertenece a la Confederación de Ligas Gremiales de Obreros y Campesinos de Yucatán, la que a su vez está afiliada al Partido.

En el pueblo hay un representante del PSS, pero sólo su presencia y la credencial que posee todo ejidatario atestiguan la existencia de un partido político. En realidad, los campesinos mantienen sus muy personales opiniones en materia política, bien diferentes entre sí y algunas veces radicalmente opuestas a las de otros que también son miembros del PSS, sin que nadie halle inconsecuente tal situación. Esto se observa con claridad cuando algún grupo de ejidatarios se reúne en torno a otro que lee en voz alta uno de los diarios peninsulares.

En las elecciones de “socio delegado” hay una pugna mayor. Los grupos que apoyan a los presuntos candidatos se forman con cierta anticipación. En el ambiente se palpa el interés por la contienda. Las “campañías electorales”, sin embargo, se reducen a la tarea de convencimiento personal. Las sólidas relaciones de la familia extensa se hacen jugar: se espera que los parientes de un candidato estén en todo momento de su lado. A los demás campesinos se les busca comprometer invitándolos a reuniones en las que se ofrece bebida y alimentos gratuitos para los asistentes. Se buscan arreglos con otros candidatos, se entra en componendas, se compran votos, se traicionan acuerdos, se halaga a los representantes oficiales... en fin, se practican los vicios de la vida política que por desgracia son tan comunes en todo el país y en cualquier nivel.

Así, pues, en varios aspectos es posible encontrar manifestaciones de la preponderancia del ejido sobre el municipio. A éste le quedan las funciones legales indeclinables: el trámite de asuntos gubernamentales, los formulismos burocráticos, y como renglón de mayor importancia, la administración de justicia. Su autoridad en este campo se acata casi sin protestas. De buen grado se le plantean los problemas para su dictamen y se someten los quejosos a su decisión, incluso en las desavenencias conyugales que forman un alto porcentaje de los casos de litigio. Como agentes para guardar el orden, el municipio dispone de dos policías (que antes también eran cargos de fajina y hoy son remunerados). Para castigar se aplican multas, se imponen tareas forzosas en las obras públicas y se encarcela. A pesar de la embriaguez de sábados y domingos, raramente hay hechos de sangre. Los homicidios, se apuntó ya, son tan escasos que en la última década no se registró uno solo.

Para abundar sobre la supremacía del ejido, cabe señalar que los servicios médicos para ejidatarios se manejan directamente a través del “socio delegado”, sin intervención alguna del municipio. Teóricamente, cada semana debe acudir al pueblo un médico para dar consulta; en la realidad, con frecuencia pasan 15 días sin que se presente. Pero los servicios especializados del hospital de los henequeneros en Mérida son aprovechados continuamente y la facilidad para conseguir medicinas gratuitas es un alivio para la economía familiar que pocos campesinos están dispuestos a desaprovechar.

Se mencionó en otro capítulo el sincretismo religioso que existe en ciertos ritos del culto agrícola. Aquí se describirá brevemente la organización de la Iglesia católica y las relaciones con los grupos protestantes.

El sacerdote que oficia en el pueblo vive en Izamal. Su contacto con los feligreses locales es bastante restringido. Acude los domingos a decir misa, con cierta regularidad; pero entre semana muy rara vez va a Sudzal. Muchos bautizos y algunos matrimonios religiosos se efectúan en el imponente convento de Izamal. Las “novenas” y los rosarios se rezan bajo la guía del sacristán o de otra persona que conozca bien las oraciones.

Para las fiestas del pueblo se organizan los “gremios”, que son instituciones cuya única función es costear los gastos que implican tales celebraciones. Los “gremios” se componen sobre una base ocupacional, preferentemente. Así, hay en Sudzal cinco “gremios” de agricultores, uno de filarmónicos, uno de carreteros, otro de mujeres y uno más de la juventud católica. Los cofrades aportan una cuota para sufragar los gastos de un día completo de la fiesta. Últimamente se ha venido organizando un baile al final de la semana de fiesta, en el cual se cobra la entrada; las ganancias que se obtienen se dividen entre todos los “gremios” y esa misma suma se restituye por partes iguales entre los integrantes de cada uno.⁴² La participación en un “gremio” es voluntaria y se puede formar parte de varios simultáneamente. Las gentes acomodadas de la localidad reciben anualmente invitación para entrar a varios “gremios”, tal vez con la esperanza de que hagan una

⁴² Resulta de interés señalar que en los últimos años se celebra la “octava de Carnaval” con un baile; para financiarlo se reúne un grupo de personas que aportan una cuota. Las ganancias se dividen proporcionalmente entre ellos; pero no se trata de un “gremio” ni tiene carácter religioso, aunque coincida en ciertas formas de organización y funcionamiento.

aportación generosa. Algunos años acuden “gremios” de otros pueblos y las visitas se corresponden.

La inmensa mayoría de la población se dice católica. Sólo dos o tres personas manifiestan abiertamente su escepticismo en materia de religión. En cambio, hay dos grupos que representan a otras tantas sectas protestantes. En el lenguaje común se les llama “evangelios”. La labor de proselitismo la hicieron propagandistas de Izamal que visitaban el pueblo frecuentemente hace algunos años, hasta que el entonces presidente municipal, miembro de la juventud católica, en unión con el sacerdote, realizaron una campaña en su contra que terminó haciéndoles difícil la entrada en Sudzal. Los convertidos al protestantismo fueron objeto de hostilizaciones durante esa época. Cuando cambió el presidente municipal y ese cargo quedó en manos de una persona de ideas menos sectarias, los “evangelios” pudieron practicar sus ritos sin ser molestados. En general hay ahora una actitud tolerante hacia ellos. Pero todavía en fecha reciente una joven que deseaba contraer matrimonio con un protestante, siendo ella de familia católica, halló recia oposición paterna que sólo desapareció cuando su marido abandonó su religión.

Conviene destacar, por último, cierta forma de liderazgo informal que tiene especial importancia en el pueblo. En realidad sólo hay un caso bien claro, pero de tal significación que merece tratarse con cierto detalle.

Durante la primera estancia para la investigación de campo, el señor G. A. ocupaba el puesto de escribiente en la Sociedad de Crédito. Es un hombre joven (de 32 a 35 años), que tuvo la oportunidad de estudiar en una escuela para hijos de ejidatarios que funcionó en el estado hasta hace pocos años.

Su preparación le abrió las puertas para interiorizarse en los asuntos ejidales y municipales. Llegó pronto a ocupar la presidencia municipal y durante su administración se realizaron muchas de las obras más importantes, mencionadas en el segundo apartado de este capítulo. Fue él quien desató la campaña contra los protestantes a la que también se hizo referencia.

Al abandonar ese cargo público, G. A. pasó a ser escribiente del ejido. Supo relacionarse bien en Mérida y resultó electo como uno de los seis ejidatarios consejeros del hospital.

El prestigio de G. A. era tal que de hecho controlaba el manejo de la Sociedad de Crédito, sin ocupar más que un puesto administrativo. A él se acudía en busca de consejo para todo lo referente al trabajo henequenero. Incluso se le consultaban asuntos ajenos al ejido. Su paso por la presidencia municipal y la labor que entonces desarrolló le permitían intervenir también en ese terreno.

Su activa militancia en la juventud católica lo ha convertido en factor importante dentro de la vida religiosa de la comunidad. Está casado con la directora de la escuela local, de tal forma que también tiene una influencia decisiva, si bien indirecta, en ese ámbito.

Ha sabido cultivar amistad con políticos estatales y ciertas obras públicas han contado con la ayuda del gobierno yucateco gracias a su compadrazgo con algún diputado local.

La autoridad de G. A. rebasa, como puede apreciarse, los límites de cualquier campo concreto de actividad. Desde esa posición ha ayudado a sus parientes colocándolos en puestos de cierta importancia, ha hostilizado a sus enemigos ideológicos, abusando en muchos casos de su poder y al mismo tiempo —no puede negarse— ha promovido obras de beneficio colectivo muy importantes.

En las últimas elecciones para Comisariado Ejidal y Consejo de Vigilancia, G. A. jugó para socio delegado y ganó; su triunfo fue apretado y tuvo que defenderlo por los medios a su alcance, legales o ilegales. Esa insistencia en ocupar un puesto formal de autoridad, a pesar de contar de hecho con la necesaria para controlar los asuntos ejidales, podría interpretarse como un deseo de justificar plenamente la dirección que ejerce.

Resumiendo brevemente lo expuesto en este capítulo, puede señalarse que el proceso de proletarización que pronosticaba hace 15 años Robert Redfield (1946b) se manifiesta de manera bastante clara en Sudzal. El “mestizo” y el macehual están dejando de ser, para dar lugar al campesino-ejidatario henequenero, cuyas características esenciales no son ya ni el vestido ni el origen de su apellido, sino la posición que guardan dentro de la estructura económica, es decir, su condición de usufructuarios de la tierra, sometidos al tutelaje de un organismo bancario que con frecuencia dicta medidas perjudiciales para el ejido, enfrentados a los intereses de un incipiente pero ya poderoso grupo de ganaderos y a una minoría de comerciantes —incluyendo a los dueños de las desfibradoras— que de manera directa o indirecta se apropian ávidamente de los recursos monetarios de los agricultores cooperativistas.

Por otra parte, la Sociedad Local Colectiva de Crédito Ejidal deja sentir su influencia en los asuntos que incumben al municipio, con base en el aporte económico que destina para las obras de mejoramiento general. De paso, este mecanismo ha roto los patrones tradicionales de trabajo comunal y es otro síntoma de la integración a la economía mercantil.

El aspecto religioso presenta varias facetas de interés: el sincretismo entre conceptos de origen prehispánico y con-

ceptos católicos; la organización voluntaria para sufragar los gastos de las fiestas religiosas a través de los “gremios”, y las relaciones variables de la mayoría católica con dos grupos de protestantes.

La presencia de un líder cuyo ámbito de autoridad es bien extenso, es un hecho de importancia dentro de la organización social, porque significa que existen dos mecanismos de autoridad –uno formal y otro informal– que se hallan en estrecha relación.

VII. CONCLUSIONES Y RECOMENDACIONES

En el capítulo I quedó en claro que la antropología aplicada no puede permanecer en el nivel descriptivo, como algunos investigadores han propuesto. Su misión es bastante más completa, porque el antropólogo debe aceptar la responsabilidad de tomar una posición frente a los problemas que analiza y sustentarla científicamente. Si en el planteamiento de los problemas, en la selección misma de los asuntos por investigar, influyen de manera insoslayable la filosofía y los intereses del antropólogo, con mayor razón se dejan sentir esos factores al obtener conclusiones de la materia de estudio.

De acuerdo con el esquema teórico trazado en el capítulo I, en éste se exponen de manera sucinta los factores básicos que son causa de la mala nutrición en Sudzal; al hacerlo, se busca también ejemplificar y demostrar con el caso de Sudzal el valor general de las premisas teóricas que han servido de base a la investigación y que quedaron asentadas en el primer capítulo. Finalmente, tomando en cuenta los recursos disponibles y los objetivos y naturaleza del programa del Instituto Nacional de la Nutrición, se enlistan algunas recomendaciones para una serie de planes de acción.

La deficiente alimentación de la población de Sudzal sólo puede explicarse de manera comprensible ubicándola dentro del marco más amplio de la situación general de la comunidad.

De la descripción etnográfica hecha en los capítulos precedentes pueden extraerse los elementos de juicio necesarios para presentar un esquema de las relaciones fundamentales que conforman la organización social en Sudzal y de los recursos con que cuenta para resolver sus problemas.

Las relaciones de producción han sufrido una profunda transformación al estructurarse el ejido que sustituyó al sistema de hacienda. El cambio en la forma de tenencia de la tierra no sólo alteró la relación hombre-tierra, sino que influyó de manera poderosa en la organización total de la comunidad. Basta comparar la situación de Sudzal con la encontrada en otras comunidades yucatecas, particularmente las descritas con amplitud en una serie de monografías y estudios publicados casi todos en la cuarta década de este siglo, para percatarse de hasta qué punto la Reforma Agraria significó un cambio trascendental, esencial, revolucionario. No sólo se ha dado lugar a una nueva forma de organización del trabajo —el ejido colectivo—, sino que al romperse el vínculo que ataba de manera casi feudal al campesino con la tierra se crearon las condiciones para una nueva forma de estratificación social, que paulatinamente toma el carácter de una división en clases basada en el lugar que se ocupa dentro de la estructura económica y en la posesión de riqueza, aunque persistan todavía elementos que corresponden a una división anterior característica de una sociedad de castas.

La Reforma Agraria, cambio estructural de la mayor importancia, repercutió directamente en el sistema de distribución de alimentos. Dejó de existir la “tienda de raya” a través de la cual se mantenía al peón encadenado a la hacienda por deudas ancestrales, y fue sustituida por un mecanismo comercial que formalmente es de libre competencia, pero

que en realidad funciona como una estructura monopolista que absorbe con avidez y eficacia el máximo posible de los recursos monetarios de la familia.

Sin embargo, las deudas importantes no se contraen con los comercios locales, sino con los agiotistas de Izamal, que se distinguen de sus antecesores en que no emplean su carácter de acreedores para mantener segura la mano de obra campesina, sino para apoderarse de los bienes enajenables que posea el deudor. Aunque en este sentido la situación parece no haber mejorado para la mayoría, hay un cambio cualitativo de gran importancia: hoy existen condiciones y recursos que permiten romper ese círculo vicioso, como se señalará más adelante.

La Sociedad Local Colectiva de Crédito Ejidal ha llegado a ser la institución más importante en Sudzal. Del estudio de sus relaciones internas Y de las que mantiene con el Banco Nacional de Crédito Ejidal es posible extraer conclusiones válidas que explican objetivamente las fallas en la explotación del henequén y, en consecuencia, los bajos ingresos de la población. De haber seguido un enfoque subjetivo, psicologista, las diferencias entre el desaliñado trabajo ejidal y las meticulosas faenas en los planteles de propiedad privada se hubieran explicado en términos de una actitud de rechazo frente al trabajo cooperativo, la cual existe entre algunos sectores, pero de ninguna manera explica realmente la situación.

Por otra parte, el creciente poderío económico del ejido se manifiesta también en el desplazamiento del municipio en algunas de las funciones que antes estaban a su cargo; en el trastocamiento de las jerarquías de autoridad y en la abolición de formas tradicionales de cooperación, como la fajina. Subsisten, en cambio, los “gremios”, dentro de un marco ce-

remonial cuya existencia todavía no entra en definitiva contradicción con las nuevas formas de vida.

El contacto de la comunidad con el exterior se ha ampliado sensiblemente. La carretera ha derribado las barreras espaciales que pudieran existir. La escuela abre nuevas perspectivas a las nuevas generaciones. Hay un contacto mayor con los medios de difusión y propaganda. Se mantiene una relación más frecuente con otras formas de vida, diferentes de la antigua vida de Sudzal. Ese enfrentamiento con un mundo de mayor dinamismo no ha podido menos que despertar inquietudes, crear nuevas necesidades, acicatear los deseos de cambio y enfrentarlos con los conservadores que quieren mantener el *status quo*. Pero ha sido la dinámica propia de Sudzal, acelerada y multiplicada por el reparto agrario, el factor determinante que ha hecho posible que el contacto con el exterior se traduzca en cambios dentro de la comunidad. Son los ejidatarios quienes contribuyeron para la construcción de la carretera y quienes hoy financian la edificación de una nueva escuela. Todo el noroeste de Yucatán ha sufrido cambios: primero, con el desarrollo del cultivo industrial del henequén en el sistema de grandes haciendas, después, con la desaparición de éstas y el surgimiento de los ejidos. Pero esos cambios regionales —que a su vez están relacionados con otros de mayor alcance, como la Revolución de 1910—, sólo tienen trascendencia para Sudzal en la medida en que han estimulado el surgimiento de fuerzas internas de desarrollo, en la medida en que se han vuelto procesos propios de la comunidad.

Las relaciones con el exterior también actúan en sentido negativo. El ejemplo más claro lo proporciona la influencia del monopolio internacional de fibras duras y las deficiencias

en el funcionamiento del Banco Ejidal, que repercuten en la cantidad y calidad de la producción henequenera de Sudzal y en los ingresos de los campesinos. La mayoría de los ejidatarios no tienen conciencia plena de esta situación; pero los factores exteriores, los nexos trascendentes de la comunidad con el mundo que la rodea, actúan de todas formas, influyen en la vida de Sudzal, la alteran, entorpeciendo o acelerando su desarrollo, independientemente de la conciencia que se tenga de ellos, de su fuerza y de su mecanismo de acción. Son, en una palabra, hechos objetivos. Merced a estas ligas con el exterior, ha cobrado impulso la economía mercantil dentro de la comunidad y ese cambio se manifiesta incluso en la transformación de los patrones de organización familiar: la familia extensa temporalmente patrilocal tiende a desaparecer y su lugar lo ocupa gradualmente la familia nuclear.

Al modificarse la organización de la familia, cambia el estatus de sus miembros. La madre adquiere un rango mayor de autoridad sobre sus hijos, desplazando a la suegra, que en la familia extensa desempeñaba un papel más importante. El padre gobierna en menor medida la conducta de sus hijos varones cuando éstos se casan. Todo esto es un proceso actual, inacabado; pero claramente perceptible.

En la comunidad aparecen nuevas contradicciones, como producto de los cambios estimulados por la Reforma Agraria. La oposición de intereses entre campesinos y hacendados ya no existe; en cambio, la hay entre ejidatarios y comerciantes, entre ejidatarios y pequeños propietarios, entre ejidatarios y dueños de plantas desfibradoras, y aún puede mencionarse la naciente oposición de intereses entre ejidatarios y ganaderos. Los nuevos conflictos exigen nuevas soluciones; ése es el mecanismo básico del progreso.

A reserva de analizar a continuación algunas características básicas del sistema nutricional de Sudzal y extraer de ese análisis algunas conclusiones prácticas, cabe señalar aquí que la dinámica desencadenada por el reparto agrario en la comunidad está todavía actuando; abarca la vida entera de los habitantes y esto representa una coyuntura favorable para la realización de programas de mejoramiento en el campo de la alimentación. Entre las causas de la desnutrición en Sudzal, hay algunas que por su naturaleza sólo dejarán de existir gracias a un nuevo cambio estructural. El problema básico del henequén, por ejemplo, que influye en la nutrición a través de los bajos ingresos de los ejidatarios, sólo se resolverá con un nuevo cambio en la estructura económica, que afecte ahora a la tenencia de las plantas desfibradoras y con una modificación radical de la política nacional de comercio exterior que permita abrir nuevos mercados y elimine la dependencia actual de un monopolio; pero ese cambio sólo ocurrirá cuando existan condiciones internas nacionales que lo propicien.

Resulta obvio que no todos los factores que condicionan la desnutrición en Sudzal pueden incluirse dentro del programa experimental que desarrolla el Instituto Nacional de la Nutrición. Muchos, muchísimos quedarán fuera y funcionarán, para los objetivos del Programa, como factores dados e inalterables, bien sea porque no caen dentro del campo de acción de una institución especializada como el INN, o bien porque su naturaleza es tal que no serán los organismos gubernamentales los que puedan transformarlos. Pero el hecho de que escapen a la acción del Programa de ninguna manera significa que no deben tomarse en cuenta, o que no sea necesario comprenderlos; todo lo contrario, es impres-

cindible su conocimiento y la explicación de la manera en que actúan, para mejor programar la acción promotora, que sólo así será eficaz, porque será con conciencia de sus limitaciones.

Podría concluirse de lo anterior que, puesto que se admite la existencia de problemas de tal envergadura que caen fuera del ámbito de las recomendaciones que se harán a continuación, la antropología sí está impedida de tratar con los cambios revolucionarios y debe limitarse a los evolutivos, a los fragmentarios, a los que no conmocionan la estructura básica de la sociedad. Es esta una conclusión inconsecuente. La limitación para abordar problemas cuya solución exige transformaciones revolucionarias no radica en la antropología, sino en las instituciones y organismos encargados de aplicarla. La antropología puede plantear soluciones revolucionarias; pero el que éstas se lleven a la práctica dependerá de que quienes pretendan aplicarlas estén en condiciones de hacerlo.

Básicamente, los mecanismos que se recomiendan para mejorar las condiciones de nutrición en Sudzal buscan ajustarse a una serie de premisas teóricas adoptadas en gran parte de lo expuesto por el Prof. Pozas (1961). La primera consiste en considerar que el desarrollo interno de la comunidad (el que surge de la solución de sus propias contradicciones) es un requisito primario sin el cual nada sólido ni permanente podrá lograrse. Esto significa que los recursos de la comunidad son los más importantes y deben tomarse en cuenta por sobre los recursos del exterior para plantear las soluciones. Al hablar de recursos conviene repetirlo, se hace referencia tanto a los bienes materiales como a las formas de organización y a los conocimientos y hábitos que existan y resulten

útiles para satisfacer una necesidad. La promoción del desarrollo consistirá en despertar necesidades conscientes en el terreno de la alimentación, cuando se tenga certeza de que existirán los recursos para satisfacerlas. Es entonces cuando puede crearse un problema social, con el significado que a ese término da el Prof. Pozas (1961): existe una necesidad consciente que permanece insatisfecha a pesar de que hay recursos para cubrirla. El trabajo de promoción se orienta entonces a impulsar a la comunidad para que busque la solución (o las soluciones) al problema que ya tiene planteado. Tal vez sea más común el caso en que no todos los recursos están a disponibilidad, pero existan condiciones para desarrollar los que faltan o son insuficientes.

Algunos ejemplos pueden aclarar lo anterior. Supóngase que a través de una labor educativa eficaz, se logra despertar en Sudzal la necesidad de que los adultos tomen leche, para satisfacer la demanda que entonces se crea, habría varios caminos. Los comerciantes pueden comprar leche en Izamal y expenderla fresca; o bien, debido a la carencia de sistemas de refrigeración adecuados, puede extenderse a los adultos el consumo de productos evaporados. En uno y otro caso la gente necesitaría aumentar su ingreso para poder comprarla. Se estudiarían medidas encaminadas a alcanzar ese fin, como paso previo para satisfacer la necesidad de que los adultos tomen leche. Otra posibilidad sería aumentar la producción local para autoabastecimiento.

Habría entonces que encontrar soluciones a los problemas planteados en el capítulo IV en torno a la ganadería. Por ejemplo, cabría pensar en que existiera la ganadería como actividad ejidal, ya que el ejido dispone de suficientes tierras para agostadero que benefician sólo a propietarios privados.

En todo caso, la carencia de sistemas de refrigeración deberá superarse. Tal vez la organización de la ganadería sobre bases diferentes de las actuales, pudiera aprovecharse para impulsar la elaboración de productos secundarios (cremas, quesos, etc.), lo cual plantearía nuevas necesidades, nuevos problemas que requerirían nuevas soluciones. Así se establece una cadena (o “reacción en cadena”) que provoca en última instancia, el desarrollo de la comunidad.

Como todo programa de promoción se inicia bajo ciertas condiciones de la comunidad que pretende mejorar, siempre hallará planteadas algunas necesidades conscientes que no están satisfechas. Encontrará, en otras palabras, problemas sociales. Si se desea intervenir en su solución deberán conocerse los recursos disponibles e identificarse con toda claridad los términos de la contradicción que ha dado origen al problema, para orientar a la comunidad de acuerdo con los resultados.

Las sugerencias que se presentan aquí comprenden aquellos aspectos que el autor considera de mayor importancia; pero de ninguna manera se trata de una enumeración que pretenda ser exhaustiva. Se citan, en cierta forma, a título de ejemplos. La decisión sobre cuáles problemas abordar y de qué manera hacerlo deberá adoptarse después de un intercambio sistemático de opiniones y datos de los participantes en el Programa de Sudzal y de los técnicos en diversas disciplinas que actúan como asesores. Allí habrá oportunidad de precisar muchas ideas y aportar datos tan abundantes como sea posible. En última instancia, la decisión final corresponde a los directivos del Instituto.

Por otra parte, los procedimientos que se sugieren para resolver los problemas de la nutrición en Sudzal, tampoco pueden aspirar a tener carácter definitivo, porque, como se

ha expresado, los caminos a seguir debe encontrarlos la propia comunidad. Los promotores del Programa, que están en contacto directo y permanente con los ejidatarios y sus familias, tienen como función orientar a la comunidad, estimularla, para que por sí misma halle salida a sus problemas; pero de ninguna manera les corresponde imponer soluciones, por erradas que parezcan las que los propios interesados planteen. Además, valga repetirlo, ninguna solución impuesta puede ser verdadera solución.

SOBRE EL INGRESO FAMILIAR

La economía mercantil de la que ya forma parte Sudzal ha roto el patrón de autoabastecimiento de las comunidades aisladas, y la compra de alimentos tiene una importancia semejante a la de la producción milpera familiar como fuente de obtención de los productos nutritivos. La ecuación ingresos-precios desempeña, por tanto, un papel central.

Los ingresos provienen en mayor parte de los anticipos que paga el Banco Ejidal. En las condiciones actuales, el monto de los anticipos es absolutamente insuficiente para permitir el nivel de gastos que garantice un abastecimiento adecuado de los alimentos que no existen en Sudzal, o que no se producen en las cantidades requeridas. Como esta paga semanal depende del valor de la producción de henequén, y como éste, a su vez, está condicionado en medida importante por factores externos, ese renglón queda fuera del campo de acción del Instituto Nacional de la Nutrición.

Una buena parte del valor total de la cosecha henequenera pasa a manos de los poseedores de plantas desfibradoras.

La cantidad que se paga por concepto de desfibración es incluso mayor que el monto total de los anticipos que reciben los ejidatarios. La única solución real para la injusta distribución de la riqueza a que da lugar esta situación sería entregar a los propios ejidatarios la maquinaria desfibradora, tal como se sugirió antes y como estuvo planteado en el primer decreto de reparto agrario que se dictó bajo el gobierno del Gral. Cárdenas. Sin embargo, esa tarea tampoco corresponde directamente al Instituto Nacional de la Nutrición.

Hay un aspecto en el que sí es posible actuar. La calidad de la fibra que produce el ejido puede mejorarse y alcanzar mejores precios si las tareas agrícolas se desempeñan con mayor cuidado que en la actualidad, es decir, si se eliminan los vicios del trabajo en el plantel, cuyas causas principales se expusieron en el capítulo IV. La tarea en ese sentido debería orientarse hacia el despertar de una mayor conciencia sobre la naturaleza y funciones del ejido y los problemas que en él existen, con la mira de lograr una participación voluntaria y activa de cada uno de los ejidatarios en las soluciones que ellos mismos planteen, orientados por el personal del Instituto o por técnicos que al efecto se incorporen.

En la composición del presupuesto familiar intervienen ingresos que son producto de actividades secundarias, algunas de las cuales son susceptibles de incrementarse y reportar mayores utilidades. Un renglón que ha probado ser de alto rendimiento es la explotación melífera. En las condiciones actuales la apicultura está controlada por un reducido número de personas, muchas de ellas que no radican en Sudzal. La inversión que se requiere es demasiado alta para los niveles de ingreso familiar, la flora melífera no es muy abundante y no están generalizados los conocimientos técnicos que se

requieren para organizar adecuadamente la producción; sin embargo, todos esos obstáculos son superables sobre la base de obtener fondos iniciales del Banco Ejidal y organizar la apicultura como una tarea más de la Sociedad de Crédito, a cuyo control quedaría la conservación y el enriquecimiento de la flora melífera, así como la capacitación del personal encargado de los trabajos apícolas. En esas tareas puede colaborar activamente el Instituto Nacional de la Nutrición. Resultaría difícil encuadrar esta promoción en el marco familiar, porque el crédito que pudiera otorgar cualquiera de las instituciones bancarias solo se obtendría de contar el ejidatario con bienes que garantizaran el préstamo. Previamente, será necesario conocer en detalle la situación de los mercados exterior e interior para la miel de abeja.

La manufactura de objetos de henequén, que se practica en escala al insignificante, puede impulsarse a condición de que se impartan algunos conocimientos tecnológicos y, sobre todo, se garantice la compra de la producción a precios justos. En ese renglón, las cooperativas de venta han demostrado ser un buen instrumento si se manejan en forma adecuada. Esta misma fórmula podría aplicarse a la producción de cal.

SOBRE LA ESTRUCTURA DEL COMERCIO LOCAL

Aunado a los bajos ingresos y agravando la situación está el hecho de que un reducido número de comerciantes locales absorben en pocas horas la mayor parte del dinero que reciben cada semana los ejidatarios. Los precios en las tiendas locales son en muchos casos más altos que los que rigen en Izamal o en Mérida. Los alimentos que se ofrecen no están

seleccionados con la mira de que se subsanen las deficiencias de la dieta local.

Una posible solución para romper esa estructura viciosa y perjudicial del comercio sería el establecimiento de una cooperativa que permitiera comprar los productos (al menos los de primera necesidad) a precios más bajos, venderlos con un margen módico de ganancia, introducir al mercado algunos alimentos de bajo o nulo consumo en la actualidad, vigilar la calidad nutritiva de lo que se expende e incluso disponer de sistemas de conservación (un refrigerador de hielo, por ejemplo) que permitan mantener en existencia productos que se descomponen rápidamente en el clima local, como la carne y la leche.

Para la inversión inicial podría usarse parte del fondo de reserva que la Sociedad de Crédito tiene depositado en el Banco Ejidal. Las trabas que hasta la fecha se han hallado para retirar ese dinero podrían salvarse con la intervención del Instituto Nacional de la Nutrición.

De plantearse esa tarea, no deberá perderse de vista la probable oposición del grupo de comerciantes cuyos intereses se verían afectados. Una de las armas más importantes de que podrían echar mano es la de sembrar la desconfianza entre los propios ejidatarios; en esa labor encontrarían terreno fértil debido a las reservas con que se toman las iniciativas oficiales y a la opinión que algunos tienen de que el trabajo cooperativo produce resultados inferiores a los del esfuerzo individual, para lo cual siempre se aduce el ejemplo del ejido y la “pequeña”, que posiblemente se intentaría extrapolar a la cooperativa. Para evitar que los comerciantes triunfen en su faena de desprestigiar la promoción, el INN necesitaría buscar que la creación de la cooperativa fuera

consciente y voluntaria por parte de los ejidatarios; esto es, como se dijo, que de ninguna manera pareciese una fórmula extraña que se pretende imponer, sino una solución a la que llegaran los propios interesados. La participación de la comunidad debería iniciarse desde el planteamiento y análisis de sus problemas.

El buen manejo de la cooperativa es otro factor de importancia primordial para el éxito de la empresa. La instrucción teórica y práctica en este aspecto no debe de ninguna manera quedar en manos de personas que no tengan los conocimientos y la experiencia necesarios. La tarea del técnico en cooperativas no terminará sino cuando la empresa esté totalmente encarrilada.

SOBRE LA PRODUCCIÓN LOCAL DE ALIMENTOS (AGRICULTURA)

Los suelos del municipio de Sudzal son de tal naturaleza que no es dable esperar un alto rendimiento agrícola. Su consistencia porosa vuelve incosteable y casi inútil el riego; la delgada y discontinua capa arable no permite la mecanización. La ancestral técnica agrícola que todavía se emplea no es, por lo tanto, fácilmente sustituible por otra mejor.

Un renglón en el que algo puede hacerse es la introducción de semillas adaptadas a las condiciones locales que permitan un rendimiento mayor. Puede ser que el uso de fertilizantes hiciera posible explotar por más de dos años consecutivos la misma parcela, con lo cual se ahorrarían muchas horas de trabajo y se reduciría la destrucción de la flora silvestre que provoca el cultivo de roza. Cualquier medida en ese sentido

debería consultarse con técnicos agrícolas que conozcan los problemas regionales, porque bien pudiera suceder que los costos resultaran desproporcionados en relación con los beneficios.

La horticultura ofrece mejores perspectivas. En la actualidad la explotación del solar no está sujeta a planificación alguna y la tecnología es de muy bajo nivel. La producción, se dijo, está destinada al consumo familiar y sólo pequeñas cantidades de algunos productos van al mercado. La variedad de los cultivos que se hacen sugiere la posibilidad de incrementar sensiblemente este aspecto de la producción. La enseñanza técnica podría impartirse en una parcela experimental a cargo de un agrónomo.⁴³ Esta promoción ofrece perspectivas de introducir algunos productos comestibles que mejoren la dieta actual. La tarea deberá completarse con programas educativos que enseñen a consumir y conservar los frutos.

SOBRE LA PRODUCCIÓN LOCAL DE ALIMENTOS (GANADERÍA)

Al analizar la situación actual de la ganadería, en el capítulo IV, quedaron precisadas las causas de la casi nula explotación de estos recursos pecuarios. Sintetizando lo expuesto: la propiedad ganadera está concentrada en pocas manos, los ejidata-

⁴³ Los trabajos de construcción de una unidad de riego por cuenta de la Secretaría de Recursos Hidráulicos se iniciaron en 1960 dentro del Programa Experimental de Sudzal. La idea es precisamente organizar un parcela experimental. No es posible, hasta la fecha, ofrecer ningún resultado.

rios poseen un porcentaje mínimo; la flora forrajera es escasa y de mala calidad, por lo que se requieren grandes extensiones para sostener un rebaño; el nivel tecnológico es rudimentario, no existen sistemas de refrigeración ni se elaboran productos secundarios; el consumo de carne, leche y sus derivados es muy raquíto, la leche se considera propia sólo para niños y becerros; los animales pastan en tierras del ejido y son frecuentes los conflictos entre agricultores y ganaderos, por los destrozos que se causan al henequén y a las milpas.

Entre las medidas que permitirían un alivio sensible de esta situación, en las condiciones actuales, la incorporación de la ganadería a las actividades del ejido parece ser la que promete resultados permanentes más satisfactorios. La política oficial que tiende a diversificar la producción ejidal podría amoldarse al caso de la zona henequenera. El cultivo del agave, tal como se realiza, no es suficiente ni siquiera para dar ocupación completa a los agricultores. El ejido dispone de tierras ociosas que puede aprovechar como agostaderos para beneficio propio y no, como sucede, para alimentar rebaños ajenos. Igual que en otras promociones sugeridas, en ésta debería incluirse un programa de educación pecuaria que abarcara también las técnicas para conservar y transformar los productos derivados, con vistas, sobre todo, a su consumo local. Dado que sobre la carne y la leche pesan algunas concepciones tradicionales que dificultarían el incremento de su consumo, en forma paralela convendría promover la enseñanza de diversas formas para la preparación de esos alimentos y dar a conocer sus grandes propiedades nutritivas.

La ganadería a escala ejidal sería un recurso económico tanto para el abastecimiento local como para la exportación. En la misma forma en que los comerciantes muy posible-

mente se opondrían a la fundación de una cooperativa de consumo, así también los ganaderos particulares, sobre todo los que usan el monte ejidal para la manutención de sus animales, podrían poner obstáculos al establecimiento de una modalidad ganadera dentro del ejido. La solución a ese problema también debe buscarse promoviendo la participación consciente y voluntaria de los integrantes de la Sociedad Local Colectiva de Crédito Ejidal.

En tanto se alcanza esta meta final, el personal del Instituto Nacional de la Nutrición puede abocarse a la tarea de aumentar el consumo de esos alimentos, en la escasa medida posible por ahora. Ciertas prácticas viciosas, como el tomar la leche cruda, pueden desarraigarse mediante una campaña educativa que se enfoque al núcleo familiar en su conjunto y no sólo a la madre, dado que otros parientes (la abuela, el padre) tienen todavía una participación más o menos directa en la formulación de la actitud frente a los alimentos.

Otro renglón en el que es posible actuar es la conservación de la carne, la leche y sus derivados, así como su manejo higiénico en el comercio y en el hogar.

SOBRE LA PRODUCCIÓN LOCAL DE ALIMENTOS (AVICULTURA Y PORCICULTURA)

Ambos renglones se explotan a escala familiar. En la mayoría de los casos el cuidado de las aves se hace a un nivel técnico muy rudimentario y el rendimiento es bajísimo; algunas familias han desarrollado normas de explotación mejores, aunque sin contar con la necesaria preparación en avicultura. El consumo de huevos es bajo y con frecuencia se vende buena

parte de los que están a disposición de la familia. La carne de las aves tiene cierto contexto ceremonial: se come en fechas especiales y están ausentes en la dieta diaria.

Los cerdos, que poseen en pequeño número muchas familias, se destinan a la venta. En Sudzal prácticamente nadie mata un puerco para que se consuma en la propia localidad. La carne que se expende en las tiendas procede de Izamal. El salado es la única técnica de conservación practicada.

Es necesario elevar el nivel técnico de ambas explotaciones. Dentro del marco ejidal pueden crearse gallineros y pjaras, sin perjuicio de que se estimule la producción a escala familiar.⁴⁴ La venta de huevos está relacionada con los bajos ingresos; en la medida en que éstos se incrementen será posible pensar en campañas educativas para aumentar el autoabastecimiento. Con el objeto de evitar la fuga de dinero que significa comprar la carne de cerdo en Izamal, deberá promoverse la enseñanza de las técnicas de conservación que se consideren más adecuadas para el medio. Este problema puede abordarse a escala familiar inicialmente; si prospera la formación de pjaras ejidales, también por ese conducto es posible hacer la educación.

⁴⁴ En 1960, a instancias del personal del Instituto, los ejidatarios financiaron la construcción de un gallinero colectivo. Las aves las proporcionó a precios bajos la Secretaría de Agricultura y se compraron con la cuotas voluntarias de los campesinos.

SOBRE LA PREPARACIÓN Y CONSERVACIÓN DE LOS ALIMENTOS

Las técnicas de preparación de alimentos en Sudzal fueron estudiadas por la nutricionista del Programa. De su informe (Galicia, 1961) se desprenden varias conclusiones de interés. En primer término, destaca la pobreza de conocimientos en este terreno; aun los platillos a base de maíz presentan una notable falta de variedad. La monotonía se manifiesta también en los guisos para las grandes ocasiones, que si bien son más elaborados, se cocinan conforme a un pequeño número de recetas tradicionales. Algunas técnicas son de indiscutible origen prehispánico y en ellas intervienen sobre todo productos locales, que ya existían antes de que llegaran los conquistadores europeos.

En ciertas fases de las faenas culinarias existen prácticas que reducen el valor nutritivo de los platillos. La masa pierde aproximadamente el 30% de sus nutrientes porque el nixtamal se lava de 8 a 10 veces (Galicia, 1961). Algo semejante sucede al desplumar las aves y cuando se lava el arroz. La labor educativa orientada a eliminar esas prácticas deberá tomar en cuenta al núcleo familiar en su conjunto; a las mujeres, por su obvia conexión con el problema, y a los hombres porque ciertos valores (tal vez asociados con los patrones de limpieza personal) les inducen a exigir, en el caso de las tortillas, que éstas sean lo más blancas posibles.

En el mismo informe mencionado se indica que el empleo de grasa de cerdo para cocinar resultaría excesivo si existiese una dieta balanceada; pero dado que hay un déficit calórico, por el momento no es recomendable tratar de modificar ese hábito (véase Apéndice A).

Como se ha mencionado en varias ocasiones, apenas puede decirse que existen en Sudzal técnicas para la conservación de alimentos. Todo esfuerzo destinado a superar esa deficiencia resultará de valor para el mejoramiento de la nutrición, si se toma en cuenta el tipo de productos que actualmente se cultivan, las características climáticas y los escasos recursos económicos de que dispone la población. Como el consumo de alimentos en conserva es prácticamente nulo, deberá programarse una acción encaminada a difundir las cualidades de esos productos, con el fin de estimular la demanda y eliminar por anticipado cualquier resistencia que pudiera presentarse en el momento en que se logre su disponibilidad.

Cabría estimular ciertas prácticas que tienen importancia para la higiene (como hervir el agua que toma la embarazada) y poner énfasis en la importancia de la limpieza durante las prácticas culinarias y en las comidas.

SOBRE LOS HÁBITOS DIETÉTICOS

Hay concepciones y hábitos de alimentación que están basados en criterios mágicos o simplemente tradicionales. Son, todos, productos de una experiencia ancestral. Proporcionan un sentimiento de seguridad basado en la práctica de las generaciones pasadas. Están influidos, en muchos casos, por otros aspectos de la cultura tales como la religión y los conceptos sobre salud y enfermedad. Por lo que puede apreciarse en el caso de gente que ha salido algún tiempo del poblado y que al regresar se pliegan nuevamente a las normas de la dieta local, la aceptación de ésta podría interpretarse como un mecanismo de identificación con el grupo propio.

Con el fin de programar acciones que produzcan resultados positivos, se sugieren las siguientes etapas de trabajo. En primer lugar, deben analizarse todos los hábitos registrados para seleccionar aquellos que sean efectivamente nocivos para la nutrición. No todas las prácticas alimentarias tradicionales son obligatoriamente equivocadas; muchas, por lo contrario, son formas de adaptación acertadas y justas, al grado de merecer que se las estimule. El intento por cambiar los hábitos se justifica sólo cuando los que existen son a todas luces perjudiciales.

Una vez hecha la selección de las prácticas por desarraigar, la educación se enfocaría a formar hábitos mejores, opuestos al existente, para establecer una contradicción que al resolverse hiciera desaparecer a éste. Por ejemplo: si se enseñan nuevas recetas para preparar productos a base de masa de maíz, se procurará que en ellas el nixtamal se lave pocas veces; cuando hayan sido aceptadas, se hará ver que no es necesario que para las tortillas se lave tanto, puesto que en otros platillos se emplea con más cal y produce buenos resultados. Además, se explicará con claridad el perjuicio que el nixtamal “muy limpio” causa al valor nutritivo de la tortilla. Como eso sería sólo un caso aislado, dentro de todo un programa que tiende a despertar mayor conciencia y mayores necesidades en el campo de la nutrición, es dable esperar que las resistencias al cambio serían pocas.

En el caso de Sudzal, la educación debe adquirir ciertas modalidades que la hagan más eficaz. La primera se refiere a la necesaria inclusión en los programas de todos los integrantes de la familia, en el entendido de que el patrón de familia extensa todavía es predominante en las relaciones internas, por lo que la unidad de trabajo comprenderá a los padres,

a los hijos solteros, a los casados y al cónyuge y descendencia de éstos. Otra modalidad consiste en el empleo preferente del idioma maya, que es la lengua familiar y que la gente, salvo excepciones, domina mucho mejor que el español. Además, tomando en cuenta que la enseñanza práctica es la forma más común de transmitir los conocimientos culinarios de una a otra generación, los programas educativos deben cuidar de incluir siempre y en la mayor medida posible las demostraciones y la participación práctica directa de las personas a las que van destinados. No está por demás recalcar la necesidad de que los programas educativos se sujeten al empleo del equipo doméstico más común en Sudzal y se amolden a la disponibilidad de tiempo de los grupos que se pretenda abarcar.

La persistencia de ciertos hábitos está relacionada con las recomendaciones del personal médico al que consultan los habitantes de Sudzal. Estos especialistas, por tanto, pueden actuar también como agentes que ayuden al cambio, si el personal del Instituto nacional de la nutrición logra atraerlos hacia los fines del Programa y les presta ayuda y consejo cuando éstos sean necesarios.

APÉNDICE A

ALGUNOS RESULTADOS DE LA ENCUESTA NUTRICIONAL⁴⁵

Dentro del plan que elaboró el Instituto Nacional de la Nutrición para conocer las características de la dieta mexicana y formar un “mapa nutricional” del país, se contemplaba, en primer término, la necesidad de realizar encuestas en localidades que fuesen representativas de las distintas zonas geográficas y económicas. Sudzal resultó escogida para el área henequenera y se levantó la encuesta respectiva a principios de 1959. Fue justamente al conocer los resultados de ese estudio cuando se manifestó la posibilidad de llevar a cabo un programa experimental para el mejoramiento de la nutrición.

Del informe de la encuesta de Sudzal se han seleccionado algunos cuadros estadísticos que se consideran de especial importancia, con el fin de que pueda apreciarse en detalle la deficiente nutrición local.

La encuesta se realizó durante siete días con 20 familias escogidas por muestreo aleatorio. Estuvo a cargo del personal especializado del propio Instituto.

El cuadro 1 permite apreciar la importancia del maíz en la alimentación de Sudzal. La cantidad en gramos de los demás productos enlistados, escasamente es mayor que la cuarta parte del peso del maíz consumido. Es claro que la compara-

⁴⁵ Los datos consignados en este apéndice fueron tomados de Balam *et al.*, 1959.

ción en peso dice muy poco, porque el valor nutritivo de los alimentos es muy diferente.

El cuadro 2 presenta la comparación entre las cifras medianas de consumo de nutrientes en Sudzal y las cantidades recomendadas como satisfactorias por el Consejo Nacional de Investigación de Estados Unidos para una población con las características de peso, edad y sexo de la muestra y ajustadas a la temperatura ambiente. Como se ve, sólo en dos renglones se cumplen bien los requerimientos, en tanto que hay otros, como el ácido ascórbico, la vitamina A y la riboflavina, en los que las deficiencias son enormes.

Los cereales (entre los que el maíz representa el 80%) aportan el 63.7% del total de proteínas consumidas y el 71.1 % de las calorías. Las leguminosas (entre las que el frijol significa el 90%), aportan el 24.3% de las proteínas. Así resulta que sólo el 11.7% de las proteínas ingeridas son de origen animal.

Lo anterior explica el bajo consumo de triptófano y metionina que aparece en el cuadro 3, pues estos aminoácidos esenciales⁴⁶ son pobres en los alimentos de origen vegetal (salvo en el garbanzo y el frijol; pero el consumo de este último en Sudzal no es suficiente para cubrir las necesidades). Cabe recordar que los ocho aminoácidos esenciales deben ingerirse en una cierta proporción relativa (que está expresada en las cifras de la combinación ideal) y que cuando hay déficit en uno de ellos, los demás no se aprovechan íntegramente, sino sólo en una proporción cercana al por ciento en que se

⁴⁶ Los aminoácidos esenciales son aquellos que el organismo humano no puede elaborar; las necesidades deben satisfacerse íntegras a través de los alimentos.

consume el aminoácido limitante (el que está en menor cantidad relativa). Esto significa que a pesar de que seis aminoácidos se cubren en medida suficiente, la deficiencia de triptófano y metionina impide que se aprovechen en la cantidad necesaria para garantizar una buena alimentación.

Los cuadros 4 y 5 son similares a los cuadros 2 y 3; pero se refieren concretamente a siete niños en edad preescolar (entre uno y cuatro años) que estuvieron comprendidos en las 20 familias estudiadas. Las deficiencias son más graves en este grupo que en la muestra total, debido a que las necesidades en esa edad son proporcionalmente mayores y la dieta local no las satisface en mayor grado. En el cuadro 6 se presenta la distribución de 20 niños en edad preescolar, de acuerdo al por ciento de su peso real comparado con el teórico para edad. El cuadro 7 es una continuación del anterior para el grupo de escolares (5 a 13 años) donde se comparan los pesos de los niños estudiados, con los teóricos para su talla. En general, los escolares crecen con la misma velocidad de los patrones utilizados, pero a un nivel inferior (14.3%).

CUADRO 1

MEDIANAS DE CONSUMO *PER CAPITA* Y POR DÍA DE LOS
PRINCIPALES ALIMENTOS

| <i>Alimentos</i> | <i>Cantidad en gramos</i> |
|-------------------|---------------------------|
| Maíz | 419 |
| Frijol | 55 |
| Pan y galletas | 25 |
| Carnes | 40 |
| Frutas y verduras | 7 |
| Huevo | 2 |

(Los patrones utilizados fueron tomados de las tablas de Stuart-Stevenson, H. S. Meredith, State University of Iowa).

En los menores de un año, el 40% (ocho casos) tuvieron más del 15% de déficit de peso.

El estudio clínico que se hizo simultáneamente a la encuesta, mostró que el 15% de los preescolares presentan edema carencial y pelo depigmentado y degenerado a causa de la mala nutrición; que los adultos sufren anemia en el 10% de los casos y que 3.2% manifiestan francas lesiones pelagroides. Las deficiencias de peso y talla deben aceptarse con serias reservas; desgraciadamente no se dispone de un estudio aceptable para la población mexicana y la comparación con cifras de los Estados Unidos no puede revelar la realidad nacional (véase la nota 10 del capítulo I). Sin embargo, es indiscutible que hay deficiencias en el peso y la talla de los niños de Sudzal, sobre todo en los primeros ocho o nueve años de vida.

A manera de comentario final, valga decir que la situación de Sudzal corresponde bastante a la encontrada en más de 20 comunidades de todo el país en las que el Instituto Nacional de la Nutrición ha realizado encuestas. En todos los casos, el triptófano y la metionina son los aminoácidos limitantes, debido al bajo consumo de alimentos de origen animal.

CUADRO 2
 CONSUMO DE NUTRIENTES POR PERSONA Y POR DÍA,
 RECOMENDACIONES PARA LA POBLACIÓN EN ESTUDIO
 Y POR CIENTO DE ADECUACIÓN DE LOS CONSUMOS

| <i>Nutrientes</i> | <i>Consumo</i> * | | <i>Recomendaciones</i> ** | | <i>%</i> |
|-----------------------|------------------|-----|---------------------------|-----|----------|
| Calorías | 1621 | cal | 2164 | cal | 75 |
| Proteínas | 44.5 | g | 58.9 | g | 76 |
| Calcio | 572 | mg | 858 | mg | 67 |
| Hierro | 14.8 | mg | 11 | mg | 134 |
| Eq. de vitamina A *** | 0.25 | mg | 1268 | mg | 19.7 |
| Tiamina | 1.49 | mg | 1.14 | mg | 131 |
| Riboflavina | 0.44 | mg | 1.46 | mg | 30 |
| Eq. de niacina **** | 14.9 | mg | 15.9 | mg | 94 |
| Ácido ascórbico | 12.0 | mg | 72.0 | mg | 17 |

* Cifras medianas para las 20 familias estudiadas.

** Recomendaciones del NRC, 1958; con corrección para la población estudiada de acuerdo a sexo, edad, peso y temperatura ambiente.

*** 1 mg de caroteno = 0.5 mg de equivalentes de vit. A. 1 U.I. de vit. A = 0.0003 mg de equivalente de vit. A.

**** Niacina en mg más 1 mg por cada 60 mg de triptófano de la dieta.

CUADRO 3

COMPARACIÓN DE AMINOÁCIDOS POR GRAMO DE NITRÓGENO
DE LA DIETA DE SUDZAL CON LA COMBINACIÓN TIPO*

| <i>Aminoácidos en mg por g de N</i> | <i>Dieta media de Sudzal</i> | <i>Combinación ideal</i> | <i>%</i> |
|---|----------------------------------|------------------------------|----------|
| Lisina | 274 | 270 | 101 |
| Triptófano | 57 | 90 | 63 |
| Fenilalanina | 313 | 180 | 174 |
| Metionina | 103 | 144 | 72 |
| Treonina | 233 | 180 | 129 |
| Leucina | 667 | 306 | 218 |
| Isoleucina | 344 | 270 | 127 |
| Valina | 317 | 270 | 117 |

* Combinación tipo provisional, Comité de Necesidades en Proteínas, FAO, 1955.

CUADRO 4

INGESTIÓN DE NUTRIENTES EN SIETE NIÑOS PREESCOLARES

| <i>Nutrientes</i> | <i>Consumo</i> | <i>Recomendaciones*</i> | <i>%</i> |
|---------------------|----------------|-------------------------|----------|
| Calorías | 635 | 1380 | 46 |
| Proteínas | 17.4 | 44 | 40 |
| Calcio | 238 | 1000 | 24 |
| Hierro | 6.65 | 7 | 95 |
| Eq. de vitamina A** | 0.16 | 0.600 | 26.7 |
| Tiamina | 0.51 | 0.7 | 73 |
| Riboflavina | 0.17 | 1.0 | 17 |
| Eq. de niacina*** | 5.4 | 8.0 | 67.5 |
| Ácido ascórbico | 9 | 35 | 26 |

* Recomendaciones del NRC, 1958.

** 1 mg de caroteno igual a 0.5 mg de actividad de vitamina A.
1 U.I. de Vit. A igual a 0.0003 mg de actividad de vitamina A.

*** Niacina en mg más 1 mg por cada 60 mg de triptófano.

CUADRO 5
COMPARACIÓN DE AMINOÁCIDOS POR GRAMO
DE NITRÓGENO DE LA DIETA DE LOS NIÑOS EN SUDZAL
CON LA COMBINACIÓN TIPO

| <i>Aminoácidos en mg por g de N</i> | <i>Dieta media de preescolares</i> | <i>Combinación tipo *</i> | <i>%</i> |
|---|--|-------------------------------|----------|
| Lisina | 285 | 270 | 104 |
| Triptófano | 60 | 90 | 67 |
| Fenilalanina | 304 | 180 | 167 |
| Metionina | 114 | 144 | 79 |
| Treonina | 237 | 180 | 132 |
| Leucina | 611 | 306 | 200 |
| Isoleucina | 337 | 270 | 125 |
| Valina | 328 | 270 | 121 |

* Combinación tipo provisional, Comité de Necesidades en Proteínas. FAO, 1958.

CUADRO 6
CLASIFICACIÓN DE LOS PREESCOLARES
EN POR CIENTO DEL PESO TEÓRICO PARA SU EDAD

| <i>% del peso teórico *</i> | <i>Número de casos</i> | <i>%</i> |
|---------------------------------|----------------------------|----------|
| Más de 110 | 0 | 0.0 |
| De 109 a 90 | 2 | 10.0 |
| De 89 a 75 | 11 | 55.0 |
| De 74 a 60 | 5 | 25.0 |
| Menos de 60 | 2 | 10.0 |
| Total | 20 | 100.0 |

* Tablas de Stuart-Stevenson, H.S. Meredith, State University of Iowa.

CUADRO 7
 CLASIFICACIÓN DE LOS ESCOLARES
 EN POR CIENTO DEL PESO TEÓRICO PARA SU TALLA

| <i>% del peso teórico *</i> | <i>Número de casos</i> | <i>%</i> |
|---------------------------------|----------------------------|----------|
| De 140 a 126 | 6 | 7.9 |
| De 125 a 111 | 17 | 22.4 |
| De 110 a 90 | 43 | 56.6 |
| De 89 a 75 | 7 | 9.2 |
| De 74 a 60 | 3 | 3.9 |
| Menos de 60 | 0 | 0.0 |
| Total | 76 | 100.0 |

* Tablas de Stuart-Stevenson, H.S. Meredith, State University of Iowa.

APÉNDICE B

METODOLOGÍA

Antes de entrar de lleno a la programación del estudio fue necesario hacer una revisión bibliográfica somera. Los aspectos concretos de la ciencia de la nutrición se revisaron bajo la guía del personal especializado del INN; no se buscaba, obviamente, más que los conocimientos generales que hicieran posible comprender las premisas básicas de esa disciplina. Simultáneamente se recopiló toda la información que se tuvo a mano en relación con estudios de antropología aplicada a la nutrición. En la siguiente etapa del trabajo bibliográfico se consultaron algunos estudios etnográficos hechos en la zona maya de Yucatán, especialmente los patrocinados por la Institución Carnegie de Washington hace 20 o 25 años. Con base en estos materiales y al plan de trabajo que se había programado para Sudzal, se elaboró el esquema de la investigación.

La primera temporada de campo se hizo en el mes de julio de 1960; la segunda, en noviembre del mismo año, y la tercera en enero y febrero de 1961. En total se permaneció en la comunidad poco más de cien días.

Durante la estancia inicial se procuró obtener información sobre la cultura en su conjunto. Se utilizaron técnicas de observación y entrevistas libres y dirigidas. El intercambio de opiniones con el personal del Instituto radicado en Sudzal fue una parte importante del trabajo en esa etapa. Como tareas específicas se levantó un croquis detallado de la localidad, con división aproximada de predios y ubicación de espacios

diferenciados. También se hicieron planos de las habitaciones. Muchos de los datos referentes a la organización y estratificación sociales y al funcionamiento del ejido, proceden de esa temporada de campo.

En noviembre se iniciaron los estudios sobre la familia y los hábitos de alimentación, así como un primer análisis del comercio local, a la vez que se cubrían las lagunas de información de la primera etapa, sobre la base de un análisis crítico de los materiales, que se hizo en los meses de agosto y septiembre. Se formaron algunas genealogías. Las entrevistas dirigidas al tema concreto de la alimentación ocuparon un lugar preferente.

La última etapa, entre enero y febrero de 1961, se destinó sobre todo al estudio de un grupo reducido de familias (cuatro) seleccionadas de acuerdo con sus características de composición y estructura. Uno de los criterios de selección fue que las familias incluyeran niños lactantes y preescolares.⁴⁷ Con base en los datos que el economista había obtenido sobre la distribución del ingreso familiar, se programó y realizó una encuesta enfocada al gasto en la alimentación. Al azar se seleccionaron 10 familias para estudiar en detalle sus compras durante una semana. Para las entrevistas se solicitó la colaboración de cuatro señoritas de la comunidad, las cuales habían trabajado ya como auxiliares en algunos proyectos del Programa. Se preparó una lista de los productos que intervienen en la alimentación normal (quedaron incluidos 48) y se instruyó a las jóvenes sobre el manejo de los cuadros,

⁴⁷ Se consideran preescolares a los niños comprendidos entre uno y cuatro años, según la clasificación internacional aceptada en México por los especialistas en salud pública.

que comprendían tres renglones para cada producto: si se había consumido en esa fecha y en qué cantidad; si se compró ese día, en qué cantidad y a qué precio. El entrenamiento de las encuestadoras comprendió dos aspectos: uno teórico en el que se les explicó el motivo del estudio y las normas generales para realizar una entrevista, y otro práctico que consistió en acompañarlas a entrevistas de prueba, al final de las cuales se les hacían las observaciones pertinentes. La crítica final de los datos obligó a eliminar dos casos; sin embargo, la experiencia de trabajo con personal de la comunidad resultó bastante satisfactoria.

Los datos obtenidos se registraron en un diario de campo y se trasladaron posteriormente a fichas clasificadas según el sistema propuesto por Murdock.

En la medida posible se procuró obtener información gráfica (fotografías, bocetos, esquemas) de los aspectos que se prestaban a ese tratamiento.

Una serie de datos y cifras sobre el ejido y el municipio se cotejaron con los documentos originales (actas de asambleas, nóminas, tarifa oficial para los trabajadores en el plantel, etcétera).

APÉNDICE C

GLOSARIO DE TÉRMINOS MAYAS INCLUIDOS EN EL TEXTO

En la primera columna se han colocado las palabras mayas —o de origen maya, castellanizadas— incluidas en el texto. La segunda columna corresponde a la forma tradicional de escribir esas palabras. En la tercera, aparece la escritura fonémica, y finalmente, el significado que tienen los términos en Sudzal. La escritura fonética tradicional, las versiones fonémicas y la traducción de varias voces fue preparada gentilmente por el Prof. Moisés Romero de la Dirección de Investigaciones Antropológicas del INAH.

| | | | |
|------------|------------|-------------|--|
| Actum | actun | /aktum/ | Cenote con agua sagrada |
| Bacal | bacal | /bakal/ | Olote seco |
| Bak che' | bac che | /bak čeʔ/ | Punta de madera o cuerno de venado para cosechar |
| Balche' | balche | /baalče/ | Bebida ritual empleada en ceremonias agrícolas propiciatorias. |
| Ch'a'chaak | chha chaac | /č'aʔ caak/ | Ritual propiciatorio para garantizar buenas cosechas. |
| Ch'enkah | Chheencah | /čeʔ enhak/ | Pozo público |
| Chikin | chikin | /čik'in | Variedad de maíz |
| dzonot | dzonot | č'onoʔ ot/ | |

| | | | |
|------------|------------|---------------|--|
| Choko | choco | /čoko/ | Caliente |
| Chuchu' | chuuch | /čuʔuč/ | Mamar |
| Eklum | ekluum | /ek'luʔum/ | Tierra negra |
| Haranch'ak | haranchhac | /haranč'ak/ | Trabajo burdo para desyerbar |
| Hets'k'ab | hezkab | /h-es k'ab/ | Que tiene la mano fría (literalmente: "de manos encantadas") |
| Hetsmek' | hetzmek | /heçmeek/ | Ceremonia para afirmar la vocación del niño, de acuerdo con su sexo |
| Hmen | hmen | /h-men/ | Sacerdote de la religión milpera |
| Holche' | holche | /holče/ | Brecha que se hace para medir la milpa. |
| Holoch | holoch | /holoʔoč/ | Hoja de maíz |
| Hulbe'en | hulbeen | /hulbeʔen/ | Segunda siembra, cuando se pierde la primera |
| Ibes | <ib | /ib/ | Variedad de frijol blanco |
| Kancab | kancab | /k'ankab/ | Tierra roja |
| Kankab | kancab | /k'aankab | Pedregal con tierra roja |
| tsekel | tzekel | ček'el/ | |
| K'axbab | kaxil cab | /k'asšil kab/ | Variedad de abeja silvestre |
| Ko'lelcab | colecab | /koʔlel kab/ | Variedad de abeja silvestre, cuya miel se usa en la preparación del balche' |
| Kol | col | /kol/ | Tumbar el monte, milpa |

| | | | |
|------------|-------------|---|--|
| Kol sak'ab | col zakab | /kol sak'ab/ | Cortar las cañas del maíz; milpa, caña |
| Kuxiúp | kuxub | /k'usub/ | Achiote |
| Lek | lec | /lek/ | Calabozo para guardar tortillar |
| Lo'che'pak | looche paac | /lo ² cě ² paak/ | El tipo más fino de desyerbe |
| Macehual | mazewal | /masewal/ | Individuo con rasgos muy indígenas (nahuatlismo) |
| Mis hal | mishal | /mishal/ | Limpiar el perímetro de la milpa para evitar que se expanda el fuego al quemar |
| Mucbi | mucbil | /mukbil/ | Que se cuece bajo tierra |
| Nok ch'ak | noc chhac | /nok č'ak/ | Cercado de la milpa |
| Paito pak | paito pak | /pa ² ito pak ² / | Desyerbe de calidad intermedia |
| Pak'al | pakal | /pak'al/ | Siembra |
| Peet | peet | /pe ² et/ | Esterilla circular colgante |
| Pibes | piib | /piib/ | Tortas de masa y carne cocidas bajo tierra |
| Pibilnal | pibil nal | /pibil nal/ | Elote tierno cocido bajo tierra |
| Pimitos | <pim | /pim/ | Gordas de masa; grueso |
| P'is ke' | ppis cel | /p'is kee'/ | Medición de la milpa |
| P' uuh | ppuh | /p'uh/ | Parte de la presa que se distribuye entre los parti- cipantes en la cacería (lit: clamoreo, batida) |

| | | | |
|-------------|-------------|--------------|---|
| Saka' | saca | /sakaʔ/ | Especie de pozol endulzado con miel |
| Sudzal | zudzal | /suç'al/ | "Lugar donde hay aguas agrias" |
| Suhuy | suhuy | /suhuy/ | Sagrado |
| Tikhinmuk | ticin muc | /tikin muk/ | Sembrar antes de las lluvias |
| Tsama' | tzama | /çamaʔ/ | Variedad de frijol, negro y grande |
| Tsekel | tzekel | /çek'el/ | Pedregal |
| Wala'che | walache | /walaʔçe/ | Cuerdas empleadas para medir, equivalentes a la sexta parte de un "mecate" |
| Wats' | wadz | /waç'/ | Doblar las mazorcas maduras |
| X mehen nal | xmehen nal | /šmehen nal/ | Variedad de maíz, de pronta maduración |
| X nuk nal | xnuc nal | /šnuk nal/ | Variedad de maíz, de rendimiento más alto que el anterior |
| X-pelon | xpelon | /špelon/ | Variedad de frijol |
| Xul | xul | /šuul/ | Coa, bastón plantador Pedregal con tierra roja |
| Yaxik | yaax ic | /yaʔaç ik/ | Chile verde |
| Yik'alha' | yikal ha | /yik'al haʔ/ | Viento de agua |
| Yuntsilooob | yumtzi loob | /yumçiloʔob/ | Señores de los vientos |
| Zazcab | <zahcab | /sahkab/ | Material cimentante que se emplea en la construcción |
| Ziz | ziz | /siis/ | Frío |

BIBLIOGRAFÍA

ADAMS, R. N.

- 1952 La antropología aplicada en los programas de salud pública de la América Latina, *Boletín de la Oficina Sanitaria Panamericana*, vol. XXXIII, núm. 4, Washington.
- 1955 Notas sobre la aplicación de la antropología. Suplemento núm. 2 del *Boletín de la Oficina Sanitaria Panamericana*, Washington.
- 1959 Un programa de investigaciones sobre nutrición en Guatemala. *Cultura indígena de Guatemala*. Seminario de Integración Social de Guatemala, Guatemala.

AGUIRRE BELTRÁN, G.

- 1954 Aspectos culturales de la vida familiar en México, *Boletín de la Oficina Sanitaria Panamericana*, vol. XXXVII, núm. 3, Washington.
- 1955 *Programas de salud en la situación intercultural*. Instituto Indigenista Interamericano, México.
- 1957 *El proceso de aculturación*. Seminario de Problemas Científicos y Filosóficos, UNAM, México.

BALAM, G., *et al.*

- 1959 *Informe sobre la encuesta nutricional realizada en el municipio de Sudzal Yucatán*. Instituto Nacional de la Nutrición (Inédito), México.

BENÍTEZ, F.

- 1956 *Ki, el drama de un pueblo y una planta*. Fondo de Cultura Económica, México.

BARNETI, H. G.

- 1956 *Anthropology in Administration*. Row, Peterson and Co., Evanston, Illinois.

BEALS, R. L.

- 1953 Problems of Application: Results. *An Appraisal of Anthropology Today*, The University of Chicago Press.

BUNAK, V.

- 1961 Comentario al artículo de Juan Comas: "Scientific" Racism Again? *Current Anthropology*, vol. II, núm. 4.

BROZEK, J.

- 1953 Measuring Nutritious. *American Journal of Physical Anthropology*, vol. II.

CÁMARA BARBACHANO, F.

- 1958 *Colonización interna de Yucatán*. IYAH e INAH, México.

CAUDILL, W.

- 1953 Applied Anthropology in Medicine. *Anthropology Today*, The University of Chicago Press.

CLARK, M.

- 1959 *Health in the Mexican-American Culture*. University of California Press.

COMAS, J.

- 1957 *Manual de Antropología Física*. Fondo de Cultura Económica, México-Buenos Aires.

CORNFORTH, M.

- 1961 *El materialismo y el método dialéctico*. Sociedad Mexicana de Difusión Cultural, México.

DE CASTRO, J.

- 1945 Fisiología de los tabúes. *Jornadas*, núm. 49, El Colegio de México.
- 1946 *La alimentación en los trópicos*. Fondo de Cultura Económica, México.
- 1949 La alimentación en el área amazónica. *América Indígena*, vol. IX, núm. 4, México.
- 1950 *El problema de la alimentación en América del Sur*. Unesco. Ed. Sudamericana, Buenos Aires.
- 1955 *Geopolítica del hambre*. Ed. Raigal, Buenos Aires.

DE LA FUENTE, J.

- 1953 Antropología aplicada: presente, perspectivas y problemas. *Memorias del Primer Congreso Científico Mexicano*, vol. XII, México.
- 1958 Cambios de indumentaria en tres áreas biculturales. *Boletín Técnico del Instituto Nacional Indigenista*, vol. 1, núm. 2, México.

DULPHY, G.

- 1959 Problemes sociaux et nutrition. *Nutrition et Alimentation Tropicales*, vol. III. FAO, OMS y Gobierno de Francia, Marsella.

ESPINOZA, J. Y BRAVO, J.

- 1960 *Informe socioeconómico del municipio de Sudzal Yucatán*. Instituto Nacional de la Nutrición. (Inédito), México.

E.U.A. Departamento de Agricultura

- 1961 *Alimentos-agricultura, mercados y consumo*. Centro Regional de Ayuda Técnica, ICA, México.

FOSTER, G. M.

- 1952 Papel de la antropología en los programas de salud pública. *Boletín de la Oficina Sanitaria Panamericana*, vol. 19 XXXIII, núm. 4, Washington.
- 1953 Relationships Between Theoretical and Applied Anthropology. *Ciencias Sociales*, vol. IV, núm. 19, Washington.
- 1955 *Análisis antropológico intercultural de un programa de ayuda técnica*. Instituto Nacional Indigenista, México.
- 1960 *Problemas en los programas sanitarios interculturales*. Consejo para la investigación de las ciencias sociales (EUA), Administración de cooperación internacional, México.

GALICIA, M. P.

- 1961 *Informe sobre técnicas Culinarias en Sudzal, Yucatán*. Instituto Nacional de la Nutrición. (Inédito), México.

GAMIO, M.

- 1916 *Forjando Patria*. Porrúa. (Segunda Ed. 1960), México.

JAPÓN. Ministry of Health and Welfare.

- 1959 *Nutrition in Japan*.

KELLY, I.

- 1960 An Approach to the Improvement of Diet. *Conference on Malnutrition and Food Habits*. Cuernavaca, México.

KONSTANTINOV, S. V.

- 1957 *El materialismo histórico*. Ed. Grijalbo, México.

LEÓN PORTILLA, M.

- 1960 Algunas ideas fundamentales del Dr. Gamio, *América Indígena*, vol XX, núm. 4, México.

LEWIS, O.

- 1960 Dinámica familiar comparada en un pueblo mexicano. *Tlatoani*, Segunda época, núm. 13. ENAH, México.

LUKAS, G.

- 1959 *El asalto a la razón*. Fondo de Cultura Económica, México.

MALINOWSKI, B.

- 1932 Preface. Richards.
 1938 *The Scientific Basis of Applied Anthropology*. Reale Accademia D'Italia, Roma.
 1940 *Modern Anthropology and European Rule in Africa*. Reale Accademia D'Italia, Roma.
 s/f *Practical Anthropology*.

MANNERS, R. A.

- 1956 Functionalism, Realpolitic and Anthropology in

Underdeveloped Areas. *América Indígena*, vol. XVI, núm. 1, México.

MARROQUÍN, A. D.

1958 Doce características de la economía indígena mexicana. *Acción Indigenista*, núm. 56, INI, México.

MAYER, A.

1951 *Alimentación, población y progreso social*. Unesco. Editorial Sudamericana, Buenos Aires.

1956 *Alimentación y sociedades*. FAO, Roma.

MEAD, M.

1951 *El alimento y la familia*. Unesco. Editorial Sudamericana, Buenos Aires.

1958 *Cultural Patterns and Technical Change*. Unesco. Mentor Books, N. Y.

1960 The Contribution of Cultural Anthropology to Nutrition. *Conference on Malnutrition and Food Habits*. Cuernavaca, México.

MESA, M.

1955 La situación henequenera en Yucatán. *Problemas Agrícolas e Industriales de México*, vol. VII, núm. 2, México.

METRAUX, A.

1953 Applied Anthropology in Government: United Nations. *Anthropology Today*, The University of Chicago Press.

MÉXICO. Secretaría de Economía.

Dirección General de Estadística.

1953 *Séptimo Censo General de Población, 1950.*

1957 *Tercer Censo Agrícola y Ganadero, 1950, Yucatán.*

MORENO, D.

1960 El pensamiento socioeconómico de don Manuel Gamio. *América Indígena*, vol. XX, núm. 4, México.

MORLEY, S.

1953 *La civilización Maya.* Fondo de Cultura Económica, México.

MURDOCK, G. P.

1952 Anthropology and its Contribution to Public Health. *American Journal of Public Health*, vol. LXII.

NADEL, S. F.

1953 Problems of Application: Results. *An Appraisal of Anthropology Today*, The University of Chicago Press.

ORGANIZACIÓN PARA LA AGRICULTURA

Y LA ALIMENTACIÓN (FAO).

1958 *Necesidades en proteínas.* Roma.

UNICEF

1960 *Malnutrition and Food Habits. Informe (preliminar) de la Conferencia organizada por The Josiah Macy Jr. Foundation y la Organización Mundial de la Salud.* Cuernavaca, México.

PAGE, J. L.

- 1933 *The Climate of Yucatan Peninsula. The Peninsula of Yucatan.* Carnegie Institution of Washington.

PÉREZ TORO, A.

- 1946 La agricultura milpera de los mayas de Yucatán. *Enciclopedia Yucateca*, tomo VI. Gobierno del Edo. de Yucatán, México.

POZAS, R.

- 1961 *El desarrollo de la comunidad-Técnicas de investigación social.* UNAM, México.

READ M.

- 1960 *Training Nutrition Workers in the Field. Conference on Malnutrition and Food Habits.* Cuernavaca, México.

REDFIELD, R.

- 1944 *Yucatán, una cultura de transición.* Fondo de Cultura Económica, México.
- 1946-A Los mayas actuales de la península yucateca. *Enciclopedia Yucateca*, tomo VI. Gobierno del Edo. de Yucatán, México.
- 1950 *A Village that Chose Progress.Chan Kom Revisited.* The University of Chicago Press.

REDFIELD, R. Y VILLA ROJAS, A.

- 1934 *Chan Kom, a Maya Village.* Carnegie Institution on Washington.

RICHARDS, A. I.

- 1932 *Hunger and Work in a Savage Tribe*. G. Routledge & Sons, Ltd. Londres.
- 1939 *Land, Labour and Diet in Northern Rhodesia*. International Institute of African Languages & Cultures. Oxford University Press, Londres.

SANDERS, I., *et al.*

- s/f *Experiencias en el manejo de los factores humanos en diversas áreas agrícolas del mundo*. Instituto Nacional Indigenista, México.

SHATTUCK, G. C. (ed.)

- 1933 *The peninsula of Yucatán—Medical, Biological and Sociological Studies*, Carnegie Institution of Washington.

SOBERÓN, M. O.

- 1959 *La industria benequera en Yucatán—Los costos de desfibración*. Centro de Investigaciones Agrarias, México.

TAX, S.

- 1952 *Action Anthropology*. *América Indígena*, vol. XII, núm. 2, México.
- 1956 The Freedom to Make Mistakes. *América Indígena*, vol. XVI, núm. 3, México.

TURNER, R.

- 1955 *México bárbaro. Problemas Agrícolas e Industriales de México*, vol. VII, núm. 2, México.

VIVÓ, J., Y GÓMEZ, J.

- 1946 *Climatología de México*. Instituto Panamericano de Geografía e Historia y Dirección de Geografía, Meteorología e Hidrología, México.

WELLIN, E.

- 1953 *Chile-feeding and Food Ideology in a Peruvian Village*. OMS y Ministerio de Salud Pública y Asistencia Social, Lima.

WRIGHT MILLS, C.

- 1959 *The Sociological Imagination*. Oxford University Press, Nueva York.

ZUBIRÁN, S.

- 1960 Programa piloto de alimentación rural en Sudzal, Yucatán. *Salud Pública de México*, Época V, vol. II. Núm. 2, México.

Diagnóstico sobre el hambre en Sudzal, Yucatán, se terminó de imprimir en noviembre de 2006, en los talleres de Master Copy, S.A. de C.V. En su composición se usaron los tipos Garamond de 18:20, 14:13, 12:13, 11:13, 10.5:13, 9.5:13 y 8:10 puntos de pica. Diseñó la portada Gabriel Salazar, la tipografía y formación estuvieron a cargo de Samuel Morales H. y su edición al cuidado de Armando López Carrillo. Se tiraron 1 000 ejemplares.

En *Diagnóstico sobre el hambre en Sudzal, Yucatán*, publicado en 1962, Guillermo Bonfil examina los enfoques dominantes de la antropología aplicada que se utilizaban en México y que, sin embargo, no contribuían a mejorar la situación de los grupos sociales estudiados. La condición alimenticia de los mayas yucatecos no podía ser explicada mediante los enfoques culturalistas entonces en boga; fue necesario introducir una perspectiva crítica que colocara al centro de la discusión la desigualdad social y económica de los grupos sociales, así como las condiciones estructurales que en ese momento daban cuenta del azote del hambre y la desnutrición en México, para formular recomendaciones prácticas y no solamente sobre los aspectos simbólico-culturales de la alimentación de los mexicanos.

La colección CLÁSICOS Y CONTEMPORÁNEOS EN ANTROPOLOGÍA ofrece al público de habla hispana una selección de obras clave para el desarrollo del conocimiento sobre las sociedades y las culturas humanas. Entre los próximos títulos se encuentran *Etnicidad y estructura social*, de Roberto Cardoso Oliveira y *La vida campesina en China*, de Fei Xiaotong.



ISBN 968-496-609-1



9 789684 966093